Jeanette Winterson

Espejismos

Lumen

Biblioteca Jeanette Winterson

ESPEJISMOS

JEANETTE WINTERSON

Traducción de
Margarita Cavándoli y Horacio González Trejo

Lumen

narrativa

Título original: *Sexing the Cherry*

Primera edición: marzo de 2006
© 1989, Jeanette Winterson
© 2006, de la presente edición en castellano para todo el mundo:
Random House Mondadori, S. A.
Travessera de Gracia, 47-49. 08021 Barcelona
© 1990, Margarita Cavándoli y Horacio González Trejo, por la traducción

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

Printed in Spain - Impreso en España

ISBN: 84-264-1566-0
Depósito legal: B. 7.792-2006

Compuesto en Fotocomposición 2000, S. A.

Impreso en Limpergraf
Mogoda, 29. Barbera del Valles (Barcelona)

Encuadernado en Imbedding, S. L.

Para Melania Adams

La lengua de la tribu india de los hopi es tan compleja como la nuestra, pero carece de tiempos pasado, presente y futuro. La distinción temporal no existe. ¿Qué expresa esto con respecto al tiempo?

Ahora se sabe que la materia, esa cosa tan sólida y conocida que sostenemos en nuestras manos y que compone tu cuerpo, es básicamente espacio vacío. Espacio vacío y puntos de luz. ¿Qué expresa esto con respecto a la realidad del mundo?

Me llamo Jordán. Esto es lo primero que vi: era de noche, alrededor de las doce menos cuarto, y el cielo estaba dividido en dos partes: una nublada y la otra despejada. Las nubes pendían sobre el bosque, no había distancia entre ellas y las copas de los árboles. Donde el cielo estaba despejado, sobre el río y los campos llanos y recién arados, la luna casi llena desprendía una aureola amarilla que se reflejaba en el arco de agua. Había vacas en el campo de enfrente, negras en contraste con la ladera de la colina. No se movían, dormían. La luz que brillaba en la única casa semejaba la iluminación del foso del castillo de un gigante. Altos árboles la flanqueaban. Por el patio corría un caballo y sus cascos sacaban chispas del empedrado.

Entonces cayó la bruma. La niebla llegó del río en finas espirales como los espíritus del camposanto y se espesó con la fuerza de un geniecillo que ha escapado de su botella. Primero se cubrieron las aneas, luego los troncos de los árboles y a continuación las horcaduras y las uniones. Las copas flotaron en la bruma, convirtiéndose en islas colgantes para los pájaros.

Las vacas se ahogaron y, cual un faro, la iluminación del foso aparecía y desaparecía, desaparecía y aparecía, cortando el aire corno una espada centelleante.

La niebla vino hacia mí y se encapotó el cielo hasta entonces despejado. Hacía muchísimo frío, se me había humedecido el pelo y no llevaba guantes. Cuando intenté hallar la senda, sólo encontré liebres de mirada fija, detenidas en medio del campo y petrificadas. Eché a andar con las manos extendidas delante del cuerpo, como hacen los que sufren trastornos del sueño, y de esa manera dibujé por primera vez, frente a mí, los rasgos de mi propio rostro.

Cada viaje oculta dentro de sus límites: la senda que no tomaste y el recodo olvidado. Son los viajes que deseo recordar. No los que hice, sino los que pude hacer o los que tal vez realicé en otro tiempo o lugar. Podría contaros la verdad tal como la encontraréis en diarios, mapas y cuadernos de bitácora. Podría describir fielmente cuanto vi y oí y entregaros un libro de viajes. Entonces lo seguiríais, rastrearíais con el dedo esos recorridos, y clavaríais banderas rojas en los lugares donde estuve.

Para los griegos la vida oculta exigía tinta invisible. Escribían una carta sencilla y entre líneas redactaban otra misiva, escrita con leche.

El documento tenía un aspecto inocente hasta que alguien que sabía de qué se trataba lo rociaba con polvo de carbón. Ya no importaba lo que la carta había sido; lo que contaba era la vida que llameaba inadvertida…

Hasta ahora.

Descubrí que mi propia vida estaba escrita con tinta invisible, encajada entre los hechos, que volaba sin mí como las Doce Princesas Bailarinas que cada noche saltaban por la ventana y cada mañana regresaban a casa con los vestidos rasgados, las zapatillas gastadas y sin recuerdos.

Decidí vigilarme a mí mismo como un padre celoso, tratar de verme desaparecer a través de una puerta apenas perfilada en la pared. Me sabía adúltero, aquello que amaba no ocurría en casa. Escapaba de mí mismo y deambulaba como una sombra por este mundo. Cuanto más me empeñaba en eludirme, mayor era la obsesión ante la idea de que me descubrieran. A veces, cuando estaba acompañado, alguien chasqueaba los dedos delante de mis narices y preguntaba: «¿Dónde estás?». Durante mucho tiempo no tuve la menor idea, pero poco a poco tuve pruebas de la existencia de la otra vida, la misma que, paulatinamente, apareció ante mí.

«Recuerda la piedra en la que te han tallado y la cantera de la que fuiste extraído.»

Mi madre talló esa frase en un medallón que me colgó al cuello el día que me encontró en el fango, junto al río. Estaba cubierto con un saco podrido como los que usan para ahogar a las crías de gato, aunque tenía la cabeza encajada boca arriba en la orilla. Oí perros que se acercaban, el rugido del agua y vi balancearse sobre mí una cara redonda como la luna y con el pelo colgando a ambos lados. Ella me alzó y me sostuvo entre sus pechos, cuyos pezones sobresalían como nueces. Me llevó a su casa y allí me tuvo con cincuenta perros y ella como única compañía.

* * *

Tuve un nombre pero lo he olvidado.

Me llaman la Mujer Perro y así está bien. A él lo llamo Jordán y así está bien. No tiene ningún otro nombre, ni anterior ni posterior. ¿Qué nombre se le podía poner habiéndolo pescado en el apestoso Támesis? A un niño no se le puede llamar Támesis, no, y tampoco Nilo, por mucho que se parezca a Moisés. Aun así quise darle un nombre de río, un nombre que no estuviera limitado por nada, como no lo están las aguas. Cuando una mujer da a luz, rompe aguas y el niño, que sale a borbotones, fluye libremente. Me gustaría que un niño saliera a

borbotones de mi cuerpo, aunque para eso necesitas de un hombre y no hay hombre que esté a mi altura.

De bebé, Jordán se sentaba sobre mí del mismo modo que una mosca se posa en una montaña de estiércol. Lo alimenté como una montaña de estiércol alimenta a una mosca y en cuanto estuvo harto me abandonó.

Jordán…

Debí darle el nombre de una charca de aguas estancadas y lo habría conservado, pero le puse nombre de río y escapó con la pleamar.

Cuando Jordán tenía tres años lo llevé a ver una gran rareza y ésa fue mi perdición. Corría la voz de que un tal Thomas Johnson había conseguido hacerse con una fruta comestible jamás vista en Inglaterra. Aunque lleva ya veinte años muerto, el mentado Johnson era herbolario de oficio, si bien yo diría que era mucho más. Cuando una mujer se sentía demasiado gruesa para su gusto y no
presentaba sangre con la luna, visitaba a Johnson con un farol por toda compañía. Al regresar, plana y sonriente, decía que había sido obra del muérdago, la nébeda o cualquier otra planta, pero yo afirmo que era él quien lo absorbía en nombre del demonio.

De todos modos, como era de día y prometía arremolinarse un gentío como el que sólo llega a verse ante el combate entre un perro y un oso, puse la correa a Jordán y me abrí paso entre los curiosos y los pecadores hasta que llegamos a la primera fila y vimos al propio Johnson en persona, que pretendía cobrar por dejarnos entrever aquella cosa.

Alcé en brazos a Jordán y le dije a Johnson que si no retiraba inmediatamente el trapo y nos dejaba ver esa maravilla le metería la cara entre mis pechos hasta ahogarlo de tal modo que se arrepentiría de haber sido amamantado por una mujer.

Johnson empezó a tararear, carraspeó e hizo ademán de buscar una vasija de color detrás de su cabeza. Entonces pensé: «no irá a soltarme un geniecillo de lengua hendida y testículos como piedras preciosas». Así que lo agarré y lo atraje hacia mi vestido. Enseguida tosió y lagrimeó porque en cinco años no me había cambiado el vestido.

—Ya está bien —dije, apartándolo como a una comadreja—. ¿Dónde está esa maravilla?

—Que Dios se apiade de mí —gimió—. Mi querida señora, deme un respiro y permítame coger las sales aromáticas.

No quise escucharle y retiré personalmente el trapo. Juro que lo que vieron mis ojos se parecía ni más ni menos que a las partes

pudendas de un oriental. Era amarillo, lívido y largo.

—Es un plátano, señora —dijo el muy granuja.

¿Un plátano? ¿Y qué era un plátano?

—En el Paraíso jamás creció semejante cosa —dije.

—Claro que sí, señora —dijo, hinchado como una serpiente venenosa—. Esta fruta procede de las Bermudas, que están más cerca del Paraíso de lo que usted llegará a estarlo en toda su vida.

Johnson lo alzó por encima de la cabeza y, al verlo por primera vez, los presentes vociferaron, se codearon y preguntaron qué pobre diablo se había visto tan necesitado como para vender su vitalidad.

—Está pintado o infectado porque, por lo que sé, ese color no existe —sostuve.

Johnson gritó a pleno pulmón para hacerse oír en medio del estrépito…

—ESTO NO ES EL ESTOQUE DE UN POBRE DESGRACIADO, SE TRATA DEL FRUTO DE UN ÁRBOL. HAY QUE PELARLO Y COMERLO.

Ante esas palabras las náuseas fueron unánimes. Ninguna buena mujer podía meterse eso en la boca, y en cuanto al hombre, era una práctica de caníbales. No llevábamos tantos años yendo a la iglesia ni nos habíamos purificado con la sangre de Cristo para devorarnos como se devoran los paganos.

Tiré de la correa para llevarme de allí a Jordán y la correa se enroscó en mis manos. Me agaché entre la mezcla de pies descalzos, medias rotas y alguna que otra hebilla de caballero. Había desaparecido. Mi pequeño se había esfumado. Solté un estentóreo bramido como los que lanza el ganado, y habría seguido chillando hasta el día del Juicio Final si un pecador no me hubiera cogido de la oreja, obligándome a girar la cabeza para que mirara la diabólica mesa de Johnson.

Vi a Jordán absolutamente inmóvil. Estaba con los dos brazos en alto y miraba el plátano que pendía sobre la cabeza de Johnson. Acerqué mi cabeza a la suya, miré hacia donde él miraba y vi aguas profundas y azules junto a una orilla clara, árboles cuyas ramas rebosaban verdor, pájaros con los colores de una feria y un viejo con taparrabo.

Fue la primera vez que Jordán se hizo a la vela.

Londres es un lugar sucio, podrido y pestilente. Me gustaría llevar a Jordán a vivir al campo, pero tenemos que estar cerca de Hyde Park para que mis perros puedan participar en las carreras y en las peleas. Los sábados vuelvo a casa cubierta de saliva y mordida de la cabeza a los pies, pero con dinero en el bolsillo y una sola necesidad por satisfacer: un cuerpo que me haga compañía.

Mi vecina, tan ennegrecida y calva que en más de una ocasión la han confundido con una lonja de tasajo envuelta en muselina, presume de bruja. Nadie sabe su edad. *¿Y* qué son los años para el trozo de cuero semejante a un balón que le sirve de cabeza y la fantástica maraña de trapos que cumple en ella la función de cuerpo? Ni yo ni nadie ha visto jamás sus pies por debajo de las faldas, de manera que no se sabe sobre qué camina. Sus manos, siempre gesticulantes, retorciéndose constantemente, semejan los apergaminados monos de los organilleros. Aunque apenas se mueve, sus manos nunca están quietas: rascan su cabeza y su entrepierna, saltan para arrebatar comida y llevársela directamente a la boca. No soy partidaria del cuchillo ni de la cuchara, pero sé comer en compañía. Sé utilizar el pan como plato y servir el estofado sobre una rebanada sin ensuciarme el vestido. En cuanto a ella, basta con mirarle la barbilla para adivinar sin necesidad de brujerías qué ha comido las tres últimas semanas. Cuando encontré a Jordán, tan cubierto de barro que podría haberlo asado como a un erizo, mi vecina me ayudó a lavarlo para averiguar cuál era su sexo. Mientras yo intentaba ablandar el rebozo con una esponja empapada en agua caliente, ella lo rascaba con sus dedos ágiles, arrancándole trocitos de fango como si se tratara de un perro que ha salido de cacería.

—Te partirá el corazón —declaró, contenta de haber descubierto un diablillo tan cerca de casa—. Logrará que le quieras y te partirá el corazón.

Hizo un alto en la faena, apoyó la oreja en el pecho del pequeño y el sonido del corazón vibrante de Jordán resonó en la estancia.

—Muchas querrán este corazón, pero ninguna lo tendrá. Ninguna salvo una, que lo despreciará.

La arpía estuvo a punto de ahogarse entre sus propios cacareos y tuve que golpearle la espalda hasta que expulsó algunas flemas y me agradeció las molestias que me había tomado. Si he de ser sincera, podría haberle partido la columna cual si fuera una espina de pescado. De haberlo hecho, tal vez habría cambiado nuestro destino, porque el sino pende de cualquier instante y el momento puede cambiarse. Tendría que haberla matado y haber buscado después otra historia para nosotros.

Mi vecina se perdió en la noche y yo salí tras ella.

Entonces me volví invisible. Yo, que para franquear una puerta tengo que ponerme de lado, me fundo con la noche tan fácilmente como una de esas almas delgadas que cantan en el coro de la iglesia. Cantar es uno de mis placeres, pero no en la iglesia, pues el pastor dijo que los esperpentos deben quedarse fuera en lugar de buscar sitio en las sillas del coro. Por eso canto dentro de mis voluminosas carnes y mi voz se alza tan esbelta como un junco, desprovista de grasa. Cuando canto,

los perros se calman y las gentes de la noche interrumpen sus cotorreos y su descontento y piensan en otros tiempos, en los días en que eran felices. Y yo canto acerca de esos tiempos en que era feliz, aunque sé que son invenciones de mi mente y que nunca estuve en ninguna parte. ¿Y qué importa que el lugar no pueda señalarse en ningún mapa siempre y cuando yo sea capaz de describirlo?

Una noche Jordán me llevó a navegar. Partimos con la marea alta, cuando ya menguaba el día. Navegamos Támesis abajo, hasta el mar, y yo miraba hacia atrás, maravillada ante la velocidad con que se esfumaban las vistas que mejor conocía. Jordán dijo que las estrellas pueden transportarnos a cualquier parte. En una y otra orilla, los edificios de poca altura pendían sobre el agua, con los suelos elevados sobre pilares. Aquí y allá los dragadores deambulaban entre los pilares, arremolinando con sus varas la masa oscura y llenando de basura sus cestas de mimbre. Apenas una semana antes, un dragador encontró un ancla que, según afirmó, procedía de los romanos, cuando todos éramos bárbaros y el pelo nos llegaba a la cintura. Los dragadores no tienen orgullo y se zambullen en la inmundicia a cambio de nada. Es verdad que uno de ellos mora en una magnífica casa solariega de Chelsea pero, a pesar de su posición, su esposa, sus mocosos y él aún se parecen a los desperdicios que los sustentan. Ella es un cordel marrón y él una gran mierda. Sus hijos se desperdigan por el jardín como cagarrutas de conejo. Aunque soy pecadora y, mujer del pueblo, si pudiera permitirme una sarta de perlas, me lavaría el pescuezo antes de ponérmela.

Jordán me pidió que para la travesía vistiera mis mejores galas. Me las puse y sobre mi cabeza llevaba, como un pájaro que anida en un árbol, un sombrero emplumado. Me proporcionó un asiento cómodo y me preguntó diez o más veces si estaba bien abrigada. No tuve frío. Estaba viendo el mundo.

Cuando cayó totalmente la noche, Jordán encendió los fanales de las bordas. Se acercó a mí, dijo que ésa era la noche más corta del año y que al cabo de pocas horas saldría el sol y vería algo que jamás había contemplado. No soltó más prenda y me devané los sesos para deducir qué vuelos de la fantasía me había preparado. Además, me vanaglorio de haber visto más que la mayoría, incluida una momia egipcia. Aunque no vi las vendas propiamente dichas, vislumbré el sepulcro dorado cuando pasó por Londres de camino a Enstone. Fue el obsequio de la buena reina Enriqueta al favorito que creó un portentoso jardín lleno de prodigios continentales.

Y he visto un plátano.

¿Qué había preparado Jordán?

Esperamos en la barca mecidos suavemente por la caricia de las

olas y Jordán me contó anécdotas de los sitios en que había estado y de las plantas que había traído a su regreso a Inglaterra. Ha visto todos los estilos franceses, amén de los italianos, y ha estado en Persia con John Tradescant. Éste murió poco después de que Jordán trajera la primera piña, pero en años anteriores atiborró su casa de Lambeth con curiosidades y rarezas de todos los confines de la tierra. «El Arca», como gustaba llamar a su casa, estaba tan repleta de bártulos que a veces el visitante no encontraba dónde colgar el sombrero. Pero hasta allí llegaron los más grandes, el rey incluido, y yo he visto al monarca. ¿Qué maravillas quedan por contemplar?

—Mira —dijo Jordán.

Estábamos en alta mar. Olas grises de espuma blanca. A lo lejos, donde el cielo caía en el agua, una línea delgada. No había aves, edificios, personas ni embarcaciones. La brisa ligera mecía nuestros cabellos.

Entonces vimos el sol. Vimos el sol que se elevaba sobre el agua y la luz se tornó cada vez más estentórea hasta que tuvimos que gritar para oírnos, y vi el sol en el rostro de Jordán, y el último espejeo de los fanales, y contra el postrer recorte de la luna una bandada de gaviotas que surgieron de la nada y parecieron nacer del mismo sol.

Seguimos en mitad de las aguas basculantes hasta que los pescadores nocturnos aparecieron en muda procesión. Nos saludaron, arrojaron dos pescados a Jordán y, apenas me vieron, le lanzaron otro más.

Yo había llevado una hogaza de pan; preparamos el desayuno y dimos las sobras a las gaviotas que volaban en círculos. Con el sol a nuestras espaldas emprendimos el regreso y al entrar en el Támesis volví a mirar atrás. Guardo el recuerdo del agua brillante y la magnitud del mundo.

* * *

El agua brillante y la magnitud del mundo.

Los he vuelto a ver muchas veces desde que dejé a mi madre en las orillas del negro Támesis, pero en mi mente siempre retorno al mismo sitio y ese lugar no es el más bello ni el más sorprendente.

Para escapar del peso del mundo dejo mi cuerpo donde está, en una conversación o en el curso de una cena, y deambulo por una sucesión de callejas serpenteantes hasta una casa apartada del camino.

Las calles están poco iluminadas y la distancia que las separa no es mayor que la envergadura de mis brazos. La piedra se desmorona y los adoquines son desiguales. La gente que se apiña en las calles grita y sus voces se elevan entre la maraña de cabezas, flotando hacia las

agujas de la iglesia y las enormes campanas de cobre que anuncian el fin del día. Las palabras forman en su ascenso una densa nube sobre la ciudad, que debe ser regularmente purificada del exceso de lenguaje. Hombres y mujeres suben en globo desde la plaza mayor y con la ayuda de fregonas y cepillos luchan contra el dosel de palabras atrapadas bajo el sol.

Las palabras son resistentes a la borradura. Las más viejas y pertinaces forman una gruesa capa de furor parloteante. Los limpiadores han sido mordidos por palabras que aún discutían y en un juicio célebre la mujer a la que le comieron la fregona y a la que le hirieron gravemente la mano durante una violenta refriega quiso llevar a los tribunales a los antagonistas originales. Los hombres responsables se defendieron partiendo de la base de que las palabras ya no les pertenecían. Habían transcurrido varios años. ¿Acaso tenían la culpa de que las autoridades municipales fueran incapaces de afrontar lo que tenían encima de sus cabezas? El juez falló en contra de la demandante, pero ordenó al ayuntamiento que le comprara una nueva fregona. La mujer no se dio por satisfecha y posteriormente la pescaron revistiendo con vitriolo las chimeneas de los acusados.

Una vez acompañé a una limpiadora en globo y me sorprendió oír un débil zumbido como de abejas a medida que se perdían las vistas de la ciudad. El zumbido aumentó hasta semejar el clamor de los pájaros y luego se transformó en el sonido ensordecedor que producen los escolares el último día del curso. La mujer señaló con la fregona y vi que ante nosotros aparecía una masa vibrante y multicolor. Ya no pudimos hablarnos ni oírnos. Apuntó con la fregona a una franja de palabras particularmente ruidosa y de color rojo brillante que, por lo que entendí, había escapado de labios de un grupo de jóvenes que volvían a sus casas del burdel. Por la dureza de la expresión de mi compañera deduje que la tarea le resultaba desagradable, pero perseveró y pocos minutos después sólo quedaba el rosa pálido de unas pocas palabrotas fantasmales.

Pronto fuimos atacados por una negra nube de cólera vomitada por un pastor al que sorprendieron fornicando con su madre. La nube rodeó el globo y temimos por nuestras vidas. Aunque no veía a mi guía, la oía toser en medio del olor pernicioso. De repente quedé bañado en un líquido dulce y volvió la luz.

—Los he conquistado con agua bendita —dijo la limpiadora y me mostró una vasija de piedra con el sello del obispo.

A partir de entonces, nuestra labor fue mucho más ligera. Ciertamente, me apenó ver cómo desaparecían los suspiros de amor de las doncellas. Aunque estaba estrictamente prohibido, mi compañera atrapó un soneto en una caja de madera y me lo regaló como recuerdo. Si abro la caja sólo un resquicio lo oigo, repitiéndose hasta

el infinito como está condenado a hacer hasta que alguien lo deje en libertad.

Al caer el día nos reunimos con los demás globos, que restregaban con el cepillo las últimas palabras aisladas y errabundas. Con el sol poniente el cielo adquirió el color del mármol veteado y una enorme paz nos envolvió. Al descender por el aire limpio, de vez en cuando se cruzaban con nosotros nuevas bandadas de palabras procedentes de las personas que iban por la calle y que, no contentas con el peso de sus propias vidas, convertían constantemente las cosas más pesadas en las propiedades más ligeras.

Aterrizamos a las puertas de la universidad, y los catedráticos, cuyas discusiones habían poblado tan densamente el éter que en los últimos cinco años no habían visto el sol ni la lluvia, nos recibieron como héroes y nos llevaron a celebrarlo.

Aquella noche dos amantes que susurraban bajo el dosel de plomo de la catedral murieron víctimas de su propia pasión. El derrame de palabras no pudo escapar a través de la disciplina saturnal del hierro y llenó los espacios de la galería hasta que ya no quedó aire. Los amantes se asfixiaron, y cuando el sacristán abrió la minúscula puerta, las palabras lo derribaron en su deseo de ser libres y se las vio volar por la ciudad bajo la apariencia de palomas.

* * *

De pequeño, Jordán hacía barcos de papel y los lanzaba al río. Así aprendió la forma en que el viento afecta las velas, pero nunca aprendió el modo en que el amor afecta el corazón. Sólo las expectativas superaban su paciencia. Pasaba días y noches con trozos de madera que arrancaba de las cajas para pollos y cuanto pedazo de papel lograba robar se convertía en una vela. Solía verlo de pie en el barro o tendido boca abajo, con la nariz pegada a la corriente, mientras sus manos estabilizaban el barco para soltarlo a favor del viento. Dedicaba horas y horas a ese juego. Y, llegado el momento, hizo lo mismo con su corazón. Nunca creyó en los naufragios.

Volvía a casa y apelaba a mí con sus barcos rotos y la cara bañada en lágrimas; nos sentábamos bajo el farol y remendábamos lo que era posible remendar y el día siguiente era el primer día redivivo. Sin embargo, cuando perdió el corazón no tenía a nadie que le hiciera compañía. Estaba solo.

* * *

En la ciudad de las palabras, de la que os he hablado, el olor de las

fresas silvestres era el olor característico de la casa de la que aún no os he hablado. Los estolones de las plantas se extendían desde los lechos limitados por baldosas de piedra, se aferraban a los tiestos de terracota y a los armazones de hierro desconchado y envolviendo las grandes baldosas del patio. Todo aquel que llegara hasta el portal se encontraría frente a olas de verdor salpicadas por debajo de minúsculas bayas rojas, algunas retenidas como rubíes olvidados entre las telarañas. Se podía pasar a través de una puerta de roble, detrás de la cual se encontraba el vestíbulo cuadrado de la casa, del que salían varias puertas. En el vestíbulo había cuatro armaduras y una maza.

La familia que habitaba la casa se consagraba a una extraña costumbre: ninguno de sus miembros permitía que sus pies tocaran el suelo. Al abrir las puertas que salían del pasillo no se veían suelos sino abismos insondables. El mobiliario pendía de soportes que colgaban del techo; la mesa del comedor se sustentaba con gruesas cadenas, cada uno de cuyos eslabones tenía quince centímetros de espesor. Cenar allí provoca una gran sorpresa porque el visitante ha de sentarse en una silla dorada y permitir que lo icen con el torno hasta su sitio. Es el último en llegar y los anfitriones ya están sentados, se divierten y balancean los pies por encima del abismo donde residen los cocodrilos. Cada comensal cuenta con numerosas copas y cubiertos por si algo se le cae accidentalmente. Al final de la comida, los restos se arrojan al abismo, del que suben unos temibles crujidos.

Cuando todos han comido hasta la saciedad, los caballeros permanecen en la mesa y las damas se trasladan por la cuerda floja hasta otra estancia, siguiendo el orden de precedencia, donde suelen tomar vino aguado con galletas.
Aunque se sabe perfectamente que el techo de una habitación es el suelo de otra, la familia ignora esta necesidad siempre descendente y opta por actuar en dirección ascendente, aceptando techos y negando suelos, por lo que su casa nunca acaba y deben trasladarse de cuarto en cuarto con el torno o con la cuerda, llamándose unos a otros.

Ahora la casa está vacía, pero fue allí, colgado durante la cena, iluminado por la conversación e inmerso en los jugos de un pato salvaje, donde reparé en una mujer cuyo rostro era un viaje oceánico que no tuve el coraje de emprender.

Aunque hablé con todos, a ella no le dirigí la palabra y a medianoche se puso zapatos bajos y equilibró sin titubeos los metros de cuerda. Era bailarina.

Pasé mala noche en la cama colgante. Al alba me asomé a la ventana, sujeto a la cintura por una cuerda. Aún se veía la luna: tuve la sensación de encontrarme más cerca de la luna que del suelo. El viento gélido me ensordeció.

Entonces la vi. Descendía desde su ventana con una delgada cuerda

que cortó y volvió a anudar varias veces. Hice un esfuerzo por seguirla con la mirada, pero había desaparecido.

* * *

Alrededor de 1640, cuando Jordán estaba próximo a los diez años, conoció a John Tradescant en las orillas del bullente Támesis. Era un verano tan caluroso que ningún ama de casa necesitaba encender la lumbre para asar el cerdo. Le bastaba con coger el ronzal y atarlo una hora en el patio. Las ráfagas de calor que regularmente me achicharraban parecían proceder de las puertas mismas del infierno y estoy convencida de que el día del Juicio Final los que no estén junto a los ángeles notarán esa misma quemazón en el rostro y en los dedos de los pies como preludio de futuros tormentos. Apenas podía salir que ya sudaba tan copiosamente como para llenar un cubo. Esas cataratas arrastraban infinidad de piojos y otras tímidas criaturas y puedo aseverar con sinceridad que estaba limpia porque me veía obligada a meterme a menudo bajo el chorro de agua de la bomba.

—La limpieza está próxima a la santidad —dijo un puritano al pasar.

—Dios no mira la indumentaria, sino el corazón de una mujer pobre —respondí, pero ya no había modo de poner freno a su sermón, que pronunció con los ojos tan piadosamente en blanco como un conejo.

Es verdad que el fermento de la ciudad no sólo responde a la canícula, sino a que el rey se ha vuelto papista con nosotros, a que el Parlamento está alborotado y a que Cromwell, con su cabeza en forma de terrón, arroja más y más leña al fuego.

Una mañana, Jordán madrugó para lanzar sus barcos y yo le prometí que le daría una manzana después de cumplir con mis obligaciones con los perros. Bizqueé a causa del resplandor, salí a buscarlo y desde lejos lo vi sentado en un carcomido malecón, con un caballero a su lado. Aceleré el paso pensando que tal vez fuera un tunante zalamero que lo estaba importunando. Cuando me acerqué, Jordán me saludó con la mano y el caballero se puso en pie e hizo una ligera reverencia —gesto que me satisfizo— y dijo ser John Tradescant. Hizo una breve pausa y añadió:

—Jardinero real.

Era un apuesto treintañero y no dio muestras de temor ante la posibilidad de que el agusanado malecón se desmoronara en cualquier momento, a pesar de que con mi peso se balanceaba como se sacudiría un cuervo entre los reyezuelos. Me invitó a sentarme, pero me apiadé del hombre y regresé a la orilla. Se agachó, revolvió su bolso y sacó

tres melocotones. Me ofreció uno y dio otro a Jordán, que lo sostuvo con las dos manos como si fuese una bola de cristal.

—Los cultivé yo mismo —declaró Tradescant—. Estáis comiendo de un árbol real.

Hincó el diente en su melocotón y el jugo chorreó por toda su persona. Mordí el mío con cautela y mayor pulcritud. Jordán no hizo nada y tuve que recordarle que guardara la compostura.

Tradescant me contó que, preocupado por cierto problema, había caminado a la vera del río desde Putney hasta Mermaid Dock. Había visto navegar un pequeño barco y su apacible travesía le cautivó tanto que olvidó su melancolía y revivió interiormente sus días de aventuras en la mar. Durante años, hasta 1637 —fecha de la muerte de su padre —, había navegado hasta lugares exóticos y recogido plantas tan raras que ningún mortal jamás había puesto los ojos en ellas. Las guardó en el museo y jardín de física que su padre tenía en Lambeth. A la muerte de su padre se vio obligado a regresar de su viaje por Virginia y a ocupar el cargo hereditario de jardinero real. Le gustaba mucho, pero a veces se sentía desolado y en esos momentos comprendía que su corazón pertenecía al mar.

—Debemos tener responsabilidades —dijo—, pero no siempre se corresponden con las que uno elegiría.

—Estoy de acuerdo —opiné—. Y para una mujer la carga del diablo es doblemente pesada.

Mientras Tradescant permanecía en la orilla y contemplaba el barco, petrificado y sumido en sus cavilaciones Jordán se acercó deprisa, animando a su pequeña embarcación. Sólo tenía ojos para su barco, no para los muslos de Tradescant, y segundos después ambos cayeron en la orilla y Jordán quedó dividido entre el terror de recibir una buena tunda y la posibilidad de perder su barco. Lo cierto es que Tradescant lo ayudó a levantarse, rescató la nave y los dos se sentaron en el malecón, donde los encontré.

Tradescant enseñó a Jordán a alargar el timón para que el barco pudiera surcar aguas profundas sin zozobrar. Le contó historias de las rocas que surgían en medio del océano, única tierra que el ojo podía avistar, y donde no había más presencia viva que la de los pájaros chillones. Contó que el mar es tan inmenso que nunca nadie acabará de surcarlo. Que cada viaje señalado en el mapa oculta otro dentro de sus límites…

Resté importancia a sus palabras porque sin duda la tierra es dócil, está hecha de sangre y piedra, y es totalmente plana. De haber tenido esa inclinación, estoy convencida de que podría recorrerla de una punta a la otra. Y si muchos fueran proclives a lo mismo, ni un rincón de la tierra quedaría sin hollar. ¿Y qué decir de los viajes replegados sobre sí mismos como una concertina?

Jordán le creyó, y, cuando Tradescant se fue, volvimos a casa, él saltando unos pasos más adelante con el barco en la mano y yo ligeramente rezagada. Contemplé su delgada figura y su pelo negro y me pregunté cuánto tardaría en construir los barcos lo bastante grandes para darle cabida, momento en que uno se lo llevaría y me dejaría para siempre.

¿Hasta qué punto soy monstruosa?

Tengo la nariz chata y las cejas espesas. Sólo me quedan unos pocos dientes lamentables, negros y partidos. De pequeña tuve la viruela y las cavernas de mi rostro sirven de morada a las pulgas. Pero poseo excelentes ojos azules que ven en la oscuridad. En cuanto a mis dimensiones, sólo sé que, antes de encontrar a Jordán, por Cheapside pasó un circo ambulante con un elefante. A todos nos encantó el elefante, esa bestia enorme de trompa andarina. Su número consistía en sentarse en un taburete como un caballero de pro y ponerse el monóculo. Al otro lado había un segundo taburete y la gracia estaba en ofrecer a algunos de los asistentes que treparan como pudieran a él y pesaran más que Sansón, como llamaban al elefante. Nadie lo había logrado, a pesar de que el premio era una cuba de cerveza.

Una noche salí con una cinta en el pelo y decidí comprobar si pesaba más que Sansón. Había visto al animal y no me parecía tan grande. Me acerqué al bufón que berreaba y retaba al público para que se midiera con una simple bestia y le dije que yo ocuparía el taburete.

—Por favor, señora, por lo que veo usted no pesa más que un ángel —chilló el muy canalla.

—Usted no ha leído las Sagradas Escrituras —respondí—. En ningún lugar de la Biblia se habla del peso de los ángeles.

Enarcó las cejas hacia el cielo —la única parte de su persona que tal vez llegaría tan alto—, le dio al tambor y gritó como en los funerales, diciendo que había un espectáculo en marcha y que todo el mundo se acercara. Poco después me costaba mucho respirar a causa del calor que despedían los cuerpos amontonados. Incluso tuvieron que reanimar al elefante arrojándole un cubo de agua fría.

—Permita que la acompañe hasta el taburete —dijo el bellaco patizambo al tiempo que centelleaban y tintineaban los cascabeles de su gorro.

Como soy indulgente por naturaleza, me dejé guiar.

—Tendré que registrarla —añadió y miró al gentío—. Debo cerciorarme de que no lleva pesas de plomo ni cualquier otra ventaja semejante.

—Pues no me pondrá un dedo encima —grité—. Le mostraré lo

que llevo.

Me levanté el vestido por encima de la cabeza. Como hacía tanto calor no llevaba ropa interior.

Un sonoro cuchicheo recorrió el gentío y oí que una voz me comparaba con una cordillera. Pero el gesto silenció al gran bufón, que ya no insistió en registrarme y se limitó a indicarme el taburete.

Respiré hondo, llené de aire mis pulmones y me senté en el taburete con todas mis fuerzas. A mi alrededor resonó un clamor. Abrí los ojos y miré a Sansón. Se había esfumado. Su taburete estaba vacío como un asiento de la glorieta y el monóculo yacía en el fondo. Levanté la mirada siguiendo los gestos del público. Muy por encima de nosotros, muy lejos, estaba Sansón, como una estrella negra en un cielo blanco.

Para una mujer, arrojar un elefante a los cielos es mucha responsabilidad. Ignoro lo que denota con respecto a mis dimensiones, ya que un elefante parece grande pero ¿cómo puedo saber cuál es su peso? Un globo parece enorme y no pesa nada.

Sé que las gentes me temen, sea por los ladridos de mis perros o porque soy más alta que la mayoría. De pequeña mi padre me sentó en sus rodillas para contarme un cuento y le quebré las piernas. Nunca volvió a tocarme, salvo con la punta del látigo que empleaba con los perros. Empero, mi madre, que vivió muy poco y era tan ligera que cuando soplaba el viento no se atrevía a salir, me cargaba a las espaldas y me acarreaba durante kilómetros. Aunque se habló de brujería, ¿existe algo más fuerte que el amor?

Cuando Jordán acababa de llegar a mí, lo sentaba en la palma de mi mano como hago con los cachorros, lo acercaba a mi rostro y le permitía que me quitara las pulgas de las cicatrices.

Siempre estaba contento. Juntos éramos felices y, si alguna vez reparó en que soy más corpulenta que la mayoría, jamás lo mencionó. Estaba orgulloso de mí porque ningún otro niño tenía una madre capaz de ponerse simultáneamente en la boca una docena de naranjas.

¿Hasta qué punto soy monstruosa?

Una mañana, poco después de iniciada la guerra civil que debió superarse en un mes y duró ocho años, Tradescant vino a casa en busca de Jordán. Yo le gritaba a mi vecino, un hombre corpulento y agobiado de ojos achinados y nariz como un perchero. El botarate me decía que el rey se equivocaba al hacerle la guerra a su propio pueblo y yo le respondía que si los malhablados escoceses no hubiesen machacado una vez más con sus triquiñuelas, siempre dispuestos a pelear con quien se terciara, no tendríamos guerra. Durante ocho años habíamos vivido con el rey y sin Parlamento y ahora teníamos

Parlamento y un monarca preciosamente insignificante.

Por lo que sé, y apenas tengo conocimientos, el rey se ha visto obligado a pedirle al Parlamento que le asigne fondos para combatir a las bestias con faldas y sus salvajes costumbres. Salvajes hasta la médula; el pobre monarca sólo pretende que utilicen un devocionario correcto. No aceptaron el devocionario real y amenazaron su reinado de una manera muy poco cristiana. El rey apeló a su pueblo y se encontró con un Parlamento plagado de puritanos que no estaban dispuestos a otorgarle fondos a menos que les concediera la reforma. No satisfechos con la Iglesia anglicana que el buen rey Enrique nos había legado a todos, querían lo que llamaban «la Iglesia de Dios».

Sostenían que el rey era un manirroto desaforado, que los obispos eran unos corruptos, que el Libro de Rezos de la Iglesia anglicana estaba plagado de elementos papistas y que la reina misma, por el hecho de ser francesa, estaría saturada de remilgos papistas. Oh, odiaban todo lo que fuera grandioso, importante y pletórico de vida, e iban de acá para allá con sus mortecinos trajes grises, de los que asomaban sus mortecinas caras grises. El único elemento elegante que llevaban eran los pañuelos, casi siempre bordeados de encaje y tan blancos como sostenían que eran sus almas. Al pasar por delante de un teatro que ofrecía diversiones y placeres, he visto a algunos puritanos taparse la nariz con sus almidonados pañuelos de hilo por temor a oler el placer y contagiarse.

En cuanto tuvieron una pizca de poder, no tardaron en clausurar todos los teatros de Londres.

¿Acaso nuestro Salvador no convirtió el agua en vino?

Nuestro pastor se hizo puritano de la noche a la mañana y se dedicó a denunciar al rey desde el pulpito.

Una mañana, después de que el pastor pronunciara un sermón titulado «Y la memoria de los malos se pudrirá», le pregunté:

—Predicador Scroggs, ¿ignora que nuestro rey lo es por derecho divino?

Me miró con el menos torcido de sus ojos bizcos y cruzó las manos.

—Señora, eleve la mirada al Rey de los Cielos —replicó—. No hay otro poder terrenal que el de Satán.

Su esposa me contó que él le hace el amor a través de un agujero en la sábana.

—¿Y no la besa? —pregunté.

—Jamás me ha besado por miedo a la concupiscencia —replicó.

La concupiscencia debe de ser algo muy poderoso si la provoca el hecho de besar a esa mujer tan parecida a una liebre, con grandes orejas y ojos que te miran fijo.

Es verdad el refrán que dice que uno siempre encuentra lo que más

teme.

Mi vecino, que tiene debilidad por el predicador Scroggs, sobre todo porque los afines se atraen, me hablaba con gran pomposidad sobre la voluntad de Dios, como si lo conociera tanto como yo a mis perros. Por eso me vi obligada a pegarle cuatro gritos, ya que los zoquetes escapan a la razón, y con semejante ánimo me encontró Tradescant.

—Señora, señora, cálmese—pidió con su proverbial afabilidad.

Me volví y, a pesar de que hacía dos años que no lo veía, le reconocí en el acto.

—Señor Tradescant, como ve estoy defendiendo a nuestro rey —afirmé.

—Una causa noble —opinó.

Al oír ese comentario mi vecino declaró que jamás se arrodillaría ante el rey si antes no lo hacía delante de Jesús. Dijo que a partir de ese momento en cualquier instante se iniciaría en la tierra el gobierno de los santos y que todos los pecadores arderían y fracasarían.

No me quedó más opción que estrangularlo y, a pesar de que solamente usé una mano y lo aparté del suelo a la distancia del brazo, en un santiamén se puso morado y el pobre John Tradescant se columpió en mi brazo como un monito y me suplicó que lo soltara.

—Señor, le perdonaré la vida porque usted me lo pide —dije y dejé caer al desagradable vecino en su estercolero.

Me olvidé del botarate y llevé a Tradescant a casa para convidarle con una jarra de cerveza. Estaba pálido, sin duda a causa del viaje.

—He venido por Jordán —dijo.

Buscaba un ayudante de jardinero para Wimbledon, donde estaba organizando un gran jardín para la reina Enriqueta. No permitió que las revueltas interrumpieran su trabajo. Se le había metido en la cabeza que cuando la reina regresara triunfal junto al rey desde el continente, llevando con ellos a los niños que estaban ocultos por razones de seguridad, el jardín destacara como un monumento a su valor.

Yo no podía perder a Jordán, al que tanto quería y que constituía mi único consuelo.

Afablemente, Tradescant hizo lo imposible por persuadirme. Seguí negándome y dije que la distancia era muy grande para que mi chico hiciera el viaje todos los días. Sin embargo, deseaba que Jordán consiguiera ese empleo pues sabía que le encantaría ver tantas plantas exóticas como las que crecían en aquel lugar. Al fin di con la solución.

—Le acompañaré —propuse. Como Tradescant se mostró sorprendido, añadí—: Me apetece tomar el aire de Wimbledon durante una temporada.

—No tiene dónde vivir —objetó—. Jordán tendrá que compartir el alojamiento con los demás hombres de la casa.

Tengo talento para la arquitectura, me he construido una barraca y le aseguré a Tradescant que era muy capaz de levantar otra.

Alzó las manos y suspiró, pero me di cuenta de que lo había derrotado.

—Llevaré a mis sabuesos.

Me preguntó cuántos tenía y lo tranquilicé diciendo que, de momento, sólo unos pocos.

—¿Cuándo llegarán?

—Emprenderemos el viaje mañana. ¿En qué dirección está Wimbledon?

Replicó que sin duda el cochero lo sabría y como parecía tener prisa no lo presioné, pensando que tal vez me lo diría el tabernero de The Crown of the Thorns.

Tres días después un imbécil se acercó al señor Tradescant soltando espumarajos por la boca y tartamudeando y dijo que el jardín estaba invadido por el espíritu del mal y por sus sabuesos del infierno. Tradescant se acercó deprisa a las grandes puertas y seguramente se sintió aliviado al ver que sólo era yo y que llevaba a Jordán de la mano.

—Sus perros —dijo, y vi subir y bajar su bocado de Adán.

—Así es —respondí—. No hay más de treinta y sólo cinco están en condiciones de criar.

Era todo un caballero y, si se desconcertó, enseguida se recuperó y se ofreció a pagar el carruaje y a mandar a alguien para que recogiera nuestros bártulos.

—No hay carruaje y éstos son nuestros bártulos.

Alcé un hato de tela roja parecido a un enorme pastel de Navidad. Jordán llevaba el barco bajo el brazo.

—¿Y cómo…?

—Caminamos —repliqué—. Y cuando Jordán se cansó, cargué con él.

Tradescant se quedó sin habla e intentó coger mi hato, que inmediatamente lo aplastó contra el suelo. Con gran ternura, como sólo lo hace una madre, lo tomé en brazos y puse el hato encima. Con mis treinta perros y con Jordán detrás, franqueamos la puerta de la gran casa y emprendimos una nueva vida como servidores de la corona.

* * *

Dormí dos horas interrumpidamente en la cama colgante y con ayuda del torno bajé a desayunar. Estaba mareado.

Esas mañanas mis anfitriones se dedicaban a la práctica del tiro al arco, de modo que me disculpé y salí a recorrer la ciudad en busca de la bailarina. En la casa nadie la recordaba, aunque me pareció imposible porque su belleza devoraba al resto de la compañía con lenguas de fuego.

Empecé por el teatro, luego visité la ópera y, con creciente temor, tracé círculos de infamia cada vez más reducidos: cafés, casinos, lupanares y, por último, un prostíbulo que un rico mantenía para disfrute de sus amigos. Las mujeres fueron amables, pero insistieron en que retornara disfrazado de fémina. Entonces me permitirían la entrada. En mi condición de hombre, por muy casto que fuese, me expulsarían o me convertirían en eunuco.

Seguí sus consejos y me presenté con ropa sencilla, alquilada por el día. Alabaron mi atuendo y lograron que se me subieran los colores cuando acariciaron mi mejilla e hicieron comentarios sobre su tersura.

Bebimos vino y cuando el custodio hizo la ronda y preguntó a quién atendían, una de las mujeres se puso en pie y dijo que a su prima, recién llegada de tierras lejanas.

No sabían nada de la bailarina. No formaba parte de su compañía y me prometieron que preguntarían a sus amistades.

¿Cómo soportaban semejantes privaciones?

El alojamiento era muy cómodo y disponía de todo tipo de sofás, camas y artilugios para jugar, pero no se les permitía salir.

¿Cómo vivían sin espacio?

Reinó el silencio y pareció que se comunicaban sin palabras. Una de las mujeres habló y me explicó que no estaban tan limitadas como parecía, pues durante la noche entraban y salían a su antojo.

¿Y cómo lo hacían? La casa estaba cerrada con barrotes. Cada puerta tenía trece cerrojos. Las ventanas estaban demasiado altas y los tragaluces, siempre abiertos, eran inaccesibles.

Por debajo de la casa corría un riachuelo. Y éste, de camino al río que desembocaba en el mar, pasaba bajo la morada de un grupo de mujeres completamente distintas: las monjas. Ese convento —el convento de la Santa Madre— disponía de un sótano que daba al riachuelo. Por la noche, cualquiera de las mujeres que aspiraba a divertirse en la ciudad, visitar amigos o cenar con su amado se arrojaba a las aguas rápidas y era arrastrada hacia el convento. Las monjas tenían la costumbre de vigilar el riachuelo toda la noche y cualquiera de las mujeres que pasaba deprisa bajo el sótano del convento era inmediatamente pescada por la monja de guardia con una gran red para camarones.

Algunas mujeres tenían amantes en el convento y otras guardaban allí una muda y así salían al mundo. Al alba, las mujeres se arrojaban al agua y con gran entereza nadaban riachuelo arriba hasta la ciudadela, cerrada a cal y canto.

El patrón, un miope de pocas luces, jamás se enteró de que las mujeres que estaban bajo su protección eran siempre distintas. En la ciudad regía el acuerdo tácito de que cualquier mujer deseosa de amasar deprisa una fortuna entraba a trabajar en la casa, robaba a los clientes y birlaba los adornos que supuestamente colgaban de las paredes, sin correr riesgos. Sin saberlo, ese hombre egoísta, para el cual la vida era una mercancía más, financió el futuro de miles de mujeres que estaban ya al otro lado del mundo y eran tenderas o comerciantes. También pagó de su propio peculio la célebre bodega de buenos caldos del convento y varios retablos.

Años después me enteré de que un día entró en su cámara del placer y la encontró absolutamente despojada de mujeres y tesoros. Jamás lo comprendió y no estableció la menor relación entre ese hecho y el súbito aumento de novicias en el convento de la Santa Madre.

He conocido a diversas personas que, deseosas de librarse de las cargas de su sexo, se han vestido de mujer los hombres y de hombre las mujeres.

Después de la experiencia en el prostíbulo, decidí pasar una temporada como mujer y acepté un trabajo en un puesto de pescado.

Reparé en que las mujeres tienen un lenguaje peculiar, un lenguaje que no depende de las construcciones de los hombres, sino que se estructura mediante señales y expresiones y utiliza las palabras corrientes como palabras en clave con otro significado.
Bajo mis enaguas me convertí en viajero por un extraño país. No hablaba su lengua y me miraban con recelo.

Vi a las mujeres coqueteando con los hombres, satisfaciendo sus caprichos y negociando con ellos; luego las vi desternillarse de risa y compartir las chanzas mientras los hombres, ignorantes de todo, se sentían amos de la situación e iban a jactarse a las tabernas y a predicar desde el pulpito los desatinos del sexo débil.

Me sorprendió esa conspiración de las mujeres. Las mujeres me gustan; desconfío de ellas, pero las tengo en alta estima. Jamás imaginé lo mucho que nos odian o hasta qué extremos nos compadecen. Nos consideran crios con demasiado dinero en el bolsillo. La dueña del puesto de pescado me advirtió de que jamás intentara engatusar a otra mujer, pero que procurara cobrar el doble a los hombres o venderles pescado de segunda.

—Tienen embotado el olfato —dijo—. No distinguen entre una langosta fresca y otra de ayer.

Me pidió que recordara que la mujer engañada jamás olvida y te paga con la misma moneda, aunque pasen años, mientras que el hombre se encoleriza, grita y tal vez te golpee, pero enseguida hay algo que lo distrae.

Decidida a enseñarme cómo son los hombres y preocupada porque yo nada sabía, me escribió un libro de reglas del que apuntaré la primera página.

1. Es fácil satisfacer a los hombres, aunque no pasa mucho tiempo hasta que otra novedad los deleita.

2. Es fácil lograr que los hombres se vuelvan apasionados, pero son incapaces de sustentar ese sentimiento.

3. Los hombres siempre buscan mujeres débiles pero consideran que sus vidas son una ruina en ausencia de mujeres fuertes.

4. Los hombres deben estar permanentemente ocupados, de lo contrario siembran la discordia.

5. Los hombres se consideran importantes y tienen por insignificantes a las mujeres. En consecuencia, es fácil atarles una piedra al cuello y ahogarlos si se vuelven insoportables.

6. Más vale dejar que los hombres formen grupos en los que se agoten totalmente en la embriaguez y la competitividad. Mientras esa actividad tiene lugar, la mujer puede proseguir su propia vida sin obstáculos.

7. Nunca jamás se debe confiar a un hombre las intimidades del corazón, y si él es lo más íntimo de nuestro corazón, no debemos decírselo.

8. Si un hombre nos pide dinero no debemos dárselo.

9. Si le pedimos dinero a un hombre y no nos lo da, debemos vender su bien más preciado y partir de inmediato.

10. Nuestra mayor fuerza reside en que todos los hombres están convencidos de que conocen el fondo de cada mujer.

A pesar de que la lectura de esa página me fastidió profundamente, al indagar en mi corazón y en la actitud de los que me rodeaban, reconocí que estaba en lo cierto. Mi pesadumbre llegó a sus límites y no pude levantarme de la silla. Miré a mi alrededor y vi que formaba parte de una larga fila de seres desdichados que se sentaban como cuervos sobre un árbol caído. Todos gemían penosamente y nadie se movía en virtud de sus pesares.

Por suerte tenía las manos libres. Me agaché sobre la cesta de pescado, saqué un salmonete y lo agité sobre mi cabeza.

Enseguida apareció una bandada de aves marinas, que chilló al ver el pescado. Esgrimí otro en la mano izquierda y, tal como imaginaba,

los pájaros se lanzaron en picado a cogerlos.

Cuando sujetaron mi carnada con los picos no la solté y, enfurecidos por la resistencia del alimento, los pájaros aletearon con más ahínco y lograron elevarme. Solté los salmonetes de inmediato, pero las aves me tomaron por un gran pez, me transportaron por los aires, sobrevolé con ellos la ciudad y me llevaron hacia el mar.

Muy abajo divisé las olas que rompían contra los altos acantilados y las velas de los bajeles que se dirigían a los trópicos. Me desmayé de puro miedo y cuando recuperé el conocimiento ya no estaba en el aire, sino en el antepecho de la ventana de una casa ricamente amueblada y en una ciudad que no reconocí. Una muchacha se acercó a la ventana, me preguntó si era la hermana por la que tanto había rezado y me invitó cortésmente a meterme en la cama con ella, donde pasé la noche envuelto en cierta confusión.

* * *

¿Qué es el amor?

La mañana siguiente a nuestra llegada a Wimbledon desperté inmersa en un pozo de reflexiones filosóficas, aunque consolada por la respiración regular de Jordán y los ronquidos de mis treinta perros.
Soy demasiado descomunal para el amor. Nadie, hombre o mujer, ha osado jamás acercarse a mí. Les da miedo escalar montañas.

Medito sobre el amor porque el pastor dice que sólo Dios puede amarnos realmente y que lo demás es concupiscencia y egoísmo.

En la iglesia hay tallas de un hombre con el miembro grueso como un calabacín montando a una mujer cuyas tetas azotan el suelo como las ubres de una vaca antes del ordeño. Ella tiene los ojos cerrados, él mira al cielo y ninguno se entera de que los pastos arden.

El pastor encargó especialmente esas tallas para que contempláramos nuestro pecado y viéramos adonde conducía.

También hay mujeres que, ardientes de lujuria, se chupan mutuamente y hombres que se aferran los unos a los otros como si sujetaran un pincho para ganado.

Todos los domingos desfilamos para hacer acto de contrición y mantenernos puros una semana más, pero aquí y allá he notado un bulto donde todo debería estar en reposo y consagrado a Dios.

En cuanto a mí, sólo conozco el amor de mis perros, a los que mi aspecto les importa un bledo; y el de Jordán, que sostiene que, a pesar de que soy ancha y fangosa como su tocayo el río, también soy su familia. En cuanto al resto de este mundo pecador, me trata bastante bien según mi mejor saber y entender, y siempre que puede me ignora.

Crío perros jabalineros como hizo mi padre antes que yo y como esperaba que hiciera Jordán después de mí. Pero él no se quedó. Su mente rebosaba relatos de otros continentes en los que los hombres tienen la cabeza en el pecho y saltan sobre un pie desafiando el peso de la naturaleza.

Esos saltadores salvan un kilómetro y medio de un brinco y no desean más alimento que la corteza de los árboles. Es sabido que sus compañeras son serpientes, la misma bestia que nos expulsó del Paraíso y que todavía nos incita a pecar. Son tan astutas que si oyen las notas de un encantador de serpientes apoyan una oreja en el suelo y se tapan la otra con la cola. Ojalá pudiera estar a salvo del pecado tapándome las orejas con la cola o con cualquier otra cosa.

No soy una pecadora del cuerpo, sino de la mente. Sé cómo suena el amor porque lo he oído a través de las paredes, pero desconozco qué se siente. ¿Qué sentirán dos cuerpos resbaladizos como anguilas en la marisma, jadeando como perros en pos del jabalí?

Una vez me enamoré, si es que el amor es esa crueldad que nos lleva hasta las puertas del Paraíso sólo para recordarnos que están definitivamente cerradas.

Un mancebo solía venir por estos lares con la chaqueta rebosante de cosas para vender. Del interior colgaban abalorios y cintas y tenía los bolsillos llenos de cuchillos para fruta, pañuelos, hebillas e hilos brillantes. Su rostro me infundía alegría.

Solía levantarme una hora antes para peinarme, actividad que habitualmente sólo realizo en Navidad para honrar a nuestro Salvador. Me ponía de punta en blanco, como un buey en una feria, pero nada lograba que reparara en mí y yo sentía que mi corazón se reducía al tamaño de un guisante. Cada vez
que me daba la espalda, estiraba la mano para tocarlo, pero sus omóplatos eran demasiado afilados. Dibujé su imagen en la tierra, junto a mi cama, y puse su nombre a todos los pollos de mi madre.

Al final decidí que el verdadero amor era el amor puro y me preparé una pastilla de jabón…

Detesto lavarme porque la piel queda expuesta a la contaminación. Sigo la costumbre del rey Jacobo, que sólo se lavaba las yemas de los dedos y era tan puro de corazón como para darnos la Biblia en buen inglés.

Detesto lavarme, pero como sabía que era un síntoma de amor, no resultó sorprendente que me escabullera en plena noche hacia la bomba de agua como un profanador de tumbas se acerca al cementerio. Accioné la palanca de la bomba con el brazo derecho y lavé mi yo izquierdo, y luego lavé mi yo derecho bombeando con el brazo izquierdo. Cuando estuve tan empapada que al escurrir una parte de mí se formaba un charco en el suelo, esperé a las puertas de

la tahona hasta que la panadera empezó a trabajar y me senté junto a los hornos hasta el amanecer. La harina me cubrió con su manto blanco, aclarando mi piel atezada.

En ese novedoso estado me presenté ante mi amado, que me honró con una amplia sonrisa y juró que me besaría si pudiera llegar hasta mi boca. Lo alcé en volandas, le dije que me besara y cerré los ojos para gozar de ese deleite. Durante cinco minutos los mantuve cerrados. Al abrirlos para ver qué había ocurrido, vi que el mozalbete se había desmayado. Lo llevé hasta la bomba de agua que había sido último testigo de mi devoción y le di una buena ducha hasta que recobró el conocimiento, se retorció como un zorro atrapado y me suplicó que lo posara en el suelo.

—¿Qué pasa? —gemí—. ¿Es tu amor por mí lo que tanto te afecta?

—No, es el terror.

Varios meses después lo vi en otro barrio de la ciudad, con una bonita mujerzuela colgada del brazo y tan campante como siempre.

* * *

Por la mañana, la muchachuela, que se llamaba Zillah, me contó que desde que nació estaba encerrada en la torre.

—Esto no es una torre —puntualicé—. Se trata de una casa de cierta talla y nada más.

—Pues no —insistió—. Te equivocas, asómate por la ventana.

Le hice caso, miré hacia abajo, y a pocos metros vi una calle que se preparaba para el mercado. Mujeres con delantales de cuero apilaban rábanos en los puestos de madera y un cura bendecía un cargamento de reliquias sagradas mientras un hombre piadoso que había madrugado regateaba el precio de una costilla.

Era una mañana hermosa y en el aire había olor a limón.

Mientras miraba desde la ventana, el encargado de un puesto volvió su rostro y clavó sus ojos en mí. Lo saludé con la mano y sonreí, pero él no dio visos de reconocerme. No me inmuté: la gente se pone nerviosa ante los desconocidos.

—¿No te parece aterrador? —inquirió Zillah.

En ese momento me di cuenta de que estaba jugando conmigo, por lo que entré y la llevé hasta la ventana.

—Ven a ver el montón de rábanos.

Guardó silencio. La vi muy pálida y reparé en que sus ojos brillaban anormalmente. Me asomé decidido a mostrarle algo que la animara, pero las palabras se me pegaron al paladar. Zillah miraba hacia abajo. Seguí su mirada siempre descendente. Estábamos en la cumbre de una torre de extraña construcción. El cilindro de piedra

caía sin solución de continuidad hasta una plataforma de rocas puntiagudas donde rompían las olas encrespadas. La costa que se alejaba no contenía seres vivos. Ni una choza, ni siquiera un aprisco quebraban la línea de enredadas matas de romero. Sólo existían el viento y el mar azul pizarra.

La muchacha se apartó de mí y se sentó en la cama. De espaldas a la ventana le pregunté qué la mantenía en la torre.

—Yo misma —respondió—. Sólo yo misma.

En ese momento me di cuenta de que en el cuarto no había puerta.

—¿Hay algo que pueda comer? —quise saber.

Zillah sonrió, se agachó bajo la cama y sacó dos ratas sujetas de las colas.

Rió y se acercó a mí con una rata en cada mano. Los ojos se le nublaron, desdibujándose. El aliento le olía a queso envuelto en muselina.

No pensé en mi vida; di un salto mortal por la ventana y aterricé sobre el montón de rábanos.

La mujer del delantal de cuero me dio un coscorrón, pero alguien la apartó por detrás, me sujetó de los hombros y me rogó que le dijera de dónde había salido tan súbitamente.

—De la torre —repliqué y señalé hacia arriba.

La animación del mercado cesó, todos se hincaron de rodillas y se persignaron. El proveedor de reliquias sagradas se colgó del cuello una sarta de dientes de mártires y me roció con polvo de san Antonio.

La historia era terrible.

Pescaron a una jovencita cometiendo incesto con su hermana y la condenaron a construir su torre de la muerte. Para prolongar su vida la erigió tan alta como pudo, dando vueltas y más vueltas con las piedras en una interminable escalera de caracol. Cuando las piedras se acabaron cerró la habitación a cal y canto y la aldea, enloquecida por sus gritos de muerte, se trasladó a un sitio apartado donde nadie pudiera oírla. Muchos años después la torre fue demolida por el extranjero que construyó la casa que vi en ese solar. Los aldeanos fueron regresando paulatinamente, pero ni el extranjero ni nadie pudo morar en aquella casa. Por la noche los gritos eran ensordecedores.

Los aldeanos se mostraron amables conmigo y durante el día los ayudé en los puestos de frutas exóticas y de pescados moteados; por la noche, los hombres llenaron sus pipas, se sentaron en el rompeolas y me preguntaron de dónde procedía y por qué estaba allí.

Aunque no les hablé de los extraños medios por los que había llegado, les expliqué el destino de mi corazón.

—El mundo está lleno de bailarinas —declaró uno, y trazó círculos de humo en torno a mi cabeza.

—Y a ésa sólo la has visto por la noche —comentó otro.

—Y escapando por un muro —apostilló su esposa, que echaba carne de cangrejo en una olla.

El filósofo de la aldea me explicó que es mejor ignorar que explorar el amor porque resulta más fácil buscar una aguja en un pajar que seguir las trayectorias del corazón.

Mantuvimos una discusión sobre el amor, parte de la cual os revelaré.

Por un lado, estaban los que sostenían que el amor debe mantenerse sumiso mediante los votos del matrimonio y los lazos familiares, a fin de que su impetuoso calor entibie el corazón sin quemar la casa.

Por el otro, estaban los convencidos de que sólo la pasión libera el alma de su choza de barro y que sólo perdiendo el corazón como una liebre y siguiéndolo hasta el ocaso el hombre o la mujer pueden dormir en paz durante la noche.

La escuela de la pesadez, los partidarios de anudar el amor, pusieron como ejemplo los fragmentos de la literatura antigua en los que se anunciaba que los llevados por el deseo, la más ligera de las cosas, caen bajo pesos insoportables. Pesos mucho más terribles que aceptar desde el principio que la pasión vive encadenada.

¿Qué decir de la mujer que se convierte en árbol del loto al huir de su encendido amante? Tiene los pies enraizados, la suave corteza trepa por sus piernas y muy pronto le rodea las ingles. Cuando intenta mesarse los cabellos, sus manos están llenas de hojas.

¿Y qué decir de Orfeo, cuya pasión lo conduce a las puertas del infierno, sólo para fracasar en el último momento y perder la terrenal existencia de su amada?

¿Y qué decir de Acteón, cuyo deseo por Artemisa lo convierte en un ciervo que es destrozado por sus propios canes?

Estas cosas son así y pueden representarse en un solemne friso que bordee las lindes del mundo.

Me levanté y recordé la compañía de Penélope, que, en virtud de su amor por un hombre, rechazó el compromiso fácil de un reino de oropel y deshizo de noche el peso de lo tejido durante el día para tener las manos nuevamente vacías por la mañana.

Y de Safo, que antes de perder a su amada en manos de un hombre se arrojó a los acantilados azotados por el viento y convirtió su cuerpo en pájaro.

Sabido es que los que están bajo el dominio de potentes encantos sólo despiertan con la caricia de un amante. Los que parecen muertos y han emprendido el retorno a la tierra pueden recobrar la vida, acelerado el pulso una vez más por un cálido abrazo.

Como era de noche y las estrellas gemelas de Cástor y Pólux apenas despuntaban en el firmamento, hablé de la tragedia de los dos hermanos cuyo amor podemos considerar antinatural, tan compungido uno por la muerte del otro que pidió por su vida y aceptó que viviera medio año uno y el resto el otro, aunque nunca los dos juntos. Lo mismo nos ocurre a nosotros, que durante nuestra estancia en la tierra con estos pesados ropajes percibimos la presencia del ser amado, no muy lejos pero inaccesible.

Los aldeanos guardaron silencio y, ensimismados, se alejaron. Una mujer me acarició los cabellos. Me quedé con la espalda apoyada en el áspero rompeolas y me pregunté por qué no había consultado la opinión de todos.

¿Buscaba a la bailarina cuyo nombre ignoraba o buscaba la parte danzante de mí mismo?

La noche.

* * *

En la oscuridad y en el agua soy ingrávida. Aunque carezco de vanidad, cuánto gozaría del confort del rostro de un amante. Después de mi única incursión en el amor, decidí que jamás volvería a hacer el ridículo. Me ofrecieron trabajo en un lupanar y lo rechacé en virtud de la fragilidad de mi corazón. Seguramente tanto ajetreo noche y día debilita el corazón y lo vuelve propenso al amor. No directamente, ya se comprende, sino de manera indirecta, pues después de un tiempo la lujuria sin materia romántica resulta fatigosa. Hablé de la cuestión con una muchacha de la casa de Spitalfields y me dijo que detesta a sus amantes por hora y que aún sueña con alguien que se presente en carroza y le dé bizcochos con frutas picadas.

¿De dónde provienen esos sueños insustanciales?

En cuanto a Jordán, le falta mi sensatez y sin duda perseguirá sus sueños hasta los confines del mundo y terminará estrellándose.

No puedo instruirlo en el amor porque carezco de experiencia, pero puedo enseñarle su carencia y tal vez convencerle de que existen cosas peores que la soledad.

Durante el viaje a Wimbledon un hombre me abordó y me preguntó si quería verlo.

—Señor, le veo perfectamente —respondí.

—No ve toda mi persona —dijo al tiempo que se desabrochaba para mostrarme algo muy parecido a una vaina de guisantes—. Tóquelo y crecerá —aseguró.

Lo toqué y cómo creció, hasta parecerse a un pepino.

—Maravilloso, maravilloso, maravilloso —gimió aunque no

entendí por qué—. Métaselo en la boca —añadió—. Sí, como haría con un delicioso bocado.

Siempre que puedo me gusta ampliar mis horizontes y le seguí la corriente, me lo metí todo en la boca y lo partí de una dentellada.

Ante ese acto, mi ansioso compañero acrecentó sus gemidos hasta el extremo de perder el conocimiento y yo, asombrada como estaba por su arrobamiento y asqueada por aquella cosa correosa que me llenaba la boca, escupí lo que no había comido y se lo di a uno de mis perros.

Aunque la fulana de Spitalfields me contó que los hombres gustan de consumirse por la boca, sigo pensando que es un acto temerario, ya que seguramente el miembro tarda lo suyo en volver a crecer. De todos modos, sus cuerpos les pertenecen y yo, que nada sé de ellos, he de aceptar con humildad las instrucciones y si un hombre me pide que se lo haga, lo volveré a hacer, aunque no sienta nada.

Durante la cópula, acto en el que la mujer tiene un papel más grato, el miembro se interna por el gran túnel y repta hacia el útero, donde un rato más tarde se abre como una judía escarlata y deposita un pequeño retaco para que crezca en esa tierra fértil. Al menos eso me han dicho las mujeres que han estado preñadas y que seguramente conocen los miembros de sus maridos como yo a mis perros.

Cuando Jordán sea mayor le contaré todo lo que sé del cuerpo humano y le recomendaré que tenga cuidado con su miembro. Sin embargo, no es ésa la parte de él que me preocupa, sino su corazón. Su corazón.

En Wimbledon tenemos un jardinero francés, André Mollet, que ha venido especialmente para enseñar a Tradescant los estilos de fuentes y arriates franceses.

Como la mayoría de los galos, está más interesado en su miembro que en su pala y ha hecho insinuaciones amorosas a todas las mujeres de la finca, salvo a mí. En honor a su perseverancia tendremos un chorro de veintiocho metros de altura con una bola de plata equilibrada en lo alto. El torrente en cascada se fundirá con una pared de agua semejante a un seto, que divide los estanques con peces y las tierras de labranza.

Los estanques son círculos y cuadrados llenos de extrañas aguas, ora saladas, ora estancadas, y contienen peces fabulosos de todos los tipos imaginados pero nunca vistos.

En el más grande hay un cardumen de ejemplares que de un salto arrojan sus cuerpos rutilantes de un lado a otro. ¿Sueñan con las copas de los árboles zarandeadas por el viento?

En otro estanque, un lugar curioso que brilla con su propio

resplandor procedente de un pozo sagrado de Oriente, mora un grupo de sapos moteados célebres por sus cantos. Dichos sapos no croan, sino que entonan madrigales e interpretan el himno mejor que cualquier coro de iglesia. Ni siquiera el palacio del Rey Sol de Francia posee algo tan raro y maravilloso, aunque me han dicho que cuenta con una comadreja danzarina que cambió por cien perales. Personalmente, prefiero el alborotado riacho que sale del linde de los cerezos y forma una cuenca en la gruta donde se alza la estatua del ermitaño. El río es poco profundo, el lecho está plagado de guijarros y en las riberas crecen los berros. Bajo las piedras hay camarones de agua dulce que se alimentan de seres aún más pequeños. Cerca del nacimiento hay una roca tras la cual suelo ocultarme por la tarde y donde entono cantos de amor y muerte y espero a que se ponga el sol. Cuando la línea naranja atraviesa el horizonte, sale el martín pescador agitando sus alas azules y se zambulle con gran presteza. Vertical y glorioso, se eleva como un santo con el pico atiborrado de camarones.

* * *

En alta mar, lejos de casa a bordo de una barca inestable y con Tradescant dormido a mi lado, se alza una ciudad con la que a veces sueño, una ciudad de habitantes tan astutos que para escapar a los requerimientos de sus acreedores derriban las casas en una sola noche y las reconstruyen en otra parte. Por consiguiente, la cantidad de edificios de la ciudad es constante, aunque nunca permanecen más de un día en el mismo sitio.

Para las familias unidas, y la mayoría de los residentes forma familias unidas, la situación no plantea problemas y es habitual que los fugitivos encuentren a sus perseguidores esperándolos en el nuevo solar que han elegido.

En consecuencia, a pesar de que como subterfugio resulta muy poco aconsejable, en tanto juego es un pasatiempo muy gratificador y explica la extraordinaria longevidad de los hombres y mujeres que pueblan la ciudad. Antaño fuimos nómadas y atravesamos desiertos y mares por pistas que, aunque imperceptibles, estaban muy claras para los que conocían el camino. Desde que nos asentamos y echamos raíces como los árboles, aun sin la capacidad de aprovechar los vientos para esparcir nuestras semillas, sólo hemos encontrado infección y malestar.

Me figuro que los habitantes de la ciudad han logrado reconciliar dos deseos antagónicos: permanecer en un sitio y dejarlo atrás para siempre.

Al llegar por primera vez hice amistad con una familia y después de la cena me comprometí a visitarla al día siguiente. Insistieron en

que acudiera y así lo hice, pero me molestó comprobar que la casa había sido reemplazada por el Museo de Antigüedades. El conservador se mostró comprensivo y me señaló la dirección correcta. Se me metió en la cabeza retornar al museo y estudiar el esqueleto de una ballena extinta. Consideré harto improbable que un edificio público tuviera una necesidad de escapar tan imperiosa como la de un particular.

¡Cuánto me equivocaba! El museo había retornado a su solar original en el puerto y en su lugar se alzaba un molino de viento y mucho espacio libre. Mientras observaba las aspas que se agitaban con la brisa y me preguntaba qué clase de elemento es el aire para parecer nada y, sin embargo, oponer tanta resistencia, el molinero se acercó a la ventana redonda y gritó unas palabras que no oí. Quedé enganchado en una de las aspas del molino y ascendí hasta quedar a la altura del molinero.

Me preguntó si conocía la historia de las doce princesas bailarinas. Respondí que la había oído y me contó que todavía vivían camino abajo y que eran muy viejas. ¿Por qué no las visitaba?

Pensé que era muy probable que una bailarina conociera a otra, más aún tratándose de doce, de modo que capturé algunos arenques para llevarlos como presente y llamé a su puerta.

La historia de las doce princesas bailarinas

Llamé a la puerta y del otro lado sonó una voz que preguntó mi nombre.

—Me llamo Jordán —dije, aunque no sabía a quién me dirigía.

—Pasa por aquí.

Junto a la puerta había un pozo con la cuerda deshilacliada y un cubo oxidado.

—¿Me buscabas?

Expliqué a la cabeza asomada al borde del pozo que había ido a presentar mis respetos a las doce princesas bailarinas.

—En ese caso, empieza por mí —añadió la cabeza—. Soy la mayor.

Como temo los espacios cerrados, salvé tímidamente el borde del pozo y descendí por una escala de madera. Me encontré en una estancia circular, bien amueblada, con una cafetera de plata en la que el café estaba a punto de hervir.

—Os he traído arenques —comuniqué torpemente.

Cuando pronuncié la palabra «arenques», se oyó un sonido de puro deleite y una mano pasó por encima de mi hombro y me arrebató el paquete.

—Te ruego que la disculpes —pidió la princesa—. Es una sirena.

La sirena, que aunque era muy bella carecía de modales, engullía los pescados y los lanzaba hacia el fondo de su garganta como nosotros nos comeríamos una ostra.

—Son las contrapartidas del amor. —La princesa suspiró y enseguida me contó la historia de su vida.

Mis hermanas y yo dormíamos en la misma habitación, más estrecha que un río nuevo y más larga que la barba del profeta.

Ya te puedes imaginar el tipo de alojamiento de que disponíamos.

Dormíamos en lechos blancos, con sábanas blancas, la luna se colaba por la ventana y dibujaba sombras blancas en el suelo.

Cada noche volábamos de esa habitación a una ciudad plateada en la que nadie comía ni bebía. El pueblo se dedicaba al baile. Destrozábamos nuestros vestidos y zapatillas bailando y por la mañana, cuando nuestro padre venía a despertarnos, estábamos tan dormidas que era imposible adivinar dónde habíamos estado o cómo habíamos llegado.

Como sabes, al final un príncipe listillo nos vio salir volando por la ventana. Le habíamos dado una poción para dormir, pero en lugar de bebérsela lo simuló. Tenía once hermanos y a todas nos dieron en matrimonio, una para cada hermano. Como dicen los cuentos, vivimos felices y comimos perdices. Nosotras sí, pero no con nuestros maridos.
Siempre me ha gustado nadar y un día que estaba en alta mar llegué a una cueva de corales y vi a una sirena que peinaba sus cabellos. Me enamoré de ella en ese instante y después de unos meses de encuentros ilícitos, durante los cuales mi marido se quejó constantemente de que yo apestaba a pescado, huí y comencé a vivir con ella en perfecta y salobre dicha.

Durante varios años no supe de mis hermanas hasta que, por una extraña casualidad, descubrí que de un modo u otro todas nos habíamos separado de los gloriosos príncipes y vivíamos dispersas, de acuerdo con nuestros gustos.

Compramos esta casa y la compartimos. A medida que avances, encontrarás a mis hermanas. Como puedes ver, yo moro en el pozo.

—El que ves pintado en la pared es mi último marido y parece que estuviera vivo —comentó la segunda princesa. Me paseó por su invernadero y me mostró algunas curiosidades: el feto malogrado de la infame papisa Juana, que con tanto éxito se había hecho pasar por hombre de Dios hasta dar a luz durante la procesión de Semana Santa. También tenía las tablillas de piedra en las que Moisés recibió los Diez Mandamientos. Aunque las letras estaban borrosas, era fácil distinguir las líneas escopleadas por el dedo de Dios.

—Colecciono artículos religiosos.

El marido no la había importunado mucho más de lo que suele importunarse a cualquier esposa hasta que tuvo la pretensión de poner fin a su pasatiempo.

—Encendió una hoguera y quemó el cuerpo de un santo. El santo era muy antiguo y estaba amortajado. Me gustaba tenerlo en casa, añadía algo bienhechor.

Después amortajó a su marido y siguió envolviéndolo en vendas viejas hasta que llegó a la nariz. Tuvo un instante de pesar y siguió adelante.

—Era la belleza encarnada —dijo—. Sus ojos eran como los pantanos pardos y sus pestañas como ramas de sauce. Las cejas formaban un dique entre la frente y el rostro. Tenía los pómulos altos y escarpados y su boca era un volcán. Su aliento parecía el del dragón y el corazón le fue arrancado a un toro. Los tendones del cuello eran columnas blancas que desembocaban en los pernos de la clavícula. Aún puedo rastrear la cavidad de su garganta. Su pecho era una caja fuerte y las costillas, que parecían de bronce, se traslucían a través de su piel cuando brillaba el sol. Los omóplatos eran cordilleras y un camino empedrado su columna vertebral. Tenía el vientre poblado de gemas y su verga despertaba al clarear el día. Los trigales aún me recuerdan sus cabellos y cuando veo una mano con los dedos más largos que la palma pienso que tal vez haya vuelto para acariciarme.

»Pero jamás me tocó. Mi marido amaba a un doncel. Con una sola flecha los atravesé allí donde yacían.

»Sigo pensando que fue poético.

Mi marido se casó conmigo porque quería que sus aventuras con otras mujeres resultaran más excitantes por el hecho de estar prohibidas. El peligro era su afrodisíaco: no le interesaba nada fácil ni moderado.

Tenía la costumbre de provocar torbellinos. Me lo advirtieron, los amigos sinceros y los descontentos siempre nos advierten, pero no quise dejarme influir por los chismes. Mi marido era apuesto e inteligente. ¿Qué importancia tenía que necesitara una válvula de escape, siempre y cuando me amara? Yo quería amarle, estaba decidida a ser feliz a su lado. Antes no había conocido la felicidad.

Al principio ni me preocuparon las semanas que pasaba lejos de casa. No me di cuenta de que parte de su juego consistía en enfurecerme. Sólo después de hacerme daño gozaba plenamente en los lechos que visitaba.

Pronto descubrí que sus favoritas eran las internas de un manicomio. Con ellas organizaba falsos esponsales en graneros abandonados. Como traje de novia lucían una mortaja y un manojo de zanahorias en lugar del ramo. Las poseía inmediatamente después en un altar que era un pesebre para cerdos. La mayoría eran vírgenes. Le gustaba volver a casa y a mí impregnado del olor de la sangre de esas mujeres.

¿Llega el cuerpo a odiarse tanto como para buscar la liberación a cualquier precio?

No lo maté. Dejé que deambulara por los campos de batalla de su reino en ruinas; su cuerpo estaba teñido de rojo por las enfermedades. Ese mismo invierno lo encontraron muerto en la nieve.

¿Por qué no volcó su vida hacia mí, como hacen los árboles que, aunque agitados por el viento, siguen la senda del sol?

Tal vez hayas oído hablar de Rapunzel.

En contra de las aspiraciones de su familia, a la que su pasión por coleccionar muñecas en miniatura basta para describir, se fue a vivir a la torre con una mujer madura.

Su familia estaba tan furiosa por su negativa a casarse con el príncipe vecino que difamaron a la pareja, llamando bruja a una y mocosa a la otra. No contentos con esto, hicieron esfuerzos constantes por escalar la torre, hasta el extremo de que la feliz pareja tuvo que tapiar todas las entradas que no estaban a la altura del cielo. La amante subía trepando por los cabellos de Rapunzel y ésta lo hacía clavando una peluca en el suelo y escalando por las trenzas que colgaban de la ventana. Podrían haber utilizado cuerdas, pero estaban enamoradas.

Un día el príncipe, que siempre había gustado de ponerse los vestidos de su madre, se disfrazó de amante de Rapunzel y subió a la torre. Una vez dentro, la ató y aguardó la llegada de la bruja perversa. En cuanto ésta saltó la ventana con la cena, el príncipe le dio un golpe en la cabeza y la echó de la torre. Bajó a Rapunzel con la cuerda que había llevado y la obligó a mirar cómo dejaba ciega a su abatida amante en medio de un campo de espinos.

A partir de entonces vivieron felices y comieron perdices, por supuesto.

En lo que a mí se refiere, sanó mi cuerpo aunque no mis ojos, y finalmente me encontraron mis hermanas, que por diversos medios llegaron a vivir en esta propiedad.

¿Y mi marido?

Bien, la primera vez que lo besé se convirtió en rana.

Ahí lo tienes, a tus pies. Se llama Antón.

El día de Año Nuevo salí a caminar por los profundos senderos veteados de luz y vi a mi marido montado a caballo, ataviado con su levita roja. Se llevó el cuerno a los labios y se irguió en los estribos. Los cazadores partieron; poco después, sólo semejaban bayas de acebo en medio del verdor.

Seguí mi camino, me aparté del sendero, atravesé matas y zarzas, espanté a las perdices y abrí una ruta entre las pacientes vacas, cuyas pezuñas hundidas en el barro estaban ornadas con gotas de agua. Mis botas se habían cubierto de lodo. La travesía se tornaba más dificultosa a cada paso que daba. Poco después levantaba los pies como cuando subimos una escalera. Estaba furibunda y acalorada. Quería volver a casa, pero era incapaz de acelerar el paso. Tenía que regresar para llevar el ponche al gran salón y encenderlo con brillantes llamaradas azules.

Al alcanzar con gran dificultad la cumbre de una colina, miré al otro lado del ancho valle y vi que la nieve aún salpicaba los campos como sábanas puestas a secar. Adoro los espinos y los árboles que de la noche a la mañana quedan desnudos, como si un niño recogiera tozudamente todas las hojas y se negara a dejar siquiera una para un adversario.

Vi mi propia casa, con sus chimeneas humeantes y las ventanas anaranjadas.

Un año más.

En ese momento un ciervo y cinco venados abandonaron el bosque y cruzaron los campos. Las tierras estaban valladas y el ciervo saltó las cercas, volviendo la cabeza para animar a los demás. Permaneció un segundo en el aire y en ese instante ingrávido recordé mi pasado, cuando ha ya mucho tiempo había sido libre de volar, antes del gracioso aterrizaje y de una casa llena de cosas.

Desapareció en la oscuridad y di la espalda a la casa. Lo último que oí fue el chacoloteo de la batida en el patio.

Salvo a ella, nunca quise a nadie. Me gustaba deslizar el dedo desde la hendidura de su barbilla, pasando por la pendiente de sus senos y cruzando las llanuras de su vientre, hasta donde la sabía húmeda. Quería volverla de espaldas y que las palmas de mis manos esquiaran por la ladera de su espalda. Quería abrir camino en el pasadizo secreto de su culo.

Cuando se tendía, le masajeaba los pies con esencia de menta y le cortaba las uñas con una tijera de plata. Enroscaba sus cabellos hasta formar serpientes vivas y le abrillantaba los dientes con mi saliva.

Le agujereé los lóbulos de las orejas y los llené de diamantes. Le puse belladona en los ojos.

Cuando enfermó sequé los sudores de su fiebre con mis toallas y cuando lloró guardé sus lágrimas en un jarrón Ming.

No había separación entre nosotras. Por la mañana nos levantábamos y por la noche dormíamos como gemelas. Teníamos cuatro brazos y cuatro piernas y por las tardes, cuando leíamos en la frescura del huerto, nos sentábamos espalda contra espalda.
Me gustaba sentir la serpiente de su columna.

Nos besábamos a menudo, nuestras bocas se llenaban de lenguas, dientes, saliva y sangre cuando le mordía el labio inferior; con las manos la aplastaba contra mi cadera.

Hacíamos el amor a menudo, sobre todo por la tarde, con las persianas entreabiertas y el fresco suelo de losas bajo nuestros cuerpos.

Durante dieciocho años vivimos solas en un castillo expuesto al viento y a nadie vimos salvo a nosotras mismas. Entonces alguien nos descubrió y fue demasiado tarde.

El hombre con el que me casé era una mujer. Vinieron para quemarla en la hoguera. Y la maté de un único golpe en la cabeza antes de que franquearan la verja, escapé del castillo y ahora estoy aquí.

Todavía conservo uno de sus rizos.

Llevábamos varios años de matrimonio cuando un hombre llamó a la puerta pregonando cepillos. Como mi esposo estaba trabajando, hice pasar al buhonero a la cocina y le di de comer. Le pedí que abriera la bolsa y, como podréis imaginar, sacó un montón de paños para pulir, una pila de jabones redondos, peines para el pelo, peines para barbas de perilla, cosas de casa corrientes y molientes. Compré una o dos cosas útiles y quise saber lo que llevaba en la otra bolsa, la que no había abierto.

—¿Qué busca? —quiso saber.

—Veneno…

—Sí, para las ratas.

—No, para mi marido.

Mi intención asesina no pareció sorprenderle y abrió la otra bolsa. Miré su contenido. Estaba llena de botes pequeños y bolsitas cerradas con lacre.

—¿Su marido es corpulento?

—Sí. Es muy, muy gordo. Es el más gordo de la aldea. Siempre lo ha sido. Tiene once hermanos, todos tan delgados como
el maíz de primavera. Cada día devora una vaca y un cerdo inmeditamente después.

—Hará bien en matarlo —dijo el buhonero—. Échele esto en la leche que bebe antes de acostarse.

Llegó la hora de irse a la cama y, tal como me había instruido el buhonero, diluí el polvo en el vaso de leche de mi marido. Mi esposo se acercó estrepitosamente al fogón y de un trago vació el vaso de leche. En cuanto la bebió empezó a hincharse. Se hinchó hasta desbordar la casa, rompió el tejado y segundos después estalló. De su barriga salieron una manada de vacas y una piara de cerdos, parpadeantes y cubiertos de leche.

Siempre se había quejado de molestias digestivas.

Reuní a los animales y partí en busca de mis hermanas. Entre las artes culinarias y la cría de animales, me decidí por los animales.

Me apodaba Jess porque es el nombre de la pihuela que retiene al halcón.

Yo era su halcón. Colgaba de su brazo y comía de su mano. Él decía que mi nariz era afilada y cruel y que mis ojos contenían el delirio. Decía que si me trataba amablemente yo lo despedazaría.

Si por la noche estaba fuera, me encadenaba a nuestro tálamo. La cadena era lo suficientemente larga para permitirme usar el orinal o asomarme a la ventana y esperar la llegada de los mochuelos tardíos. Adoro el canto de los búhos, el súbito deslizamiento en picado de esas alas extendidas en pos de su presa, el descenso y el gemido afín al de un amante dolorido.

Utilizaba la cadena cuando salíamos a cabalgar. Yo tenía un caballo tan brioso como el suyo; él le azotaba las ancas, lo hacía correr entre los árboles y me seguía media cabeza por detrás, tironeando de la cadena y preguntando si el paseo me agradaba.

Su juego consistía en sentarme a horcajadas sobre él cuando hacíamos el amor y en sujetarme de la cintura. Decía que estaba obligado a ello, por si se me ocurría arrancarle los ojos al amparo de la luz de las velas.

Yo no era ninguna de esas cosas, pero en todas ellas me convertí.

Una noche, creo que del mes de junio, emprendí el vuelo desde su muñeca, le arranqué el hígado, mordí la cadena hasta quebrarla y lo dejé en el lecho, con los ojos abiertos.

Quedó sorprendido y no lo entiendo: somos tal como nuestro amante describe.

Cuando mi marido se liaba con otra mujer, durante la cena yo veía cómo se le ponían vidriosos los ojos, le oía cantar para sus adentros sin incluirme y cuando regaba el jardín no lo hacía para mí.

Era un hombre afable y cortés; le gustaba estar en casa, pero en su fantaseo hogareño no era yo la que se sentaba delante de él y le celebraba las gracias. No quería cambiar nada, su vida le gustaba. Sólo pretendía cambiarme a mí.

Habría preferido que me odiara, que abusara de mí o que hiciera las maletas nuevas y se largara.

Tal como ocurrieron las cosas, siguió rodeándome con el brazo y hablando de construir un nuevo muro para reemplazar la cerca podrida que dividía nuestro jardín de su huerto. Sabía que jamás abandonaría nuestra casa. Había trabajado para conseguirla.

Día tras día tuve la sensación de que desaparecía. Para mi marido yo ya no era una realidad, sino una de las cosas que lo rodeaban. Era la cerca que hacía falta cambiar. Me miré en el espejo y ya no me vi atractiva ni apasionante. Estaba gastada y gris como un viejo jersey que, aunque ya no usamos, tampoco tiramos a la basura.
Reconoció que estaba enamorado de ella y que también me amaba a mí.

Traducido eso significa: lo quiero todo. Traducido eso significa: por ahora no quiero hacerte daño. Traducido eso significa: no sé qué hacer, dame tiempo.

¿Por qué, por qué tendría que darte tiempo? ¿Qué tiempo me concedes tú a mí? Estoy en una celda y espero que me llamen para la ejecución.

Le amaba y estaba enamorada de él. No utilicé el lenguaje para convertir mi corazón en un campo de batalla.

—Eres tan sencilla, tan buena… —dijo, y me apartó los cabellos del rostro.

Quería decir: tus emociones no son tan complejas como las mías. Mi dilema es poético.

Pero no había dilema. El ya no me deseaba, aunque sí deseara nuestra vida.

Finalmente, después de que mi marido pasara unos días con ella y retornara desasosegado y conciliador, decidí no esperar más en mi celda. Fui a la habitación en la que dormía y le pedí que se marchara. Con suma paciencia me recordó que la casa era su hogar y que no

podía quedarse sin casa y sin hogar por el mero hecho de estar enamorado.

—Medea lo hizo —dije—. Y Romeo y Julieta. Y Creusa. Y en la Biblia, Ruth.

Mi marido me mandó callar. El no era ningún héroe.

—Si tú no eres ningún héroe, tampoco yo tengo por qué ser ninguna heroína.

No respondió y tiró de la manta.

Consideré mis opciones.

Podía quedarme y sentirme desdichada y humillada.

Podía irme y sentirme desdichada y digna.

Podía suplicarle que volviera a tocarme.

Podía vivir de la esperanza y morir de amargura.

Reuní algunos bártulos y me marché. No fue fácil: también era mi casa.

Me han dicho que ha cambiado la cerca trasera.

En cuanto celebramos el himeneo, mi esposo me llevó al hogar de su familia, lejos de cuantos seres yo conocía. Me prometió compañía y una biblioteca y me pidió que no le interrumpiera, durante el día. Por las noches lo veía unas pocas horas, durante la cena, aunque él no era de mucho comer. Tampoco se mostraba deseoso de adornar mi cama con su cuerpo.

Le pregunté qué hacía durante el día y respondió que ejercitaba su mente con los problemas de la creación. Me di cuenta de que semejante tarea podría llevarle bastante tiempo y me resigné a olvidar las reglas de la vida normal.

Una noche mientras cenábamos una paloma que yo había abatido, mi marido se puso en pie y dijo:

—Existe una torre negra donde moran bestias indómitas. La torre no tiene ventanas ni puertas. Nadie puede entrar ni salir de ella. En lo alto hay una jaula con barrotes de hueso. Desde esa jaula un espíritu aprisionado mira furtivamente el sol. La torre es mi cuerpo, la jaula mi cráneo y yo soy el espíritu que canta para reconfortarse. Pero no hallo consuelo, estoy solo. Mátame.

Le obedecí. Le aplasté el cráneo con un candelabro de plata y oí un siseo semejante al de un leño húmedo. Abrí las puertas y arrastré su cuerpo hasta el aire… y por el aire voló.

Todavía suelo verlo, aunque en lontananza.

Concluidos los relatos, las doce princesas bailarinas me invitaron a pasar la noche.

—Falta alguien —dije—. Sólo sois once y no he oído más que once relatos. ¿Dónde está vuestra hermana?

Se miraron y la primogénita respondió:

—Nuestra hermana pequeña no está aquí. Nunca vino a vivir con nosotras. El día de sus esponsales con el príncipe que descubrió nuestro secreto huyó del altar como el ave que escapa de una celada y caminó por la cuerda floja entre el campanario de la iglesia y el mástil de un barco que levaba anclas en la bahía.

»De todas nosotras, ella era la mejor bailarina, la que daba a su cuerpo formas que no podíamos imitar. Lo hacía por puro placer, aunque para ella representaba algo más. Lo hacía porque para ella cualquier otra vida habría sido una impostura. No ardió en secreto por una pasión que no podía expresar: resplandeció.

»Hace muchos años que no la vemos, desde el día en que vestimos de rojo y destrenzamos nuestros cabellos negros. Seguramente ahora sea vieja y carezca de flexibilidad. Su cuerpo sólo es memoria. El cuerpo que tiene no será el que tenía.

—¿Recordáis cuán leve era? —preguntó otra hermana—. Era tan ligera que descendía por una cuerda, la cortaba y volvía a anudarla en el aire sin caer y encontrar la muerte. Los vientos la sustentaban.

—¿Cómo se llamaba?

—Fortunata.

1649

Al principio la guerra civil apenas nos rozó. Había opiniones para todos los gustos y estaban los que, como el predicador Scroggs y el vecino Firebrace, habrían aprovechado cualquier oportunidad con tal de sentirse superiores al vulgo. Sin embargo, resultó una contienda tranquila: batallas locales y el descenso ocasional de los puritanos, que entraban en una casa señorial y la reclamaban para sí en nombre de Dios. No existía el convencimiento de que el rey no ganaría como lo había hecho siempre, como han vencido siempre los monarcas, quienquiera que sea su contrincante.

Siempre me ha gustado el movimiento y me divertía acicateando al vecino Firebrace. Por cierto, durante mi estancia en Wimbledon eché muchísimo de menos su cara retorcida. Si todo el mundo estuviera de acuerdo, ¿adonde iría a parar la diversión?

En Wimbledon teníamos la certeza de que la reina Enriqueta regresaría en cualquier momento con aliados de Francia, Italia o España y arrasaría a los gimoteantes y almidonados puritanos. Pero no encontró aliados. Abundaron los amigos sinceros, pero de aliados nada. La armada estaba contra el rey, controlaba los puertos y vigilaba los mares por si llegaban refuerzos.

Cuando los hombres del rey se presentaron en casa y nos contaron anécdotas del rey Noli, el mote con el que se mofaban de Cromwell, haciendo trizas las bellas vidrieras de nuestras iglesias y clausurando todos los lugares de distracción hasta que lo único que les quedó por hacer a hombres y mujeres fue ocuparse del Dios invisible, acabamos por odiar lo que hasta entonces sólo había sido una broma.

Acudí a una iglesia próxima a los jardines, un templo rural célebre por la vidriera del altar, en la que nuestro Señor daba de comer a los cinco mil. Como no tenía nada mejor que hacer, el negro Tom Fairfax montó el cañón delante de la vidriera y dio orden de disparar. Cuando llegué ya no había vidriera y los hombres se habían ido a caballo.

Había un grupo de mujeres reunidas en torno a los añicos de la vidriera, que coloreaban el suelo más que cualquier alfombra de flores en un arriate. Eran las mujeres que habían limpiado la vidriera, sacado brillo a los peces resbaladizos que nuestro Señor había bendecido con las manos extendidas, rascado el humo de las velas adherido a los pies de los apóstoles. Amaban esa vidriera. En silencio y unidas por un fin común, las mujeres guardaron en sus cestas los añicos de la vidriera. Recogieron el pan roto, los dos peces y los

sorprendidos rostros de los famélicos hasta llenar a rebosar sus cestas, como rebosaron las cestas de los discípulos en el milagro original. Rescataron hasta el último trozo y me contaron, con las manos ensangrentadas, que pensaban reconstruir la vidriera en un lugar secreto. Por la noche, cumplida la tarea, entraron en fila en el pequeño templo para rezar y yo, que no me atreví a seguirlas, las contemplé a través del hueco en el que había estado la vidriera.

Se arrodillaron en fila ante el altar y a su espalda, en el suelo de losas e invisibles para ellas, vi los colores del mosaico de la vidriera: rojo, amarillo y azul. Los colores penetraron en la piedra y cubrieron las espaldas de las mujeres, dando la impresión de que llevaban trajes de arlequín. La iglesia quedó bañada en luz. Las dejé y volví a casa caminando, con la cabeza rebosante de cosas que no es posible destruir.

El juicio comenzó el 20 de enero de 1649. Jordán, Tradescant y yo llevábamos una semana en Londres. Tradescant se hospedó en The Crown of Thorns y Jordán y yo retornamos a nuestra antigua casa, que hacía seis años que no visitábamos.

Los olores eran los mismos, el río seguía mugriento y los dragadores aún se balanceaban en la porquería hundidos hasta el cuello. En medio del río había una jaula con una gallina. Yo estaba orgullosa y emocionada y hasta deseaba toparme con la bruja canija que no era mi amiga de verdad, aunque sólo fuese para hablarle de nuestro éxito en el mundo.

Jordán tenía diecinueve años y me llegaba al pecho, una estatura impresionante para un hombre que no había salido de mi cuerpo. No se parecía en nada a mí, hecho que secretamente debía de aliviarle, aunque hay que reconocer que jamás se estremeció por mi presencia, como hacen otros.

Llevaba mi mejor vestido, el de falda ancha que serviría como vela de un buque destrozado por la guerra, y encaje de fantasía en el cuello, obra de una ciega que se había propuesto hacerme un chal. Aunque le había dado el cálculo aproximado de mis medidas, ella no me creyó y por eso luzco un cuello de encaje bien trabajado, aunque no tenga nada que me cubra los hombros salvo doce mantas cosidas. En honor del retorno a casa me había quitado el sombrero y pensé que, pese a mis desventajas, tenía buen aspecto.

Al acercarnos a nuestra larga barraca vi que salía humo del agujero del techo y, al avanzar unos pasos más, logré divisar al vecino Firebrace y al predicador Scroggs que estaban de pie en el umbral, y entregados a la cháchara viperina.

—¡Jordán! —grité—. Corre, nos están quemando la casa.

Corrí hacia los hombres y me encumbré sobre ellos como Goliat sobre David. Temblaron y el predicador Scroggs masculló en voz baja que me había dado por muerta.

—¿Y quién le dijo que había muerto?

Dado que Scroggs no tenía respuesta, lo aparté como a un bolo y eché una mirada al interior de la barraca.

Había montones de periódicos hasta el techo.

—Hemos requisado su casa en nombre de Jesús y de Oliver Cromwell —dijo Firebrace con su nariz de botarate encendida de pura rectitud—. En esos periódicos se denuncia al rey.

Cogí uno de lo alto del montón y descubrí que se trataba de un ejemplar de *A Perfect Diurnal*, un pasquín espantoso escrito por Samuel Peck, hombre célebre por su bellaquería y sus fechorías.

—Este Peck —dije sujetando a Firebrace de la chaqueta—, este Peck es mi enemigo. Hace unos años se llevó dos buenos perros y jamás los pagó.

Firebrace se retorcía de tal modo que lo aparté del suelo y lo alcé a la altura de mis ojos. Empezó a babear.

—Este Peck —proseguí con el aliento ardiente de un dragón— es un buitre calvo. Un individuo alto, de rostro enjuto, nariz aguileña, semblante magro y largas piernas de fugitivo. Sólo es consecuente cuando se trata de ir de fulanas, mentir y beber. —Llamé a Jordán y le pedí que retirara los periódicos—. Jordán, haz un montón tan alto como quieras y cuando arda intensamente pondremos encima al predicador Scroggs y al vecino Firebrace en memoria de Guy Fawkes.

Scroggs se acercó a mí rezumando veneno por los ojos y con la jeta contorsionada como un sapo furioso.

—Señora, se expone usted al fuego del infierno.

—En ese caso, compadézcase de mí —dije—. Le compadezco por no correr ningún peligro; es indudable que hace tiempo entró en el infierno y que no volverá a salir de él.

—Eso dígaselo a mis fieles —propuso y, de espaldas y con la sonrisa retorcida, me mostró a ocho severos puritanos con sus chaquetas de color indefinido.

Me acerqué a la puerta y vi que tres puritanos más rodeaban a Jordán, que estaba preparando la hoguera.

—¡La liga satánica! —grité—. ¡Ponte detrás de mí!

Como pecadora que soy, los diablos no se esfumaron, como ocurrió con Jesús; redujeron a Jordán y se lo llevaron mientras Firebrace soltaba tantos pedos y carcajadas que temí que se quebrara antes de darme tiempo a desmembrarlo.

Enfilé directo a los guardias. Le rompí los brazos al prime ro, reventé al segundo y al tercero le di una patada en la cabeza que de inmediato

lo dejó fuera de combate. Los otros ocho se abalanzaron sobre mí y, cuando despaché a dos hacia un juicio prematuro, un tercero alzó su mosquete y me disparó al pecho. Caí, liquidé al hombre que se encontraba a mis espaldas y me arranqué del escote la bala de mosquete. La ira me dominaba.

—Es usted tan poco caballero que le ha arruinado el vestido a una pobre mujer. Por añadidura, mi mejor vestido.

Me senté y me arremangué porque había comprendido que debía tomarme en serio a esos ruines individuos. Huyeron antes de que lograra ponerme en pie y sólo quedaron Scroggs y Lirebrace, que temblaban tanto como a buen seguro lo harán el día del Juicio Linal.

—No os mataré ahora porque estoy cansada del viaje y lo único que deseo es reposar en mi propia casa —dije—. Desapareced con vuestros pantalones cagados y no volváis a aparecer por aquí, ni aun en el caso de que me vaya de por vida.

Mi magnanimidad los desconcertó, algo que incluso experimentan los pecados ante la virtud. En cuanto se largaron, Jordán y yo amontonamos todos los ejemplares de *A Perfect Diurnal* y encendimos una fogata cuya luz atravesó el Támesis con esplendorosas llamaradas. Los más menesterosos se acercaron, se calentaron al fuego y bebieron de mi cerveza. Me figuré que jamás había estado fuera y que nuestras aventuras y problemas habían sido un sueño. Miré a Jordán y vi en él a un mocoso con un barco maltrecho. Pensé que si el fuego seguía ardiendo, mantendríamos el futuro a raya y el instante se perpetuaría. Ese calor, esa luz. Pero me quedé dormida, desperté con tiritona y vi la mañana suspendida sobre el río y las ascuas de nuestra hoguera petrificadas de escarcha.

Bebía con Tradescant en The Crown of Thorns cuando entró un chiquillo y dejó un periódico en nuestra mesa.

El tabernero era legitimista y no tenía tratos con los fanáticos de cara bobalicona y trasero plano que declararon que el rey había traicionado a su pueblo. Lo llamaron déspota, tirano, manirroto, dijeron que no estaba dispuesto a aceptar un Parlamento del pueblo para el pueblo. Londres estaba cubierta de pasquines en los que se comunicaba a cuantos sabían leer que el rey no gozaba del derecho divino y que debía ser llevado ante la justicia por sus pecados. En lo que me concierne, prefiero vivir habiendo pecado por exceso que por omisión.

Los puritanos, que pretendían un gobierno de santos sobre la tierra y ningún rey salvo Jesús, olvidaron que nacemos de carne y que seguimos siendo carne. Sus mujeres se envuelven los pechos y cocinan platos simples sin sal y los hombres tienen tanto miedo de que el miembro se les endurezca que se lo vendan entre las piernas.

Esta semana, la que precede al juicio, pagan a algunos sujetos para

que acudan a las tabernas y escuchen sigilosamente por si alguien manifiesta su lealtad al rey. Este panfleto mal impreso que publica un mensaje del rey y no lleva el nombre del editor constituye un delito que se castiga con la muerte de sus autores. El chiquillo se había ido, llevándose en el cinturón la moneda que Tradescant le dio, y todos los que amamos al rey nos apiñamos a su alrededor para escucharle.

Tradescant ha prometido conseguimos un sitio en la tribuna para asistir al juicio. Iremos disfrazados, aunque aún no está claro qué disfraz me pondré…

Durante la semana del juicio corrió por Londres la orden que prohibía la presencia de partidarios de Carlos I, y Tradescant corrió grave peligro por ser empleado electo de la Casa Real. Todos aquellos deseosos de asistir al juicio fueron sometidos a una investigación y un registro rigurosos, a pesar de que los puritanos, interesados en mantener su imagen pública, habían prometido un juicio abierto, de libre acceso para todos salvo los defensores del rey. Tradescant y Jordán se disfrazaron de rabizas; se pintaron las caras, los labios de carmín, y se pusieron vestidos que parecían manoseados por la infantería al completo de la capital. Jordán andaba a paso remilgado y su mirada lasciva le sirvió para recibir buenas ofertas de un lecho en el que pasar la noche.

Yo me cubrí de harapos negros como el carbón y me encasqueté una vieja peluca que mendigamos a un actor. Me fabriqué una carretilla reforzada y me senté sobre ella como si fuese un montón de estiércol.

De esa guisa nos presentamos en Cotton House, donde asistimos al juicio de Carlos I.

Dos soldados nos dieron el alto y nos preguntaron si teníamos pases para la tribuna.

—Por supuesto, señor, tenemos pases —suspiré, metiendo la mano entre los inmundos harapos—. Nos los han concedido por nuestros pecados. Fíjese, los ha firmado el propio Hugh Peter.

Era verdad. Hugh Peter, un predicador con la cara picada de viruelas y manchas de color rojizo, que se consideraba delegado de Cristo, ofreció pases para la tribuna a todos los pecadores sinceramente arrepentidos que quisieran asistir al nacimiento del gobierno de los santos. Aquella semana había pronunciado un sermón titulado «Sujetará con cadenas al rey de los otros» y después los desesperados y los condenados se le acercaron en busca de consuelo. Con su disfraz de ramera, Jordán notó que la mano grasienta de Hugh Peter se metía bajo sus refajos y le prometía la salvación que sólo Cristo proporciona. Jordán había llorado, gemido y suplicado dos pases más para sus amigas. Se trataba de mujeres vulgares,

necesitadas del toque del buen pastor.

Y allí estábamos.

El soldado estudió los pases con expresión hosca y me pidió que dejara la carretilla en la entrada de la tribuna.

—No puedo, señor —gemí—. Tengo purgaciones y la carne se pudre bajo mi cuerpo. Señor, si me pusiera en pie vería correr un río de pus entre las losas. Y el gobierno de los santos no puede empezar bañado en pus.

Jordán y Tradescant estaban detrás de mí, aferrados a los mangos de la carretilla.

—Son mi hija y mi sobrina, señor —añadí, señalándolas con un ademán—. Me han acarreado desde Plymouth para que me redima.

—Así es —confirmó Jordán—. Y cada kilómetro ha sido un verdadero tormento.

Los soldados se hicieron a un lado y parlamentaron entre sí, mientras yo sudaba la gota gorda por temor a que me obligaran a ponerme en pie y vieran mis colosales dimensiones. Tradescant me había dicho que, desde la pelotera con los guardias, había una orden de arresto contra mi persona.

—Podéis pasar —dijo uno de los soldados.

—Le ruego —dije y puse los ojos en blanco en un intento por conquistarle—, le suplico que nos abra camino porque tendré que tambalearme por la escalera de la tribuna mientras mi hija recoge los líquidos que escapen de mi cuerpo. El hedor es comparable al de un perro muerto hace tres días y no resulta afín a narices delicadas.

Aunque vi que el soldado se mordía los labios, guardó silencio y nos condujo hasta los portones que daban acceso a la tribuna. Apartó a la cola de la entrada y nos hizo pasar. En cuanto cerró los portones, salté de la carretilla, la levanté y subí corriendo la escalera. Una vez arriba, me senté rápidamente y reanudé mis gemidos y apelaciones a Jesús.

El juicio duró siete días y, más que un juicio, fue el pretexto para llegar a la ejecución. Con su sombrero de terciopelo y sin otra joya que la Estrella de la Jarretera, el rey resistió con orgullo los embates de Bradshaw, el fiscal general. Hasta sus enemigos se solidarizaron con Carlos. El domingo, cuando los feligreses estaban en la iglesia, como ya era costumbre Obadiah Sedgewick denunció al rey desde su pulpito de Covent Carden y recibió el silencio por respuesta.

El séptimo día la tribuna estaba abarrotada de canallas que, ojiabiertos y vestidos de puritanos, habían acudido a conocer la sentencia. El escribano forense se puso en pie y leyó los delitos del rey, incluido el de negarse a declararse culpable o inocente porque no

reconocía la autoridad del tribunal. Al final, ese hombre delgado con cara de joven granujiento y coronilla raleante de anciano leyó con toda la solemnidad que la ocasión requería:

—Carlos Estuardo, tirano, traidor, asesino y enemigo público, se os dará muerte separando vuestra cabeza de vuestro cuerpo.

A continuación, los comisionados que habían firmado la sentencia de muerte, sesenta y ocho en total, se incorporaron para poner de relieve su consenso.

El rey intentó tomar la palabra, pero Bradshaw no quiso saber nada y ordenó que se lo llevaran. El monarca ya estaba legalmente muerto y los muertos no hablan.

Vimos que el rey abandonaba la cámara con la espalda erguida y el bastón en la mano. Por la puerta que conducía a la calle el rey divisó centenares de seguidores que desafiaban la prohibición sobre su presencia. Aunque eran demasiados para que los guardias los arrestaran, no consiguieron llegar a la sala del tribunal. Lloraban. Carlos se volvió hacia sus carceleros y dijo en un tono lo suficientemente alto para que todos lo oyéramos:

—Podréis prohibir su presencia, pero no sus lágrimas.

En invierno, la escarcha de medianoche alumbra la tierra y cuaja las estrellas. Nosotros tres velamos acurrucados toda la noche y vimos cómo construían el cadalso a la luz de doce hogueras. Los carpinteros llevaban máscaras negras y miraban sigilosamente a su alrededor, como si en medio de la penumbra pudiera aparecer un batallón de demonios para llevárselos. Matar al rey trae mala suerte.

El verdugo estaba situado bajo una antorcha que colgaba del muro y afilaba el hacha con la piedra de amolar. Afilaba y las chispas parecían estacas anaranjadas. Probó el filo en su pulgar y vimos que se teñía de rojo. A poca distancia había una oveja enjaulada. Cuando se trataba de personas de buena cuna, se tenía la costumbre de probar antes el hacha. Dos hombres sacaron a la asustada oveja de la jaula y la sujetaron, con las patas dobladas bajo el cuerpo, mientras el verdugo, de un único y certero golpe, rebanaba la lana, el músculo y el hueso con tanta limpieza que tuve la impresión de que podría recoger la cabeza y coserla al cuerpo para que el animal siguiera su camino.

Los carpinteros aplaudieron débilmente, atravesaron el cuerpo de la oveja con un pincho y la asaron sobre las fogatas. Obsequiaron a un pordiosero con la cabeza y la lana del animal.

El rey sólo apareció por la tarde con su camisa de hilo, la barba recortada y ni el más mínimo temblor, a pesar de que muchos espectadores se habían desmayado de frío. Se arrodilló y posó la

cabeza en el tajo. Vi el rostro de Tradescant surcado de lágrimas, lágrimas que se congelaban en el acto y pendían de sus mejillas como diamantes. El rey hizo una señal y segundos después su cabeza quedó envuelta en un paño blanco y se llevaron su cuerpo.
Esa noche, en The Crown of Thorns, Tradescant hizo planes para embarcar y dejarnos. Vi la expresión de Jordán y mi corazón quedó cautivo en una habitación cerrada con llave. Ya no podía alcanzarlo. Sabía que se iría.

Salí de la posada y deambulé hasta que las luces de The Crown of Thorns se convirtieron en puntos lejanos y me encontré sola, con el río que fluía hacia el mar.

En una escuela de danza de un lugar lejano Fortunata enseña a sus alumnos a convertirse en puntos de luz.

Empiezan a estudiar con ella a edades tan tiernas como los seis o siete años y algunos se quedan allí el resto de sus vidas.

A la mayoría los libera como a mariposas en un mundo en flor. Mantiene como el metal en un horno llameante a los cuerpos que podrían torcerse y volverse rígidos; los templa, los estira, fuerza los tendones para que adopten formas imposibles y llama naturaleza a su arte.

Está convencida de que somos seres caídos que antaño supimos volar. Afirma que la luz arde en nuestros cuerpos y amenaza con disolvernos en cualquier momento. ¿De qué otro modo explicar la desaparición de tantos de nosotros?

Su tarea consiste en canalizar la luz que yace en el plexo solar y desplazarla por los brazos, por las piernas, obligándola a asomar por las yemas de los dedos y los pies, a salir de tal manera que sus bailarines sudan lenguas de fuego.

A los bailarines les dice:

—El cuerpo se conquista a través del cuerpo.

Les pide que mediten sobre una estrella de cinco puntas situada en el vientre y que observen la forma en que las puntas pugnan hacia el exterior, la quinta en la cabeza. Atravesada de luz, los gira con los brazos en alto, una pierna formando un triángulo con el otro muslo, un pie de puntillas en un espacio ínfimo, y los hace girar hasta que las facciones se desdibujan, hasta que el ser humano se parece, sobre todo, al espíritu que sale de un frasco oscuro. Los gira uno tras otro, como el malabarista que sustenta platos sobre palos; corre fila arriba y abajo en pos de uno u otro cuando alguien amenaza con aminorar el ritmo de sus giros o caer a causa del mareo. En cualquier momento, cuando todos giran armoniosamente en el salón alargado, Fortunata oye la música que escapa de sus cabezas, sus espaldas, sus hígados y sus bazos. Cada uno emite un tono semejante al del cristal tallado. El ruido es ensordecedor. Entonces los giros parecen detenerse, las vueltas desaforadas de los bailarines han pasado del movimiento al infinito.

¿Quiénes son los que brillan dorados como los apóstoles en una vidriera de la iglesia en pleno mediodía?

El suelo de madera encerada brilla con el calor de sus cuerpos y se derrumban uno tras otro y yacen agotados.

Fortunata los refresca y la danza se reanuda.

El mundo siente horror de las plagas, de las enfermedades misteriosas que arrasan pueblos y ciudades, vaciando las iglesias y obligando a quemar la ropa de cama. Se cree que el agua bendita, las cruces, el aire de la montaña, la protección de los santos y la dieta basada en berros nos salva, en tanto especie, de la putrefacción. Pero, en tanto especie, ¿qué puede salvarnos del amor? Un hombre me vendió un collar hecho con huesos de pollo. Según decía, esos pollos eran descendientes directos de los que habían rondado el pesebre en Belén. Los huesos me salvarían de cualquier tipo de dolor y me conducirían piadosamente al cielo. El mismo lucía algunos huesos.

—¿Y el amor? —pregunté—. ¿Y el amor?

Negó con la cabeza y me aseguró que nada estaba a salvo del amor.

Ningún amuleto se podía anticipar ni siquiera al amorío más venial. Aunque provocarlo era otra historia… ¿Me interesaba una bolsita de especias mezcladas por el mismísimo Don Juan? — Seguramente si puede fomentarse es porque puede evitarse.

—En absoluto. Todos estamos a merced del amor —replicó el hombre —. Es fácil provocarlo e imposible ponerle fin hasta que acaba por sí mismo.

—Sin embargo, algunas personas nunca aman. Por ejemplo, mi madre.

—Generalmente guardan algún secreto.

Pensé en los grandes amantes: hombres y mujeres que hicieron del amor su profesión, que pasaron infatigablemente de una pasión a otra y a veces tuvieron dos, tres o cuatro amores a la vez, como un especialista en aurigas. ¿Qué buscaban?

Mis propias pasiones no eran recomendables. No sólo iba en pos de una bailarina que, según sus propias hermanas, estaba demasiado vieja para moverse, sino que en el pasado me había visto envuelto en múltiples aventuras con mujeres que no quisieron o no pudieron amarme. ¿Las amé yo acaso? En su momento pensé que sí, aunque ahora tengo mis dudas y me doy cuenta de que a través de ellas sólo me amé a mí mismo.

En más de una ocasión estuve dispuesto a quemar todas las naves por amor, a modificar todo lo que para mí tiene sentido y desplazarme a un mundo distinto donde lo único conocido será la persona amada. Semejante sacrificio debe ser consecuencia del amor… ¿o la vida

misma estaba ya agotada? Tal vez había roto con esa vida y no estaba dispuesto a reconocerlo, por testarudez o por miedo, o quizá no lo sabía, pues el hábito es un gran unificador.

Creo que, a menudo, los que más necesitan el cambio eligen enamorarse y luego claman al cielo y culpan de todo al destino. Pero no es el destino, al menos no lo es si el destino es algo que se encuentra fuera de nosotros; es una elección realizada en secreto después de largas noches de anhelo.

En cuanto me libro de una pasión, casi como se sacude un perro después de una zambullida inesperada en el canal, descubro que no sé qué fue lo que me asoló. La persona amada es superficial, estúpida, cruel, mercenaria, calculadora, ridicula. Como es obvio, esos pensamientos me protegen, pero también me vuelven profundamente crédulo o indiscriminado.

Por eso lo explicaré como sigue: un hombre o una mujer presas de sueños inexpresables acerca de una vida que no poseen arriban súbitamente a una puerta enclavada en un muro. La abren. Tras la puerta aparece esa vida y un hombre o una mujer para los que ya es algo natural. Tal vez no anhelan posesiones, muy bien podrían desear su carencia, pero de repente la vida secreta se les revela. Ese es su verdadero hogar y ésa la persona amada.

A riesgo de resultar cínico me atrevo a sostener que, salvo en contadas ocasiones, el ser amado es algo más que el espíritu modelador de las fantasías del amante. Y tal vez con esto baste. Quizá sea suficiente con ser musa. El dolor surge cuando los sueños cambian, porque los sueños tienen que cambiar, deben cambiar. De pronto la ciudad encantada se desvanece y vuelves a quedar solo en el desierto expuesto a todos los vientos. En cuanto a tu amada, no te comprendió. La verdad es que jamás te comprendiste a ti mismo.

En una ciudad que visité, la población fue arrasada tres veces seguidas por el amor. Después del tercer embate, los dos únicos supervivientes, un monje y una ramera, decidieron que en el nuevo estado el amor debía ser ilegal y que sería condenado a muerte todo aquel al que descubrieran entregado a él. Animados por ese plan genial, hicieron el amor tan a menudo como pudieron y, gracias a la robustez de la ramera, pronto repoblaron la ciudad. Desde la más tierna infancia se advirtió a los niños de las nefastas consecuencias del amor, tanto personales como sociales. Se les recomendó que descartaran toda fantasía romántica, separaron escrupulosamente los sexos y concertaron los matrimonios. El sexo mismo, que tiende a calentar tanto el corazón como la entrepierna, sólo estaba permitido con fines de reproducción o en las tres noches de fiesta, cuando en una villa aledaña contrataban a un grupo de prostitutas y prostitutos

para que saciaran los anhelos de la ciudadanía. Como era de esperar, después de encuentros tan fugaces algunos habitantes se esfumaban en la noche. El monje y la ramera, fabulosamente viejos pero aún con férreo control sobre la situación, declararon ilegales esas desapariciones y se incautaron las propiedades de los desaparecidos.

Les pregunté los motivos de semejante severidad y los comparé con los puritanos que dominan mi país. Aunque nada sabían ellos del puritanismo, les resultó muy atractiva la idea de vendar el miembro masculino para inmovilizarlo. Dijeron que la faceta religiosa carecía de importancia; el apremio consistía en impedir que otra plaga de amor asolara la ciudad e hiciera que sus laboriosas gentes renunciaran al trabajo y la familia y se consagraran a arrojar rosas por las ventanas y a componer baladas.

—Unos pocos meses así y el pueblo cae en la ruina —comentó el monje.

Me contó lo que había ocurrido la última vez que sufrieron los embates de la plaga. Todo empezó serenamente, con unos pocos tañidos de las guitarras a la luz de la luna y unas pocas misivas de amor enviadas al amparo de la noche. El alcalde se enamoró de una tendera y dejó la cadena de mando en un lavabo público. A continuación pillaron a los monjes del monasterio masturbándose ante la estatua de Hildegarda de Bingen. Ignoraron la llamada a maitines, la de las cinco en punto. La ignoraron tanto tiempo que el anciano contratado para tañir la campana murió de un ataque al corazón. Seguía meneándola a las ocho, lo mismo que los monjes.

Peor aún, los hombres y mujeres corrientes cuyas naturalezas no albergaban la menor excentricidad empezaron a mirarse y a morir de amor. Todos los días se cavaban nuevas fosas en la ladera de la colina. El sepulturero quedó tan prendado de la mujer que estaba enterrando que arrancó la tapa del féretro y se acostó a su lado. Después de horas de súplica, los familiares del sepulturero perdieron la paciencia y cubrieron con tierra el cajón. A partir de ese momento arrojaron los cadáveres al río y, como era previsible, los que quedaban perecieron a causa de la contaminación. Con excepción del monje, que hacía ayuno y sólo bebía agua bendita de la bodega del monasterio, y de la ramera, que no probaba el agua.

—La gente que ahora vive aquí es plenamente feliz y está libre de enfermedades —dijo—. Deberías establecerte en esta ciudad, te haría bien.

Decidí echar un vistazo y me dirigí a un puesto de venta de pan. La joven que lo atendía se mantuvo seria a pesar de que le sonreí ampliamente. Al final dijo:

—Lo que haces es ilegal. Deberías dejar de hacerlo.

—¿Qué es ilegal?

—Enamorarte de mí.

—No me he enamorado de ti.

—¿Y por qué sonríes? —Antes de darme tiempo a responder, abrió un libro y buscó la letra «S» en el índice. Leyó en voz alta—: «Sonreír es una de las primeras señales del amor. Si alguien te sonríe, cerciórate de que tenga otras intenciones».

—Lo siento mucho —me disculpé y mostré los dientes de oreja a oreja.

Decidí comprar una armónica y tuve buen cuidado de no sonreír.

—¿Tienes una guitarra pequeña o una mandolina? —inquirí.

Fue como si pidiera que desenterraran los huesos de la Santa Madre, de tan iracundo e injuriado que se mostró el tendero. Cuando le expliqué que era forastero, se ablandó un poco y me informó de que guitarras y mandolinas estaban prohibidas, lo mismo que los violines. Si me interesaba, disponía de una bonita tuba. La rechacé amablemente y esperé a que me diera una explicación. Me dijo que visitara el museo de la ciudad.

El museo se encontraba en un edificio sombrío. Al parecer, nadie lo cuidaba; no había guías ni visitantes. Era el Museo del Amor. Al entrar en la sala principal encontré una estatua de Sansón, ciego y derrotado, encadenado entre dos columnas del
palacio de carne de los filisteos. Dalila estaba sentada a sus pies y reía jubilosa. Lo tenía sujeto de los cabellos.

Enseguida encontré las guitarras y las mandolinas proscritas. Colgaban de la pared, a gran altura, y debajo había una airada inscripción que las describía como «INSTRUMENTOS DE LASCIVIA Y FURIA».

A poca distancia había un ramo de rosas rojas secas y encima el arco y la flecha de Cupido. También vi corazones de azúcar caducado en urnas de cristal y pésimos poemas clavados con firmeza en la mesa. Lo más triste era un perrillo minuciosamente disecado que llevaba un lazo alrededor del cuello. En el medallón se leía: «TE QUIERO».

En la sección titulada «LIBERTINOS Y VOLUPTUOSOS Y EL DAÑO QUE HAN INFLIGIDO» lamenté ver a nuestro rey Enrique encerrando en la torre a sus desdichadas esposas.

Como estaba a solas y no había nadie que pudiera cuestionar mis actos, me estiré y descolgué la guitarra de la pared. Le quité el polvo y probé las cuerdas. Estaban flojas pero no podridas. Afiné el instrumento con suma delicadeza e interpreté un tierno acorde.

Llevaba un rato cantando en voz baja cuando vi un par de pies delante de mí. Luego otro y un tercero. Los ciudadanos me rodearon. No me dirigieron la palabra y seguí tocando porque me di cuenta de que no tenía escapatoria. Se sumaron paulatinamente, cantaron como

si estuvieran en trance y uno o dos rodearon con los brazos los talles de sus compañeros. Así seguimos casi hasta el anochecer. Uno de los hombres, posadero para más señas, gritó que debíamos celebrarlo y que yo debía asistir al festejo y seguir con mis melodías. Nos dispersamos en medio de la oscuridad y al llegar a la posada una de las mujeres dejó sobre la barra el arco y la flecha de Cupido. Rió… aunque no sabía de qué se trataba, estaba prohibido y le encantó. A medianoche, justo cuando me proponía retirarme, en la calle sonaron gritos y gemidos. Eran el monje con su manto púrpura y la ramera en su trono bruñido. Se presentaron con el jefe de policía. No perdí un segundo y huí por la ventana aferrado a la guitarra. La muchacha arrojó sobre mi cuerpo el arco y la flecha y me lanzó un beso con los dedos.

Mucho más tarde, años después, me enteré de que esa noche la plaga de amor volvió a asolar la ciudad, pero no siguió su pauta habitual. El monje reunió a los ciudadanos y les advirtió que todos morirían si no renunciaban de inmediato a sus hábitos perversos. Les recordó que la pena del amor era la muerte. Sometieron el asunto a votación y acordaron unánimemente que los mataran. El monje y la ramera les dispararon y volvieron a estar solos. Tendrían que volver a empezar. Subieron a la cama con aire cansado.

Cuando abandoné la ciudad donde el amor es epidémico abordé el barco de Tradescant y seguimos rumbo a las Bermudas. Tradescant se proponía aprovisionarse de semillas, vainas y cualquier cosa exótica que pudiera gustar a los ingleses y aclimatarse a nuestros jardines. Teníamos la esperanza de convertir en un éxito la nueva moda de los injertos, que habíamos aprendido en Francia y que ya habíamos practicado en algunos frutales con ciertas satisfacciones.

El injerto es el medio por el cual una planta, acaso tierna o indeterminada, se funde con un miembro más resistente de la especie, de manera que ambas se aprovechan la una de la otra y producen una tercera, sin semilla ni progenitor. De este modo las frutas se han vuelto resistentes a las enfermedades y algunas plantas han aprendido a crecer donde antes no prosperaban.

Muchos en la Iglesia condenan esta práctica por antinatural y sostienen que el Señor creador del mundo hizo la flora como gustó y no de otra manera.

En Inglaterra han aclamado a Tradescant por sus trabajos con la cereza y fue con esta fruta con la que aprendí el arte del injerto y me pregunté si podría aplicármelo a mí mismo.

Al ver mis pacientes intentos por lograr una cosecha de injerto entre cereza negra y guinda, mi madre hizo dos comentarios: «También podrías intentar la unión entre tú y yo cosiéndonos por las

caderas» y «¿De qué sexo es el monstruo que estás fabricando?».

Intenté explicarle que el árbol seguiría siendo una hembra aunque no hubiese nacido de simiente, pero replicó que semejantes cosas carecen de género y son confusas hasta para sí mismas.

—Deja que el mundo se aparee *motu proprio* o que no lo haga —decretó.

El cerezo creció, hemos determinado su sexo y es hembra.

Me gustaría injertar en mí parte de Tradescant para convertirme en un héroe como él. Crecería en cualquier clima, llenaría sus naves de cosas preciosas y sería recibido con todos los honores en cuanto restauren la monarquía.

Inglaterra es tierra de héroes, cualquier mocoso lo sabe.

En cuanto levamos anclas abandoné la capitana en busca de agua y para recorrer las islas. Tradescant nunca se oponía a esos vagabundeos: daba por sentado que me presentaría con algo que justificara mi ausencia. Él sabía que me gustaba estar solo, hábito que asimilé de mi madre, que siempre ha estado sola.

Al remar hacia una roca de aspecto inhóspito tuve claro que cada vez que pienso en ella o sueño, mi madre siempre es inmensa y yo diminuto. Estoy sentado en su mano, del mismo modo que sostiene a los cachorros, y le picoteo la cara, no sé por qué. Ella ríe y yo también.

Se parece a una ecuación matemática: siempre presente e imposible de refutar.

Pienso que tal vez podría haberse encontrado a sí misma mucho antes de hallarme a mí. La imagino en la orilla, dentro de una botella. El frasco es de color cobalto y tiene tapón de cera rodeado por un trapo. Lina viandante oye ruidos que proceden de la botella, saca el cuchillo, quita el sello y mi madre asoma engrosándose como el geniecillo del frasco, creciendo y creciendo hasta que por último se solidifica en sus dimensiones. Concede tres deseos a la viandante, arroja la botella al mar y ahora se ha olvidado de todo, se sienta con sus perros y contempla la marea.

Por encima de mi cabeza las gaviotas estallan en albos batallones y adelante se perfilan las altas piedras. Elacia el norte de la pequeña isla se extiende una zona arenosa que el mar atraviesa como una lengua. Recogeré mi bote en esa playa profunda y dividida y veré si hay indicios de vida. Digan lo que digan los poetas, las islas son metáforas del corazón.

Al igual que este sitio indómito, mi corazón jamás ha sido visitado y no sé si es capaz de albergar vida.

En el intento de averiguarlo busco a una bailarina que puede

existir o no, si bien jamás tuve conciencia de emprender este viaje. Sólo durante el recorrido he comprendido su auténtico objetivo. Cuando abandoné Inglaterra pensé que huía. Huía de la incertidumbre y de la confusión pero, sobre todo, de mí mismo. Pensaba que con el tiempo podría convertirme en otro, injertarme en algo mejor y más resistente. Entonces me di cuenta de que la huida era una carrera hacia algo. El intento de alcanzar mi veloz yo, de vivir otra vida de una manera distinta.

Le di caza en un barco, pero otros realizan la travesía sin moverse. Cuando a alguien se le ponen vidriosos los ojos, puedes darlo por perdido. Está tan lejos de ti como si su cuerpo se trasladara a la velocidad de la luz, más allá de la brújula del mundo.

En este itinerario el tiempo no tiene significado, el espacio y el lugar carecen de sentido. Es posible habitar todos los tiempos, visitar todos los lugares. En un solo día la mente puede hacer una represa de molino con los océanos. Algunas personas que nunca cruzaron la tierra que los vio nacer han viajado por todo el orbe. El recorrido no es lineal, siempre avanza y retrocede, niega el calendario, las arrugas y las marcas del cuerpo. El yo no está contenido en ningún momento ni en ningún lugar, sólo en la intersección de momento y lugar se puede ver al yo, durante un fugaz instante, desapareciendo a través de una puerta, que de inmediato se desvanece.

LA TEORÍA DE LA TIERRA PLANA

La Tierra es redonda y plana a un tiempo. Es evidente. El hecho de que sea redonda es indiscutible, y el de que sea plana es nuestra experiencia compartida, también indiscutible. El globo no sustituye al mapa; el mapa no desvirtúa al globo.

Los mapas son mágicos. En el ángulo inferior se ven ballenas y en el superior cormoranes que acarrean peces de ojos saltones. Entre medio hay una relación subjetiva del estado de las cosas. Configuraciones aproximadas de países que pueden o no existir; quebradas líneas rojas que marcan senderos que, en el mejor de los casos, son aventurados y, en el peor, han perdido existencia. Los mapas se rehacen constantemente a medida que parecen aumentar los conocimientos. ¿Aumentan los conocimientos o se acumulan los detalles?

El mapa puede ayudarme a encontrar un lugar que no he visto pero que a menudo he imaginado. Cuando llego, siguiendo fielmente el mapa, el lugar no es el sitio de mi imaginación. Los mapas, que

cada vez son más reales, son mucho menos veraces.

Y ahora que nos apiñamos sobre la tierra con nuestros minúsculos cuerpos de insectos, ponemos banderas y construimos casas, da la sensación de que todas las odiseas están cumplidas.

Pues no es así. Pliega los mapas y guarda el globo. Si alguien más ha trazado el derrotero, que se apañe. Comienza otro dibujo con ballenas en la parte inferior y cormoranes en la superior y, si es posible, identifica entrambas los lugares que todavía no has hallado en esos otros mapas, las conexiones que sólo son evidentes para ti. Redonda y plana, es muy poco lo que se ha des cubierto.

ALUCINACIONES Y ENFERMEDADES DE LA MENTE

OBJETO 1: Una mujer mira el interior de su bolso y no reconoce sus pertenencias. Vuelve corriendo al hogar. ¿Dónde está el hogar? Sigue las señas escritas en el bolso. Nunca antes ha visto esa cara y, ¿quiénes son esos chicos horribles que destrozan el jardín? Dentro un hombre obeso espera la cena. La mujer se lo carga de un balazo. Durante el juicio declara que nunca lo había visto. Era su marido.

OBJETO 2: Un hombre visita una célebre casa solariega. Se separa del grupo guiado y llega a un tranquilo salón que reconoce como propio. Encuentra su pipa y su libro en el escabel donde los había dejado. Abre el armario de nogal y se sirve una copa de oporto. Recuerda cuán feliz solía ser en ese lugar y no entiende por qué más adelante está ante el tribunal y tiene que pagar una elevada multa por haber usado libremente el Patrimonio Nacional. Lo que más lo desconcierta es averiguar dónde estaban sus perros. Generalmente los beagles se instalan delante de la chimenea.

TIEMPO 1: Un joven a bordo de un remolcador de salvamento del Ministerio de Marina que se encuentra cerca de la desembocadura del Támesis sube a cubierta para contemplar las estrellas. Sus camaradas duermen y los botes salvavidas están firmemente fijados con listones. Un hombre se detiene a su lado y dice: «Me he enterado de que entierran al rey en Windsor. Han pasado más de cien años desde que dejaron que Enrique se pudriera allí, bajo su manto púrpura. Jane Seymour está a su lado. Desde entonces no han enterrado a ningún monarca en Windsor. Hay espacio, un pequeño espacio, para Carlos».

Sorprendido, el joven se vuelve; no sabe de ningún rey, sólo de la

reina, que de ninguna manera está muerta. Abre la boca para protestar y se encuentra cara a cara con John Tradescant. Por encima de ellos el viento azota las velas.

TIEMPO 2: Silban a la niña cuando sale de la escuela. Ella los odia, le gustaría matarlos. Le dicen que huele, que es demasiado rolliza y alta. Regresa andando a casa, sigue la vera del río hasta un piso de protección oficial en Upper Thames Street. El tráfico la ensordece. Sube por la escalera del puente de Waterloo para contemplar la catedral de Saint Paul, que reluce bajo la luz vespertina. No ve Saint Paul. Sólo distingue hileras de estacas de madera y embarcaciones vacilantes que se bambolean en el río. Ya no percibe el tráfico, el ladrido de los perros es ensordecedor. Vuelve en sí, aparta a patadas a los sabuesos y se arropa con el mantón. Se marea unos instantes, pierde el equilibrio…, pero no, como de costumbre, está en casa. Divisa su barraca. Ríe y el viento ulula entre los huecos de sus dientes. Jordán la está esperando. No necesita verlo para saber que está.

MENTIRA 1: Sólo hay presente y nada que recordar.

MENTIRA 2: El tiempo es una línea recta.

MENTIRA 3: La diferencia entre pasado y futuro reside en que uno ha ocurrido y el otro no.

MENTIRA 4: Sólo podemos estar en un lugar a un tiempo.

MENTIRA 5: Toda proposición que contiene la palabra «finito» (el mundo, el universo, la experiencia, nosotros mismos…).

MENTIRA 6: La realidad como algo que puede acordarse.

MENTIRA 7: La realidad como verdad.

Sano, salvo y protegido. Así quería que se encontrara Jordán. Cuando me dejó me sentí orgullosa y afligida, pero del agua vino y sabía que el agua lo reclamaría.

Durante una temporada retomé mis viejas costumbres, crié perros y anduve por Hyde Park exhibiéndolos en peleas. Los puritanos también se proponían poner coto a esas actividades: opinaban que el parque era un sitio para pasear, no un lugar donde vivir aventuras y ganarse el sustento. A mi juicio, las personas pueden pasear por cualquier parte y lo que anhelan son las otras distracciones, sobre todo ahora que la muerte del rey ha acabado con el futuro como lugar que ya conocíamos. Ahora el futuro es ignoto y nos acecha como una bestia en su guarida.

En bien de Jordán y de Tradescant y en memoria del rey decidí escupir a los puritanos cada vez que me topaba con ellos y trenzar mis cabellos con colores chillones siempre que se presentara la ocasión de estar cerca de sus iglesias. Muchos me han atacado por semejante insolencia y la mayoría están muertos. Por caridad, de cuya fama gozo, he dejado a uno o dos simplemente tullidos.

Una noche en que abandonaba Hyde Park cubierta de serrín como una vaca colgada a secar, un hombre se asomó entre las sombras y me llamó «señora». Siempre he sido sensible a los buenos modales. Lo escuché amablemente con la cabeza ladeada y accedí a acompañarlo al templo. Dijo que su petición tenía que ver con nuestra libertad.

Cuando llegué con mis perros al templo, instalado en una mugrienta posada de los campos de Blackfriars, vi que estaba lleno a rebosar. Arrojé un cubo de agua a los canes para reanimar a los más heridos y sangrantes y guardé silencio mientras un hombre vestido de Jesús guiaba nuestras plegarias y nos pedía que analizáramos dos fragmentos del Antiguo Testamento.

Declaró que «No matarás» es un dogma de fe y que debíamos también considerar otra parte de la Ley de Moisés: «Ojo por ojo y diente por diente».

Llevaba mucho tiempo intrigada por esas contradicciones y esperé que el hombre diera una interpretación completa de su significado. El predicador añadió que para nosotros, en nuestra condición de monárquicos, vengar la muerte del rey era un asunto urgente pero que, por otro lado, no podíamos transgredir la Ley Divina.

Me ruboricé, consciente de que la había violado muchas veces.

—Debéis moveros en secreto y con sigilo, arrancar los ojos a vuestros enemigos en cuanto los veáis y despojarlos de sus dientes si los tienen. Así se cumple la Ley de Dios.

La explicación me llegó al alma y me asombré de que no se me hubiese ocurrido espontáneamente. Es muy importante tener conocimientos y saber interpretar las Sagradas Escrituras.

Acordamos reunirnos en las noches de lunas llena y nueva para darnos ánimo, como ya lo habían hecho los discípulos en la Antigüedad.

El camino a casa era muy corto y no esperaba encontrar tan pronto la ocasión de llevar a la práctica la apelación del predicador. Al oír un caballo a mis espaldas, me aparté, pero no fui lo bastante rápida para librarme del latigazo. Me volví furiosa y vi a un anciano de rostro correoso y picado de viruela, corto de entendederas, vestido de gris y con un cuello de encaje demasiado grande para expresar pudor. Lo bajé del caballo, le arranqué los globos oculares con los pulgares, le abrí la boca como haría para sacar un hueso de pollo de la garganta de un perro, le aflojé los dientes de una patada y acto seguido se los quité casi todos y los guardé en su propio pañuelo.

Cuando llegó la luna llena, estaba segura de haberme comportado valerosamente y acudí a la reunión deseosa de oír historias de ofensa y venganza. Recelé al ver que nadie llevaba trofeos de sus buenas obras y, a modo de estímulo, vacié en el suelo mi bolsa de recaudaciones. Tenía ciento diecinueve globos oculares —el que faltaba correspondía a un sujeto que lo había perdido antes— y más de dos mil piezas dentales.

Algunos de los presentes se desmayaron y el predicador me pidió que la siguiente quincena fuera menos fervorosa o, si no podía evitarlo, que como mínimo dejara la bolsa en casa.

Me sentí muy dolida: no se nos había asignado un cupo por cabeza y, según lo veía yo, mi entusiasmo simplemente venía a compensar la indolencia de los demás.

Me fui antes del refrigerio. Partí sola, di de comer a los perros los globos oculares y usé los dientes como drenaje del lecho de berros. Cuando ya había decidido seguir sola con el escarmiento volvió a abordarme la prostituta de Spitalfields, a la que hacía siete años que no veía. Era más vieja y menos hermosa, pero en su figura aún se intuían los estragos de su oficio. Parecía nerviosa y me pregunté qué querría de mí.

Ocurría que ella y sus hermanas, o así las llamó, se dedicaban a asesinar a los puritanos que visitaban el burdel. A este respecto no tenían dificultades; lo que las inquietaba era la eliminación de los cuerpos. No confiaban en la ayuda de un hombre y había tantos cadáveres en el sótano que temía un brote de peste. ¿Estaba dispuesta

a cooperar? Yo era muy fuerte.

Desde la partida de Jordán me sentía muy sola y no había encontrado compañía. Me parece que hombres y mujeres se andan con dobleces y cuando se frotan contra ti y ronronean amistad suelen pensar en una cosa distinta, en algo que les es ventajoso. Habían herido antes mi corazón dispuesto y ya no me fiaba de lisonjas ni de zalamerías.

Decidí ayudarla por su franqueza y porque los cuerpos, vivos o muertos, carecen para mí de significado. Lloraré por mis perros y por mi pequeño, pero el resto del mundo me trae sin cuidado.

El burdel era un lugar muy ingenioso. Cuando llegamos a la puerta se abrió un panel de madera y unos ojos de hurón nos hicieron pasar. Dentro sonaban ruidos de dolor y desdicha como los que escucharemos en el infierno. Esa imitación de los reprobos me extrañó, sobre todo cuando me permitieron espiar en una cámara y conseguí ver que un hombre, desnudo salvo por la máscara, era marcado en las nalgas con un hierro candente. La mujer que hundió la lívida barra en sus carnes no era más alta que una niña y por detrás parecía una chiquilla, si bien me dijeron que tenía más de setenta años. Cuando se dio la vuelta, vi que tenía el rostro arrugado y manchado y blancos los labios.

—Manteca de cerdo —dijo mi cómplice—. Está cubierta con manteca de cerdo de la cabeza a los pies y lleva los labios lardados para blanquearlos.

Quise saber a qué se debía.

—Ese hombre cría cerdos. Los adora y su esposa ya no le permite introducir el miembro entre sus cuartos traseros. Viene a vernos y lo castigamos por sus tentaciones. Mira.

Acerqué los ojos al panel de madera y vi que el hombre estaba marcado con la señal del cerdo en celo. Aunque gemía de dolor, cuando la enana lo giró con la barra aún candente, su miembro apareció hinchado y rígido de lascivia. Oí un bufido y en la cámara entró un cerdo desesperado de miedo. El hombre saltó sobre el animal, lo sujetó con fuerza entre las piernas y siguió dándose placer con fuertes empellones mientras la enana recalentaba el hierro.

—¿Es éste el modo usual de satisfacción? —pregunté.

—El modo usual no existe. Sólo hay lo extraordinario. ¿No sabes que estos hombres son los elegidos de Dios? ¿No crees que los elegidos de Dios tienen derecho al placer?

La mujer se rió espantosamente y me contó que aquel hombre era un acérrimo partidario de Cromwell y que por la mañana estaría muerto.

—¿Sólo comerciáis con puritanos?

—Comerciamos con quienes nos necesitan. ¿No has visto sus sábanas con agujeros?

Respondí que no, pero que había oído hablar de ellas a la esposa de mi pastor, el predicador Scroggs.

—Aquí abundan los predicadores. Mira.

Me condujo hasta otra puerta y abrió un panel. Sobre un lecho bajo, una mujer era penetrada en la posición tradicional, pero encima del hombre había otro hombre, agarrado como un escarabajo a una viga y ocupado con el pasadizo posterior.

—Debe de ser muy pesado para ella —comenté y simultáneamente los dos hombres se incorporaron, se abrazaron y se embadurnaron las caras con sus emisiones.

Entonces los reconocí.

—Son el predicador Scroggs y el vecino Firebrace.

Mi amiga me tapó la boca con la mano y me condujo a una estancia privada donde habían servido pasteles para las dos. Le expliqué mi relación con esos impenitentes canallas y le pedí un favor a cambio de mis esfuerzos con los cadáveres.

Respondió que lo intentaría y esto es lo que ocurrió cuando el predicador Scroggs y el vecino Firebrace volvieron a visitar el burdel de Spitalfields.

Era una noche apacible, la luna brillaba entre las nubes y hacía calor. Había dedicado varios días a construir un panel giratorio empotrado en la pared. Me situé en la parte exterior y aguardé la llegada de mis clientes.

Scroggs fue el primero en presentarse con una camisa de dormir morada. Luego apareció Firebrace con una especie de toga. Se proponían representar a César y a Bruto antes del crimen. Incapaz de contenerme, esperé sólo lo suficiente para ver cómo se elevaba bajo las faldas el monstruoso miembro de Firebrace. Luego me acerqué a la pared y moví el panel giratorio para presentarme en la habitación. Ambos protestaron, desconcertados, aunque no me reconocieron, sólo supieron que se trataba de un gigante con uniforme de verdugo. La plataforma semejaba la tarima de un verdugo y disponía de un tajo que yo misma había tallado. Sólo hacía una hora que había afilado el hacha. Aún resplandecía a la luz de las velas.

—No he venido a alabar a César, sino a enterrarlo —declaré citando a un dramaturgo cuyo nombre no acude ahora a mi memoria.

Se rieron nerviosos y Firebrace dijo que no había pagado distracciones adicionales.

—Las pagarás ahora —afirmé, descendí y esgrimí el hacha.

Aunque erré adrede, les di ocasión de ver lo afilada que estaba la

hoja, que partió en dos la cama.

—Seguid con vuestros placeres. —Agité la mano en un gesto de gracia.

Scroggs intentó tocar la campana, pero en el ínterin corté el cordel y uno de sus pulgares. Jamás había visto dar tantas sacudidas y chillidos por una herida tan nimia.

Firebrace, en modo alguno regio y más parecido a Bruto en su traición, intentó escapar por la ventana, pero enseguida le corté la pierna y lo hice saltar en círculos y suplicar misericordia.

Me quité la máscara y me dejé ver.

—Predicador Scroggs, al tajo se ha dicho.

Se resistió y me vi obligada a sujetarlo mientras lo ataba a las anillas que previsoramente había llevado por si me veía obligada a enfrentarme a actitudes tan medrosas.

—Piense en el rey, que permaneció en el tajo como el cordero del sacrificio y no pronunció palabra alguna.

Sin más, porque torturadora no soy, le corté la cabeza limpiamente y de una patada lo aparté del tajo.

Para entonces Firebrace gemía en un rincón y se había ensuciado la toga con excrementos.

—¡Qué espectáculo! —exclamé—. ¿Lloras por tu pierna? La traeré y te la uniré al cuerpo.

Fui a buscarla a la ventana y se la ofrecí, pero Firebrace gimió con más brío y me suplicó que lo perdonara.

—Tal vez no te perdone —afirmé—. Preferiría perdonar a todos los que estarían en contacto contigo si siguieras vivo.

Lo agarré del cuello, como un terrier sujeta a una rata, y lo dejé caer desmayado sobre el tajo. Más le valió estar inconsciente porque como el hacha se había desafilado me vi obligada a asestar dos golpes para rebanarle la cabeza.

Al concluir la faena abrí la puerta y entró un impaciente tropel de honorables caballeros deseosos de entretenerse en medio de esas ruinas.

Miré por encima del hombro y vi que un caballero ya había puesto a Scroggs sobre los restos de la cama. Lo montaba por detrás mientras besaba frenéticamente la cabeza cortada.

Me acerqué a la bomba de agua donde otrora había lavado mi persona y mis ropas en pro del amor, me quité cuanta prenda llevaba y me aseé de la cabeza a los pies. No quería conservar el menor rastro de aquel par de impíos. Una vez limpia, volví desnuda a casa y quemé la ropa en un fuego lento. Nadie me vio. Como los ángeles, me vuelvo invisible cuando hay trabajo por hacer.

LA NATURALEZA DEL TIEMPO

Mi experiencia del tiempo es casi la misma que con los mapas. El tiempo es plano y se mueve más o menos en línea recta de un punto a otro. Ser en el tiempo, en el presente continuo, consiste en mirar el mapa y no ver las colinas, las configuraciones ni las ondulaciones sino sencillamente la forma plana. No existe sentido de la dimensión, sólo la percepción de la superficie. Y pensar en el tiempo es todavía más vertiginoso y caótico.

Pensar en el tiempo es como dar vueltas al globo, reconocer que todos los viajes existen simultáneamente, que estar en un sitio no significa negar la existencia de otro, aun cuando, partiendo de nuestros habituales criterios de fe, ese otro lugar no pueda verse ni percibirse.

Pensar en el tiempo consiste en reconocer dos certezas contradictorias: que nuestras vidas externas se rigen por las estaciones y el reloj; que nuestras vidas internas se rigen por algo mucho menos regular: un impulso imaginario que atraviesa los dictados del tiempo cotidiano, dándonos la libertad de ignorar los límites del aquí y ahora y pasar como el rayo por la espiral del tiempo puro, es decir, el círculo del universo y todo aquello que contiene o que no contiene.

Al margen de las reglas del tiempo cotidiano, no ser es tan exacto como ser. No podemos hablar de todo lo que el universo contiene porque equivale a volverlo finito y a saber, de alguna manera, que no podemos demostrar que es infinito. Por consiguiente, para nosotros lo que el universo no contiene es tan significativo como lo que contiene. Llegará un momento, que desde luego, no será un momento, en que sabremos, si bien el saber ya no estará separado del ser, que somos parte de todo lo que hemos conocido y que todo lo que hemos conocido ya era parte de nosotros.

Hasta ahora la religión lo había descrito mejor que la ciencia, pero actualmente parece que la física y la metafísica defienden lo mismo. El mundo es plano y redondo, *¿o* no?

Tenemos sueños en los que retrocedemos y avanzamos en el tiempo, aunque el empleo de las palabras «retroceso» y «avance» equivale a quitarle el sentido al sueño, dado que implican que el sueño es lineal, y si así fuera el movimiento no existiría, sólo sería una progresión hacia delante. Y, sin embargo, no nos movemos a través del tiempo, el tiempo se mueve a través de nosotros. Lo digo porque nuestros cuerpos físicos tienen un lapso natural de decadencia, son unidades de un solo uso que se derrumban a nuestro alrededor. Esto sorprende a todo el mundo. Aunque lo vemos en nuestros padres y amigos, nos sorprende comprobarlo en nosotros mismos. Los más

prosaicos mostramos nuestra fe en la vida interior cada vez que decimos «mi cuerpo» en lugar de «yo». Lo sentimos absolutamente como parte y en modo alguno parte de quienes somos. El lenguaje siempre nos traiciona, dice la verdad cuando queremos mentir y se pierde en lo informe cuando más nos gustaría ser precisos. Por eso no podemos retroceder y avanzar en el tiempo, sino experimentarlo de otra forma. Si el tiempo está eternamente presente, no hay motivos que nos impidan pasar de un presente a otro.

La vida interior nos dice que somos múltiples en lugar de unidimensionales y que nuestra existencia única en realidad se compone de innumerables existencias que se dan la mano como las muñecas de papel recortado pero, a diferencia de éstas, aquéllas nunca tocan a su fin. Cuando decimos «he estado aquí», tal vez queremos decir «ahora estoy aquí», pero en otra vida, en otro tiempo, haciendo otra cosa. Nuestras vidas podrían amontonarse como platos en la mano de un camarero. Sólo se ve el de arriba, pero los demás están presentes y los descubrimos por error.

Nuestra vida interior de tiempo puro es lenta o de rápido fluir, según nuestro ritmo de conductividad. Del mismo modo que ciertos metales y aleaciones conducen la electricidad sin generar calor cuando se los enfría correctamente y, por consiguiente, sin perder ni un ápice de la energía que portan, determinadas personas pueden ser superconductores del tiempo. Además de experimentar el tiempo tal como lo entendemos normalmente, lo experimentan como una dimensión más amplia y abarcadora y están en contacto con una parte mucho mayor del presente. De acuerdo con el lenguaje de la ciencia, artistas y gurúes son superconductores.

Probablemente nuestro ritmo de conductividad está determinado por la capacidad, aprendida o innata, de convertir el primer plano en fondo, de tal manera que las desviaciones de lo cotidiano ya no consumen nuestra energía. Monjes y contemplativos han intentado conseguirlo apartándose del mundo: es necesaria una concentración profunda, como de trance. La pasión, el delirio, la meditación, la transcorporeidad son palabras que utilizamos para describir la condición de superconductividad acrecentada. Es indudablemente cierto que el criterio, por ejemplo, el arte verdadero opuesto a su ingeniosa falsificación, es su capacidad de trasladarnos a donde ha estado el artista, a ese sitio en el que nos liberamos de los problemas de la gravedad. Cuando el arte nos atrae salimos de nosotros mismos. Ya no estamos limitados por la materia porque la materia se ha convertido en lo que es: espacio vacío y luz.

Espacio vacío y luz. Para nosotros espacio vacío significa espacio vacío de personas. El negro azulado del mar por la noche,

extendiéndose en una curva bajo la curva del cielo, negro azulado y salpicado de estrellas plateadas que no hace falta pulir. El Artico, donde la nieve blanca es el blanco de la nada y desafía el foco de la mirada. Bosques, selvas tropicales y cataratas que rugen entre los huecos de las piedras. Desiertos como un fuego ardiente. Los cuadros nos muestran de qué forma nos influye la luz, porque vivir iluminado es vivir en el tiempo y no ser consciente de ello, salvo en los sentidos más obvios. Los cuadros son luz atrapada y retenida como un geniecillo en una botella. La energía está definitivamente atrapada, concentrada, no puede dispersarse.

Las naturalezas muertas son vida danzante. La vida danzante de la luz.

CUADRO 1: *Cacería en el bosque*. Un bosque por la noche. Hombres con túnicas de colores montan fogosos caballos. Los perros ladran. La distancia que desaparece en la distancia de la distancia hace que los jinetes empequeñezcan y se esfumen. Uccello. El nacimiento de la perspectiva.

Cuando vi este cuadro me concentré en las figuras del primer plano y sólo de manera gradual reparé en las demás, algunas tan débiles que eran casi imperceptibles.

Mi propia vida, o tal vez debería decir mis propias vidas, es así. En su mayor parte sólo veo los detalles más obvios, el presente, mi presente. Y, en ocasiones, gracias a un truco de la luz, veo algo más. Veo incontables vidas que coexisten y se pierden lentamente en la arboleda.

TIEMPO 4: ¿Sucedió mi infancia? He de creer que sí, pero no tengo pruebas. Mi madre dice que existió, pero es una mujer fantasiosa, mentirosa y asesina, aunque nada me impide quererla. Recuerdo cosas y yo también soy fantasioso y mentiroso, aunque todavía no haya matado a nadie.

Podría consultar con otros, pero no confiaría en su palabra aunque la dieran ante un tribunal. ¿Puedo confiar tratándose de un asunto más serio? Debo aceptar que tuve una infancia, pero no puedo asumir que tuve la que recuerdo.

Todos recordamos cosas que nunca ocurrieron. Y de todos es sabido que la gente a menudo olvida lo que ocurrió. O todos somos fantasiosos y mentirosos o el pasado carece de elementos definidos. He oído decir que nuestra infancia nos moldea. ¿Cuál?

Hoy, mientras caminaba por la isla, encontré un pozo profundo lleno de gastadas zapatillas de ballet. El raso estaba manchado y las

punteras agujereadas. Seguí el sendero que salía del pozo, ascendía una colina baja y bordeaba un rimero plagado de piedra azul. Pronto llegué a una bonita casa, que no tenía nada que ver con el entorno salvaje. Llamé al timbre, pero nadie respondió. Decidido a poner fin a mi misterio, escalé por el costado de la casa y logré entrar por la doble ventana de la primera planta. Las habitaciones tenían suelos de madera y no había muebles, si bien cada una contaba con una gran chimenea en la que se veían algunas ascuas o furiosas llamaradas que temperaban la estancia.

Un rato después oí un sonido semejante a música, pero distinto de la música que había oído hasta entonces, y lo seguí hasta una puerta de doble hoja que parecía cerrada con cerrojo. Sobre la puerta había un cristal y, con cuidadosos movimientos, logré equilibrarme sobre los picaportes y espiar el interior de la estancia.

Lo que vi me sorprendió.

En el suelo, en fila, parecía haber diez puntos de luz trazando espirales y era de esos seres de los que provenía el sonido que había oído. Aunque era armónico, carecía de melodía. Mirar la luz me resultó casi insoportable y el tono, que no tenía nada desagradable, me hirió los oídos. Era demasiado denso y fuerte para ser música.

Entonces vi a una joven que saltaba trazando ochos entre las luces, girando las manos como un ceramista amasa arcilla en el torno. Finalmente la joven se apartó y, una tras otra, las luces formaron una cabeza, brazos y piernas. Cada vez más despacio, mientras el sonido agonizaba con la luz, hasta que en el suelo aparecieron diez mujeres con las zapatillas agujereadas y los cuerpos bañados en sudor.

Ya no pude mantener el equilibrio sobre los picaportes.

Cuando recobré el conocimiento me hallaba en una habitación mucho más pequeña, repantigado en un sillón a un lado de la chimenea. Frente a mí, atenta y sonriente, estaba la mujer que había visto durante aquella cena que pareció tener lugar hacía años y de la que tal vez sólo habían transcurrido unos días.

—Me llamo Jordán —dije.

RECUERDO 1: La escena que acabo de describir puede corresponder al futuro o al pasado. He encontrado a Fortunata o la encontraré. No tengo ninguna certeza. La estoy recordando o aún la imagino. Pero ella está en la red del tiempo y es una coordenada, lo mismo que yo.

—Me llamo Fortunata —dijo—. Fue lo primero que vi. Corría el invierno. El suelo estaba helado y blanco. En el seto se veían rosas tardías, rojas y salvajes, y el acebo se vislumbraba verde oscuro con

las bayas llameantes. Todos los días nevaba, espesos mantos de nieve que borraban las huellas que iban y volvían de la casa, haciéndonos creer que nadie venía ni había venido. Un día un petirrojo se posó en el alféizar e inmediatamente quedó cubierto de blanco. Lo desenterré con una cucharilla y emprendió el vuelo, mientras los copos de nieve se desprendían de sus alas como grilletes. La nieve era tan profunda que amortiguaba los ruidos y nos deslizábamos en orden silente, intercambiando miradas y sorprendiéndonos en el jardín, por el que nos movíamos en cámara lenta, levantando a cada paso carretadas de nieve como médanos.

»Como el frío arreció y la nieve se endureció, tallamos estatuas, escenas de la Biblia y de los héroes griegos.

»Fue el invierno de nuestro matrimonio, el de mis hermanas y el mío. Nos casaríamos todas juntas: las doce el mismo día. El día de Año Nuevo, con vestidos rojo como la sangre y nuestros negros cabellos.

»Decidimos construir una iglesia en el jardín. La erigimos con hielo, nos herimos las manos y la sangre manchó la nieve como las rosas salvajes y rosadas de los setos. Trabajamos sin hablar, haciendo sólo dos pausas al día para comer y mitigando la oscuridad con hogueras a fin de seguir a pesar de las escasas horas de luz. La acabamos el día anterior a las ceremonias. La noche antes, nuestra última noche compartida como hermanas, dormimos como de costumbre en una larga hilera de camas individuales, bajo las sábanas y las mantas blancas, lo mismo que los que se quedan dormidos en la nieve. En otros tiempos, desde esa habitación habíamos volado a una ciudad plateada donde no se conocía el día ni la noche, y en esa ciudad habíamos bailado de pura alegría, sin pensar en la aurora en la que vivíamos.

»Al alba del día de nuestros esponsales nos pusimos los vestidos rojos y destrenzamos nuestros cabellos. En cuanto estuvimos listas cerramos los ventanales que habían sido nuestra vía de escape, les echamos el cerrojo, salimos en fila india del dormitorio, bajamos por la escalinata de mármol y nos dirigimos a la iglesia de hielo. Nos casaron de una en una bajo ramas de muérdago, pero cuando me llegó el turno (yo era la última) miré a mi futuro esposo (el príncipe benjamín, el que nos había seguido en secreto y nos había descubierto) y no lo quise.

»En el último momento lo aparté y escapé de la iglesia corriendo entre los invitados, que me miraban boquiabiertos como peces.

»Cogí una barca y di la vuelta al mundo ganándome la vida como bailarina. Por fin llegué a este sitio y levanté esta escuela. Nunca hago publicidad. La gente da conmigo porque quiere encontrarme, como tú.

—He conocido a tus hermanas —dije, y le conté que volvían a

convivir en un mismo sitio y le narré la historia de sus diversos divorcios—. Sin embargo, la historia que me han contado sobre ti no es la misma. Me dijeron que escapaste, cierto, pero que huiste y caminaste por el alambre tendido desde el campanario de la iglesia hasta el mástil de un barco fondeado en la bahía.

Fortunata se rió. ¿Era posible semejante cosa?

—Dime —insistí—, ¿es posible salir volando todas las noches por la ventana a una ciudad encantada cuando esos sitios no existen?

—¿Que no existen esos sitios? —preguntó Fortunata y guardé silencio porque no supe qué responder.

MENTIRA 8: No fue lo primero que vio. ¿Cómo iba a ser lo primero que vio? Tampoco la noche en el campo cubierto de escarcha fue lo primero que yo vi. Pero antes de eso éramos como los que sueñan y pasan por la vida como una sucesión de sombras. Y por eso lo que te hemos contado es verdad, aunque no lo sea.

Antes de las grandes nevadas y de los campos de hielo de los que te he hablado, noche tras noche mis hermanas y yo salíamos volando por la ventana y bailábamos en una plateada ciudad de extraño movimiento. La ciudad misma bailaba. Creaba la sensación de estar a bordo de un barco, de cabecear de una esquina a otra en lo alto de la agitada marea.

En un principio, en la ciudad nadie bailaba. Pagaban los impuestos, criaban a sus hijos y comían y dormían como en el resto de este mundo. Pero eso ocurría cuando la ciudad también se parecía al resto de este mundo y parecía estar quieta. Claro que algunos de los más inteligentes sabían que el mundo está incesantemente en movimiento, pero como no podían percibirlo lo ignoraban.

El movimiento comenzó mediado el verano, cuando el sol agonizante tiñó de naranja el azul del cielo. Al principio sólo fue un temblor, luego una sacudida y todos corrieron a guardar la plata en cajas y a atar al perro.

Durante la noche la agitación continuó y, a pesar de que nadie resultó lesionado, el médico lanzó una advertencia por escrito en la que conminaba a todos los que llevaran dentadura postiza a quitársela por si se producía una sacudida brusca. Los más prudentes aplicaron el consejo a tupés y prótesis y poco después los sótanos del ayuntamiento estaban repletos de material humano de repuesto.

Con el correr de las semanas, a medida que iba quedando patente que la actividad subterránea no había remitido ni aumentado, un puñado de valientes ciudadanos decidió hacer algo y tendió cuerdas de un extremo a otro, como soportes que les permitieran continuar con sus actividades. Con el tiempo todos se adaptaron a las nuevas circunstancias oscilantes y descubrieron que el mejor modo de superar el problema consistía en equilibrarse por las alturas. Las cuerdas dejaron de utilizarse como soportes y se convirtieron en senderos y caminos; todos, incluso los que acumularon sus extremidades en el ayuntamiento, aprendieron acrobacia. Con sombrillas de colores que los ayudaban a mantener el equilibrio, caminaban con zapatos de goma desde sus hogares hasta los sitios que solían frecuentar.

Transcurridas varias generaciones, nadie recordaba que la ciudad había sido como las demás o que el suelo era una residencia más habitual. Construyeron casas en las copas de los árboles y los pájaros, molestos por la invasión de su intimidad, se encumbraron aún más,

graznando y gorjeando desde los bancos de nubes.

A medida que a los ciudadanos les parecía natural pasar la vida suspendidos, el andar se convirtió en saltos y éstos en baile, de modo que nadie se tomaba la molestia de avanzar sosegadamente si podía girar de un punto de luz a otro.

Entonces se produjo un accidente.

Una jovencita que volvía a casa por una cuerda resbaladiza y deshilachada pisó en falso y cayó al vacío. Aunque todos los presentes lanzaron un grito de horror, la joven no cayó y chocó contra el suelo: flotó.

Tras unos pocos y sencillos experimentos, para los que habían abandonado la gravedad resultó evidente que la gravedad los había abandonado a ellos. El regocijo fue total y a partir de ese día nadie se preocupó por los suelos ni por las caídas, aunque todavía era necesario techar las casas para colgar las arañas.

Ahora que te he contado la historia de la ciudad, que posee su lógica, cada pieza encaja fácilmente con la siguiente. Convencida de que no te costará creer algo tan creíble, proseguiré la historia de nuestra llegada nocturna a la ciudad y de las penosas circunstancias en que fuimos descubiertas…

Liberada de las leyes de gravedad, la ciudad ascendió unos trescientos veinte kilómetros, hasta abandonar la atmósfera terrestre. Permaneció una temporada encima de Africa y luego se dedicó a rodear la Tierra a placer; aunque nunca pasaba mucho tiempo en el mismo sitio, en otros sentidos se parecía a una isla próxima a la costa. Los ciudadanos disponían de enormes pértigas que utilizaban para apartarse de las estrellas o de los meteoros y, de esta manera, utilizaban la ciudad como balsa para viajar a donde deseaban. Aunque no lo sabían, cuando una persona se empujaba con la pértiga, esa fuerza creaba una contrafuerza, una especie de vacío que a su paso lo absorbía todo. La fuerza era muy potente y por todo el mundo se cuentan anécdotas de meriendas enteras que han desaparecido de los manteles a cuadros y de niños a los que no se volvió a ver.

Los ciudadanos siempre aceptaban de buen grado cuanto el movimiento absorbía; comían los alimentos, cuidaban a los niños y seguían navegando.

Mis hermanas y yo siempre hemos sido ligeras. Cuando nació la tercera, sólo el cordón umbilical impidió que se diera de cabeza contra el techo. Sin éste, habría salido del útero y ascendido directamente a las alturas.

Mi quinta hermana era tan vaporosa que montó a lomos del gato de casa hasta que cumplió doce años.

Claro que nos engordaron y nos hicieron usar prendas pesadas, pero nuestros vestidos de baile eran ligeros y al danzar éramos la envidia de todos porque parecía que nuestros pies no tocaran el suelo. Afortunadamente llevábamos vestidos largos y nadie se daba cuenta de que flotábamos.

Cuando la ciudad ingrávida quedó sobre nuestras cabezas, aunque totalmente escondida, fuimos las primeras en percibir el influjo de su contrafuerza y esa misma noche nos arrancó de la cama y nos hizo chocar contra la ventana como a doce moscas.

Celebramos un consejo para decidir qué hacer y llegamos a la conclusión de que sólo había dos posibilidades: o nos lastrábamos para defendemos de otro ataque o nos entregábamos a lo que ocurriese. El resultado de la votación fue unánime y la noche siguiente nos tendimos a esperar en la cama con nuestros vestidos de baile.

A eso de la una, cuando los ronquidos de mi padre sacudían la casa, nuestras ventanas se abrieron de par en par y las franqueamos, sujetas la una a la otra por las trenzas. En un santiamén llegamos a la ciudad y, tras la sorpresa inicial, nos sumamos al baile y al jolgorio, que duraron hasta el alba.

Fue entonces cuando topamos con la única dificultad que se nos planteó.

¿Cómo regresar a casa?

Tras varias disputas infructuosas, recordé que Cyrano de Bergerac había intentado arrojarse a la Luna aferrado al metal que ésta atraía con su magnetismo. Pensé que la Tierra, que está lastrada por la gravedad, probablemente atraería el plomo. Así, llenamos nuestros botines con dicho metal y nos sentamos sobre una lámina de plomo cual si fuese una lúgubre alfombra mágica. Después pedimos a algunas personas que nos desamarraran y lo hicieron vertiendo muchas lágrimas, convencidas de que no volverían a vernos.

Se equivocaron. El plomo funcionó de maravilla y aterrizamos en el tejado de la iglesia del fondo de casa. De allí nos resultó fácil trepar entre los fustes de la chimenea, bajar por la glicina y meternos en la cama.

Nuestra felicidad perduró noche tras noche hasta que mi padre reparó en nuestros pálidos semblantes y nuestras ojeras y nos hizo vigilar. Fuimos astutas, drogamos a quien montaba la guardia y seguimos como de costumbre. Imagina cuál fue nuestro horror cuando mi padre anunció que quien fuera capaz de decirle adonde íbamos por la noche sería recompensado con la mano de cualquiera de nosotras.

No nos sorprendió que llegaran príncipes de todas las tierras, pero fue muy fácil engatusarles y nos volvimos demasiado confiadas.

Nuestra perdición se produjo de la siguiente manera.

Los habitantes de la ciudad flotante nos comunicaron que había llegado el momento de anclar en otro sitio y nos propusieron que nos fuéramos a vivir de manera definitiva con ellos. Aceptamos y acordamos que, después de una noche de fiesta, volveríamos a casa, recogeríamos algunas pertenencias y regresaríamos a tiempo para vagar eternamente por el espacio. Fue la noche en que el príncipe benjamín, un tipo astuto, descubrió nuestra poción narcótica y se agarró a nuestras faldas cuando emprendimos el vuelo. Era ligero, invisible, se ocultó entre los faroles y los árboles y nadie lo vio. Cuando regresamos a casa a lomos de la alfombra de plomo, el príncipe se adhirió a la parte inferior como un escarabajo.

La noche siguiente estábamos a punto de partir y todo era felicidad cuando se abrieron las puertas de nuestro dormitorio y mi padre entró, iluminado con teas y rodeado de servidores.

No había escapatoria y, a fin de retenernos, encadenaron nuestros tobillos y el príncipe se quedó con nosotras en compañía de sus once hermanos.

Durante los días siguientes contemplamos el cielo, pensamos dónde podríamos estar y fuimos conscientes de dónde estábamos.

Ya conoces el resto de la historia.

Pasé un mes con Fortunata, aprendiendo más cosas sobre sus hábitos y algunas sobre los míos. Me contó que durante años vivió con la esperanza de que la rescataran, de ser de otro, de bailar juntos. Y después aprendió a bailar sola, por su propio bien y únicamente para sí.

—¿Y el amor? —pregunté.

Abrió los brazos y me dio una breve lección sobre las costumbres de las estrellas de mar.

Después me quité el medallón que me colgaba del cuello y lo pasé sobre su cabeza. Fortunata lo miró y leyó la inscripción: «Recuerda la piedra de la que te han tallado y la cantera de la que fuiste extraído».

La bailarina se rió.

—¿Qué me dices de tus alas? —preguntó—. ¿Cómo puedes olvidarlas cuando aún te asoman los tocones de los omóplatos?

No dije nada. En la Biblia sólo los ángeles tienen alas; los demás hemos de esperar a que nos rescaten.

CUADRO 2: *San Nicolás calmando la tempestad*. Una pequeña embarcación en el mar negriazul. La tempestad arrecia y los cuatro discípulos se acurrucan aterrorizados. Bajo la barca hay un pez gigantesco y encima de ella, vestido de gala y con mitra, aparece san Nicolás, volando en medio del firmamento. Las estrellas penden a su

alrededor.

Me preparo para partir. Fortunata no me acompañará y no puedo quedarme, aun cuando una parte de mí también pertenece a la infinitud. Supuse que querría viajar, pero Fortunata me dice verdades que ya conozco, que no necesita abandonar la isla para ver mundo, que alberga en su mente suficientes mares y ciudades. Si los tiene, si todos los tenemos, cabe la posibilidad de que este mundo, la luna y las estrellas, también sean materia de la mente, aunque de una mente mucho más amplia que la nuestra. Si alguien me piensa, sigo siendo libre de ir y volver. Este universo reflexivo no será como un tablero de ajedrez, sino un teatro con decorados cambiantes, donde si quisiéramos podríamos atravesar las paredes, pero no lo hacemos porque somos fieles a nuestra percepción de lo dramático.

Cuando era pequeño mi madre me llevó a ver una gran maravilla. Creo que era el año 1633 y nunca hasta entonces había habido un plátano en Inglaterra. Vi que un hombre lo sujetaba muy por encima de su cabeza. Era amarillo, con manchas pardas, y mientras lo contemplaba vi el árbol, la playa y las olas blancas bajo aves de alas anchas. Después lo olvidé por completo. Pero en mis juegos con barcos y plantas intentaba retornar a aquel recuerdo, liberar lo que aquellas imágenes habían desencadenado en mí.

Cuando Tradescant me propuso que lo acompañara como explorador, pensé que, después de todo, podría ser un héroe, traer a mi regreso algo importante y en el proceso encontrar lo que había perdido. Era difícil expresar la pérdida. ¿Qué podía haber perdido yo que, para empezar, nada tenía?

Para empezar, me tenía a mí mismo, y eso fue lo que perdí. Lo perdí en mi madre porque es más grande y más fuerte que yo y no es eso lo que suele ocurrir con los hijos. Pero, más importante aún, lo perdí en el abismo que escindía el ideal de mí mismo de mi palpitante corazón.

Quiero ser valiente y admirado, tener una bella esposa y una casa bonita. Quiero ser héroe, despedirme de mi esposa y de mis hijos en el puerto y apenarme al verlos partir pero sentirme aún más entusiasmado por el venturoso porvenir. Quiero ser como el resto de los mortales, uno más, un hombre campechano conocedor de algunos chistes. Quiero ser como mi clamorosa madre, a la que su aspecto le importa un bledo y que sólo se preocupa por lo que hace. Nunca ha estado enamorada, no, y nunca quiso enamorarse. Es autosuficiente y no tiene dudas personales. Antes de mi partida la llevé por el Támesis hasta el mar, pero ignoro si se impresionó o hasta qué punto se enteró. Nunca hablamos mucho. Mi madre guarda silencio, actitud que suele esperarse de los hombres. A menudo la descubro mirándome como si

nunca me hubiese visto; es como si me estuviese aprendiendo. Supongo que me quiere, pero no estoy seguro. No lo dice, tal vez ella misma lo ignore. Creo que cuando partí sintió alivio porque pudo continuar su vida de siempre con los perros, los dragadores y las prostitutas que le caen bien. Incluso mientras Tradescant planteaba el tema mi madre se levantó y salió a dar un paseo. Estaba inmersa en sus cavilaciones y eso me dolió.

Jamás discutimos acerca de si me iría o no; mi madre lo daba por sentado, casi como si lo esperara. Yo quería que me pidiera que me quedara, como también ahora quiero que Fortunata me pida que me quede.

¿Por qué no me piden que me quede?

Para Tradescant ser héroe es algo natural. Tal vez sea genético. Su padre también lo fue. Sus viajes pueden seguirse en cualquier mapa y él sabe lo que busca. Le gusta volver con rarezas y siempre lo consigue.

Nuestro barco, fondeado a algunos kilómetros de esta isla, está lleno de frutas, especias y plantas nuevas. Cuando lleguemos a Inglaterra, los hombres y las mujeres se apiñarán a nuestro alrededor y nos preguntarán por lo sucedido.

Cada versión que demos será un poco más extravagante que la anterior. Pero será real, mientras que si cuento dónde estuve o dónde creo que he estado, ¿quién me creerá? En un niño podría consentirse, pero ya no soy un niño, sino un hombre.

He llevado meticulosamente el cuaderno de bitácora. También he escrito mi propio libro de navegación y por cada viaje que hicimos juntos apunté mi propio derrotero y dibujé mi mapa. Aunque no pueda mostrarlo a los demás, estoy convencido de que se trata de un relato fidedigno de lo ocurrido o, al menos, de lo que a mí me sucedió.

¿Vivimos todos así? ¿Vivimos todos dos vidas, la vida externa ideal y la vida interior e imaginaria en la que guardamos nuestros secretos?

Aunque parezca extraño, cuanto más he proseguido mis viajes, más distantes se han vuelto. Para Tradescant los viajes se completan. Ocupan cómodamente el tiempo. Son previsibles dentro de ciertos márgenes. Yo he partido y comprobado que ni siquiera el viaje más simple de la mente tiene fin. Lo inicio y de inmediato surgen cien rutas posibles. Escojo una y nada más empezar aparecen otras cien. Cada vez que intento reducir mis propósitos los expando y, sin embargo, esos estrechos y canales siguen conduciéndome a alta mar y entonces comprendo lo vasta que es esta materia de la mente. Me confunden el agua brillante y la magnitud del mundo.

Los budistas afirman que hay ciento cuarenta y nueve maneras de llegar a Dios. No busco a Dios, sino a mí mismo, lo cual es mucho más complicado. Sobre Dios se ha escrito mucho y ni una línea acerca de

mí. Dios es más grande, como mi madre, y más fácil de encontrar, incluso en la penumbra. Yo podría estar en cualquier parte y, puesto que no puedo describirme, tampoco puedo pedir ayuda. En esta búsqueda estamos solos y Fortunata tiene razón cuando se niega a encubrirla, aunque tal vez se equivoque respecto al amor. He conocido a muchos peregrinos que se dirigían a Dios y me pregunto por qué eligieron buscarlo a él en lugar de a sí mismos. Tal vez no lo comprendo, es posible que, mientras buscamos a otro, nos encontramos inesperadamente a nosotros mismos en un jardín o en una montaña desde la que contemplamos la lluvia. Pues a ellos no parece inquietarles quiénes son. Algunos me han dicho que la esencia misma de buscar a Dios es olvidarse de sí mismo, perderse para siempre. Empero, ¿no es difícil perderse a sí mismo o el yo del que hablamos es ese cadáver hueco y estridente que no contiene el espíritu?

Pienso que ese cadáver no es más que el yo ideal enloquecido y que si pudiéramos encontrar e internalizar la otra vida, la vida secreta, el ser humano podría vivir en paz y no necesitaría a Dios. Al fin y al cabo, El no nos necesita porque es completo.

He preparado mi bolsa de rayas y descolgado el abrigo del gancho donde Fortunata lo puso. Ha venido a despedirme y estamos junto a mi bote, que sigue sujeto con piedras en una hondonada.
Fortunata se ha soltado los cabellos, que le llegan casi a la cintura. Parece tranquila.

—Volveré otro día —digo.

Fortunata sonríe y guarda silencio y mientras pronuncio esas palabras sé que no son ciertas. Fortunata me esquivará, ella y esta isla se deslizarán de soslayo en el tiempo y no volveré a encontrarlas salvo, quizá, en un sueño.

Echo mis cosas al bote, y lo empujo con el hombro hasta el agua. A lo lejos se divisa un punto negro: el barco de Tradescant. No esperará mucho más.

Fortunata vadea el mar conmigo, se sumerge lo suficiente para mojarse las puntas de los cabellos, me toma la cara con ambas manos y me besa los labios. Luego se aparta y la veo caminar por la arena y subir por los peñascos. Me pongo a remar, utilizando su cuerpo como faro.

Siempre lo haré.

* * *

Hoy llegó la piña.

Jordán la portaba en brazos, como si fuera un dorado bebé; se dispuso a partirla por la mitad con salomónica sabiduría. No había afilado el cuchillo cuando el señor Rose, el jardinero real, se arrojó sobre la mesa y le suplicó que la partiera en pedacitos. Los asistentes al festín se desternillaron de risa y el rey en persona, con su nueva peluca, bajó del estrado y apremió al señor Rose para que aplazara el sacrificio. Al fin y al cabo, sólo era una fruta. Al oír esas palabras, el señor Rose asomó la cabeza desde su alicaída posición entre los platos y recordó a los presentes que se trataba de una ocasión histórica. ¡Vaya si lo era! Corría 1661 y a Inglaterra acababa de llegar la primera piña después del viaje de Jordán a Barbados.

Tradescant ha muerto. Cromwell ha muerto. Ireton y Bradshaw, los acusadores del rey, a los que a menudo pescaron juntos bajo las sábanas manchadas, han muerto. Jordán se perdió un bonito espectáculo porque demoró en embarcar con su carga amarilla. Cromwell, Ireton y Bradshaw, de los que se pensaba que yacían pacíficamente en la abadía de Westminster, el santo lugar que habían negado al legítimo monarca, fueron desenterrados el 30 de enero y colgados en el patíbulo de Tyburn para que todos los vieran. En ese momento aparecieron los pañuelos perfumados: no todos tienen una constitución tan fuerte como la mía. Miles nos apiñamos para verlos balancearse al viento, mejor dicho, para ver lo que quedaba de ellos pues, a pesar de su eminencia, la descomposición no les había perdonado. La gente estaba muy satisfecha de asistir a ese espectáculo y bajo los pies huesudos enseguida montaron unos cuantos tenderetes que vendían manzanas y galletas calientes. Una gitana con corona de estrellas echaba la buenaventura, pero desvió la mirada en cuanto vio mi mano. No me amilané: me basto y me sobro para amasar mi propia fortuna en este mundo picado de viruela.

Sin embargo, ir a Tyburn y ver la alegría y el gran asombro de los viandantes, sobre todo de los niños pequeños, que jamás habían pensado en lo que significaba pudrirse, me hizo filosofar.
Pudrirse es una experiencia común. Nos pasará a todos, incluso a mí, aunque supongo que para eso hará falta un gusano de cierta envergadura.

Firebrace y Scroggs han muerto. Aquella noche las hermanas del burdel de Spitalfields hicieron grandes beneficios cuando se corrió la voz de que había cuerpos recién desmembrados. El burdel ya no existe, mi amiga enfermó y murió y las demás hermanas se esfumaron como se esfuman las mujeres.

Echo de menos a Tradescant. Antes de morir me entregó una víbora embotellada para que recordara tiempos más felices en los que presentábamos batalla a todas las víboras. Ojalá pudiera ver este lío

de cuerdas; se alegraría al comprobar que aún hay justicia en el mundo.

Mi vecina la bruja no ha muerto. Ha encogido mucho, incluso más que cuando encontramos a Jordán. Tiene la estructura de un beagle, grandes ojos y orejas a juego. Con el paso de los años, en una escaramuza u otra, ha perdido su casa, pero le he dejado una de las casetas para los perros para que la ocupe hasta el fin de sus días. Aunque nada ha hecho por merecer mi caridad, es mi forma de reparación y mi cruz. Sigue afirmando que predice el futuro y a menudo la encuentro meditando sobre el lecho de berros, observando el dibujo cambiante de las hojas.

Tras la muerte de Tradescant, Jordán se hizo cargo de las expediciones, trazó las rutas y decidió cuáles eran las cosas preciosas. Ha pasado trece años en el mar, pero he recibido regalos suyos y siempre supe que volvería…

Al anochecer del día del patíbulo, se presentaron los soldados del nuevo monarca, nuestro Carlos II, descolgaron los cuerpos y los arrojaron a la fosa común situada detrás de la horca, un lugar apestoso y repleto de fétidos y gelatinosos cadáveres. Los decapitaron y colgaron las tres testas en lo alto de la abadía de Westminster, espectáculo dramático que mejoró mucho el ánimo de todos los que por allí pasaban.

En cuanto al resto de los cuarenta y nueve que, en 1660, a la vuelta del nuevo soberano, firmaron la sentencia de muerte del rey, cuarenta y uno seguían con vida. Pese a mi propia bondad, siempre he pensado que somos una nación muy civilizada, y lamenté comprobar que de los cuarenta y uno sólo nueve recibieron el justo castigo por ese asesinato unánime.

Esos nueve, compañeros íntimos de Cromwell, fueron semiahorcados, destripados y descuartizados todavía con vida. Si en medio de la ordalía mostraron indicios de desmayo, fueron enérgicamente reanimados con vinagre y aceite de clavo o, a veces, con un cubo de aguas corruptas. Fantaseé con atrapar un trozo de intestino o de cualquier entraña como recuerdo para Jordán, pero cuando salté, bolsa en mano, me dijeron que los restos eran propiedad de la Corona. De haber estado con vida, Tradescant habría intervenido en mi favor. Tal como ocurrió, me apañé con ver y recordar y por la noche tuve la suerte de hallar una vesícula biliar con varias piedras. La tengo junto a la cama, al lado de la víbora.

Durante la ausencia de Jordán, y gracias a la temporada que pasé en el burdel, descubrí que si se muerden o se cortan por otros medios los miembros de los hombres no vuelven a crecer. Parece un gran error por parte de la naturaleza, dado que los hombres son muy descuidados con sus miembros y los meten irreflexivamente en

cualquier parte. Estoy convencida de que, si no dan con algo mejor, los introducen por la fuerza en el primer boquete que encuentran.

Me apareé con un hombre y no puedo decir que sintiera algo, a pesar de que lo encasquillé hasta las cachas. En lo que a él respecta, desparramado sobre mí con el rostro hundido en mis senos, se quejó de que no encontraba los labios de mi coño y de que se sentía como un renacuajo en un frasco. Era un hombre educado e insistió para que tensara los músculos y así, con un poco de suerte, me acercara a su polla. Respiré hondo, apreté con todas mis fuerzas y oí algo semejante a una bocanada de aire a través de un túnel. Cuando me incorporé sobre los codos y miré hacia abajo, vi que lo tenía dentro, cojones incluidos. Estaba atascado. Tuve la presencia de ánimo suficiente para tocar la campanilla y apareció mi amiga con sus hermanas; lo separaron con ayuda de una palanca y lo reanimaron con vino calentado con especias mientras yo entonaba una cancioncilla sobre la entereza del salmón que desova. Era un caballero galante y propuso otra manera de darme placer, ya que yo era la primera mujer con la que fracasaba. En consecuencia, hizo una madriguera parecida a la de los hurones e intentó poseerme con la boca. Me sentía muy cómoda porque no tengo nada que pueda arrancarse de una dentellada. Después de un momento levantó la cabeza y me miró abatido.

—Señora, lo lamento y le pido perdón, pero no puedo —dijo.

—¿No puede?

—No puedo. No puedo meterme esa naranja en la boca. No me cabe. Tampoco puedo pasarle la lengua. Señora, es usted demasiado grande.

No sabía a qué parte de mi persona se refería, pero me apiadé de él y le ofrecí más vino y un rato de amable coloquio.

En cuanto se fue me recliné en un cojín y separé la mata de pelo para averiguar qué era lo que tanto le había confundido. A mi entender todo estaba perfectamente proporcionado. Esos caballeros son muy tímidos.

De pequeña oí copular a mis padres. Oí los gruñidos acompasados de mi padre y el silencio de mi madre. Luego mi madre me explicó que los hombres reciben placer y las mujeres lo dan. Me lo dijo de forma realista, con el mismo tono de voz que empleaba para explicarme cómo alimentar a los perros o preparar el pan.

Cuando nací era tan pequeña que dormía en un zapato de mi padre; sólo más tarde empecé a crecer y alcancé tales dimensiones que a mi padre se le ocurrió exhibirme. Mi madre se negó y le dijo que ningún miembro de su familia se sometería a una exhibición, por muy pobres que llegáramos a ser. Una noche mi padre intentó raptarme y

venderme a un cojo. Habían preparado un tonel donde encerrarme, pero en cuanto le pusieron la tapa reventé los aparejos y me lancé sobre el cuello de mi padre.

Aquél fue mi primer asesinato.

He olvidado mi infancia, pero no a causa de mi padre, sino porque fue una época desolada y superflua, llena de anhelos y de esperanzas perdidas. Aunque recuerdo algunos episodios, se me escapa la sensación del discurrir del tiempo. Si extendiera todo lo que pareció ocurrir y lo reviviera, duraría uno o dos días. ¿Y dónde están los años intermedios?

Cuando me enteré del regreso de Jordán, supe que llegaría convertido en héroe y que debía acudir a recibirlo como la madre del héroe. No reparé en gastos y mandé hacerme un vestido nuevo de lana fina y un hermoso chal con la sabanilla de la iglesia de Stepney. Viajé en carruaje a Hove y monté el campamento en la playa, esperando los primeros vislumbres de la vela de Jordán. Cuando me dejó tenía diecinueve años, el pelo negro como los cuervos y la voz pausada. Ahora contaba treinta y tres y me vi incapaz de imaginarlo.

Por la playa rondaban los villanos de costumbre, a la espera de sorprender en pleno sueño a una pobre mujer, pero los sumergí en el agua y los dejé hinchados de sal. En los ratos de ocio recogía conchas.

Por fin, el tercer día, divisé un punto en medio del mar. El punto fue creciendo con el paso de las horas y por la tarde lo vi fondear a toda vela. Ahuequé las manos alrededor de la boca y grité el nombre de Jordán, sin saber si me oía entre los graznidos de las gaviotas que se zambullían en busca de peces.

Encendí la hoguera y esperé. En plena oscuridad Jordán soltó un pequeño bote y colocó un fanal en la proa. Remó silenciosamente hacia mí. Sólo cuando lo oí saltar y hundirse hasta las rodillas alcé la mirada y corrí para ayudarlo a sacar el bote del agua.

Su barba tenía mechones grises. Me sonrió y sacó del bolsillo una bolsa de gamuza. Guardaba en ella un collar de perlas. Me lo puse y las perlas brillaron al resplandor de la hoguera.

Jordán traía también una sartén y algunos alimentos. Nos sentamos en silencio frente a frente, fogata por medio, con las negras velas del barco visibles a la luz de la luna y su bote oscuro varado en la arena.

Aunque deseaba contarle cosas, decirle que le quería y que le había echado de menos, se me atragantaron trece años de palabras y no pude pronunciar una sola sílaba. Había tanto que decir que no dije nada.

Comimos y me senté con las rodillas dobladas y la espalda apoyada en una roca mientras Jordán se tendía de costado, con las piernas estiradas y el cuerpo apoyado en un codo. Jordán contemplaba el oleaje.

Cuando se durmió me acerqué para cubrirlo con mis mantas y lo miré cuan largo era, sus delgadas muñecas y la nariz como una escarpada ladera. Le acaricié los cabellos y noté que tenía cicatrices en la cara. A partir de ese momento nadie le haría daño. Al arroparlo, vi que algo brillaba en su cuello. Para no perturbar su sueño, lo aparté suavemente de sus ropas y comprobé que era un colgante de plata. No se lo había dado yo. No era su medallón. Representaba un minúsculo par de zapatillas, unas zapatillas de baile, con los pies curvados hacia adentro, como si estuvieran de puntillas. Jordán se volvió repentinamente y gruñó. Cuando solté la cadena, él la cogió con la mano como un niño se aferra al pulgar de su madre.

Le levanté la cabeza, puse debajo mi chal y estuve toda la noche sentada a sus pies, contando las horas al ritmo de la marea.

1990

CUADRO 3: *El señor Rose, jardinero real, presenta la pina a Su Majestad Carlos II*. Obra de pintor anónimo, probablemente holandés. El señor Rose, con su peluca, está arrodillado y el rey, con su peluca, acepta la piña. Los colores de la fruta y de las flores completan el cuadro.

Poco después de ver este cuadro decidí alistarme en la Marina. Mi padre estaba encantado y mi madre preocupada. Acababa de terminar el bachillerato y estaba deseoso de emprender una carrera. Cualquier carrera que me llevara lejos. Coincidieron tres cosas.

Vi el cuadro e intenté imaginar lo que significaría traer por primera vez algo a mi país. Intenté mirar la piña y fingir que nunca la había visto. No pude. En el mundo quedan tan pocos prodigios porque, de una manera u otra, ya lo hemos visto todo. ¿De dónde era originaria la piña? No me costó averiguar que de Barbados; pero ¿quién la había traído, en qué circunstancias y por qué?

Compré una piña y la tuve en mi habitación hasta que se pudrió. Mi madre entraba y aguzaba el olfato como un pointer.

Dijo: «Huelo a algo».

Después dijo: «Huelo a algo dulce».

Y luego: «Aquí hay algo podrido».

La encontró bajo la cama y la tiró a la basura. El interior estaba pulposo y la piel se había encogido hasta adquirir formas geométricas y escamosas.

Antes de que mi madre la descubriera, y logré tenerla mucho tiempo mediante el simple método de inyectar conservante en todo lo que está vivo, yo solía sacarla por la noche y palpar su cabeza brotada y su áspero cuerpo. Me arriesgaba a dormir con ella cuando suponía que mi madre no aparecería temprano, aunque en aquellos días se quejaba de que yo olía a fruta.

—¿Cómo quieres que el chico huela a fruta? —preguntó mi padre —. No ha estado cerca de ninguna fruta.

Bajé la cabeza y me acabé con expresión sumisa las gachas de avena. A menudo han tildado de rara a mi madre, pero eso es porque dice cosas que a la gente le cuesta mucho creer. La mayoría de las veces tiene razón.

Pregunté a mi amigo Jack:

—Jack, ¿no te gustaría que fuéramos corsarios o algo parecido?

Me respondió:

—No seas estúpido, Nicolás, tanta agua y sin jabón.

Jack es muy limpio.

Nicolás Jordán. Un metro setenta y ocho centímetros. Hace maquetas de barcos y las prueba los fines de semana. Jack es su mejor amigo. Es hijo único. Sus padres no pueden comprarle un telescopio, aunque tiene un libro que enseña a navegar guiándose por las estrellas y unos prismáticos que cuelgan de una tira de color caqui. Es todo lo que de mí se puede decir. Al menos por fuera.

La segunda de las tres coincidencias fue *The Observer's Book of Ships*. Compré este libro sobre barcos en una librería de viejo. El frontispicio decía:

por
FRANK E. DODMAN
prólogo de
A. C. Hardy,
licenciado en ciencias,
miembro de MINA y de la FRGS

Durante mucho tiempo tuve una amante secreta llamada Mina Frogs. Cuando volvía a casa convertido en héroe, me esperaba en el puerto y estaba desesperada por casarse conmigo. Yo adoraba aquel libro que describía más de cien tipos de barcos y que incluía noventa y cinco dibujos lineales, dieciséis láminas a todo color y dieciséis páginas con fotografías.

A partir de esas imágenes construí una maqueta. Al principio tuve kits con aparejos de madera balsa y marineros de plástico, pero pronto aprendí a diseñar los míos con las herramientas del taller de mi padre. La tripulación nunca me importó. Los marineros no eran guapos, sino esclavos del barco.

Los fines de semana mi madre cocinaba y mi padre leía la prensa. Yo iba al estanque y botaba mis barcos. Me encantaba la incertidumbre de no saber qué viento soplaría. Jack me acompañaba y traía sus libros de informática y los ejemplares que su padre recibía de *GP*, una revista para médicos. Las revistas incluían fotos de enfermos incurables, lo que abarcaba a todo aquel que sufriera un vulgar resfriado.

—Tiene que desaparecer por sí mismo —dijo Jack—. Esas píldoras son minas de dinero fácil.

—Como el amor —repliqué, y acomodé el timón—. El amor no tiene cura.

—¿De quién estás enamorado? —preguntó Jack.

—De nadie. Ella no existe.

—Es lo más antihigiénico que puedes hacer.

—Imposible. ¿Qué me dices de los que trabajan en las cloacas?

—Llevan trajes que los protegen. Y los enamorados casi nunca llevan ropa, mira las revistas.

Se refería al *Playboy* y al *Penthouse*. Su padre también estaba suscrito.

Ignoré a Jack y dejé que volviera a enfrascarse en sus libros. Adoraba los ordenadores, tan limpios y programables. Cuando le conté que había aprendido a navegar guiado por las estrellas, espetó:

—¿Y para qué?

No es que Jack fuera insensible. Simplemente era moderno.

Una tarde en que Jack estaba tendido de costado y leía un artículo sobre unos chicos que se habían colado en el ordenador del Pentágono, un hombre se me acercó y se arrodilló junto a mi barco.

—¿Lo has hecho tú?

—Sí.

—¿Con qué kit?

—Con ninguno, lo construí, eso es todo.

—¿Y navega?

—Ya lo creo. Está perfectamente equilibrado. Puede hacer frente a cualquier viento.

—Yo también solía construir barcos y botarlos —añadió el hombre —. Aunque he estado por todas partes, aún tengo la sensación de que me he perdido algo. Me parece que se ríen de mí, no sé por qué ni quién. Sé que suena absurdo. Tal vez me he perdido el mundo y el que he visto sólo sea un señuelo para que pierda el rumbo. Tengo la impresión de que siempre estoy a punto de darle sentido y entonces vuelvo a perderlo.

El hombre se incorporó sin mirarme y se alejó.

Cogí mi barco y me acerqué a Jack.

—¿Quién era? —preguntó.

—No lo sé. Un marino o algo por el estilo.

—Debe de estar chalado.

—¿Por qué?

—Ya nadie viste de esa manera.

—Vámonos, Jack, tengo hambre.

¿Y la tercera coincidencia?

Estaba limpiando mi dormitorio. Pintábamos la casa. Debajo de la cama había montones de libros que había leído de pequeño. Guardé la mayoría en una caja, sin siquiera mirarlos. Encontré uno que recordaba, que recordaba tan vívidamente que no lo evoqué como un

pensamiento, sino como un regusto. Llovía cuando lo leí, hacía un día lluvioso y apenas había pasado la Navidad. Se titulaba *El libro infantil de los héroes* y en la cubierta aparecían barcos, aviones, caballos y hombres con mandíbulas de acero. Lo abrí y cayeron varias hojas escritas con mi letra infantil. Supongo que por aquel entonces tenía diez años. Era mi resumen de los héroes que me gustaban. En los márgenes los había dibujado.

GUILLERMO EL CONQUISTADOR

Nacido en 1028. Conocido como Guillermo el Bastardo. Tres de sus guardias murieron violentamente y su preceptor fue asesinado. «Guillermo gustaba del aire libre y era cazador, guerrero, feroz y despótico. Ignorante. Era poco cortés…»

Se casó con Matilde, hija de Balduino de Flandes. El Papa condenó el matrimonio y se vieron obligados, como penitencia, a construir cada uno un monasterio.

En tanto primo de Eduardo el Confesor, que no tuvo descendencia, Guillermo el Bastardo esperaba heredar Inglaterra por derecho propio. Cuando Haroldo se la quedó, Guillermo la invadió.

CHRISTOPHER COLUMBUS

Conocido por sus amigos españoles como Cristóbal Colón. Nació en Génova, era hijo de un tejedor e inició su profesión de marino como pirata.

Descubrió América por profecía más que por astronomía y en 1502 escribió a Fernando e Isabel, reyes de España, que «ni la razón, ni las matemáticas, ni los mapas me fueron de la menor utilidad». Posteriormente escribió el *Libro de las profecías* y murió en la oscuridad.

FRANCIS DRAKE

Nacido en 1540 en Devon, embarcó a los trece años y a los treinta y siete partió en la *Golden Hind* y dio la vuelta al mundo. Posteriormente lo nombraron alcalde de Plymouth.

Célebre por su victoria sobre la Armada Invencible, también fue el saqueador predilecto de Isabel de Inglaterra y lo apodaron «el gran ladrón del Ignoto Mundo».

Convertido en el héroe más popular de los dos siglos siguientes, Drake era «bajo de estatura, de extremidades fuertes, cabeza redonda, barba completa y ojos redondos, grandes y

límpidos».

LORD NELSON

Nacido en 1758, Nelson embarcó a los nueve años y a los quince ya había estado en el Ártico. Durante una expedición contrajo el paludismo y tuvo una visión. Exclamó: «En ese caso, seré héroe».

Cuando conoció a Nelson, Wellington dijo que «sólo hablaba de sí mismo y con un estilo realmente tan presumido y absurdo que me sorprendió y casi me dio asco». De todas maneras, Nelson se apoderó del buque insignia *Victory* y partió para derrotar a Napoleón. Esbozó un plan de ataque que él mismo consideró genial y lo llamó «el toque Nelson».

Perdió la vida en la histórica batalla y antes de morir firmó un documento en el que legaba la nación a su amante, Emma —lady Hamilton—, y a Horatia, la hija de ambos. La nación no se dio por aludida y encomió al difunto almirante mientras Emma moría en Calais nueve años después, enferma y abandonada.

Si eres un héroe puedes hacer el idiota, mostrar una conducta deleznable, echar a perder tu propia vida, tener una serie de amantes y hablar constantemente de ti mismo y nadie se molesta. Los héroes son inmunes a todo. Tienen hombros anchos, pelo en abundancia y dondequiera que vayan congregan multitudes. Por lo general, disfrutan en compañía de otros hombres, si bien las mujeres atractivas forman parte de su recompensa.

Mi padre ve películas de guerra. Las cintas bélicas están plagadas de hombres con cascos que hablan con frases cortas. Juegan a las cartas en mesas plegables y se inclinan en las literas para hablar con sus camaradas. Salen corriendo de las trincheras y barren con las ametralladoras en arcos de ciento ochenta grados. Tienen novias, pero prefieren su propia compañía.

Mi padre ve películas de submarinos. Suena la sirena y los hombres en camiseta chocan con las paredes. El comandante se pega al periscopio y vemos un fragmento del submarino descendiendo cual ballena de acero.

Mi padre ve películas que ocurren en alta mar. Hombres con jerséis de cuello vuelto y botas negras corren por el puente y preguntan dónde está el enemigo. Siempre hay un muchacho con el lampazo que dice cosas simples pero importantes que los altos mandos ignoran. Más adelante, cuando el barco se hunde, el muchacho es el único lo bastante pequeño para encajar su cuerpo en el boquete e impedir que el mar siga entrando. Aunque no parece un héroe, lo es. Está allí para

que todos los hombres escuchimizados se sientan valientes. Muchos esmirriados querrían ser héroes y necesitan dar pábulo a sus fantasías. El dilema es que siempre matan a los pequeños.

Me presenté en la oficina de reclutamiento naval y se explayaron sobre el complejo equipo que utilizaría y sobre los sitios que visitaría. Tenían un cortometraje sobre la vida en la Marina, y después se presentó un viejo almirante y nos contó que había aprendido a planchar los pantalones acampanados con las siete rayas que representaban los siete mares.

Hablamos mucho de camaradería y compañerismo. Por supuesto, no hay nada homosexual.

Jack y yo fuimos al parque. Yo llevaba mi barco y él sus libros. Era un día de fuerte viento y el estanque parecía un escarchado gris adornado con el tenedor. Dejé a Jack en un banco y bajé hasta los guijarros de la orilla. Orienté la vela y me preparé para botar el barco. El viento le dio de lleno y torció el aparejo. Al final lo recuperé, pero estaba averiado. El viento me escoció los ojos y Jack pensó que me había puesto a llorar. Se sintió incómodo y se rió estentóreamente al ver que una mujer intentaba enderezar su tumbona invertida por el viento.

—Eres demasiado mayor para seguir jugando con los barcos —dijo.

—¿Por qué?

Jack se encogió de hombros y me contó que durante las vacaciones trabajaría los sábados.

Mis padres comen de manera organizada. Ordenan los alimentos según su forma y color y comen proporcionalmente, de modo que nunca se nutren en exceso de un producto en detrimento de otro. Yo siempre como primero los guisantes, una costumbre que les incordia.

Hemos hablado de mi futuro en la Marina.

—¿Y si estalla una guerra? —preguntó mi madre.

—Tú y yo estuvimos en la guerra —replicó mi padre—. Nos apañamos bien.

—Fue espantoso —insistió mi madre.

—No estuvo tan mal, pasamos buenos momentos… ¿Recuerdas cuando bailamos e hicimos el amor en la penumbra?

—No digas esas cosas delante del chico —pidió mi madre. Hizo una breve pausa y añadió—: Fue espantoso.

¿Se refería a la guerra o a hacer el amor con mi padre?

Me aceptaron como cadete. Nos sentimos muy orgullosos cuando

llegó la carta. Mi madre la metió en una carpeta donde guarda cosas mías.

La víspera de mi partida celebramos una cena especial y bebimos una botella de vino. Mi madre estaba nerviosa y mi padre estrepitoso. Procuré dejar los guisantes para el final.

A la hora de acostarme me fui a mi habitación y apagué la luz. No me desvestí. Me tendí en la cama y miré las estrellas por la ventana. Había leído en un libro que las estrellas pueden trasladarnos a cualquier parte. Nunca quise ser astronauta por el casco. Si estuviera en la luna o bordeando la Vía Láctea, me gustaría sentir las estrellas alrededor de mi cabeza. Las querría enredadas en mi pelo, como en los cuadros de los dioses. Desearía que todo mi cuerpo percibiera el espacio, el espacio vacío y los puntos de luz. Eso es lo que deben de sentir los bailarines y los acróbatas, esa libertad, aunque sólo sea durante un segundo.

Aun libre de la fuerza de la gravedad, no me sentiría cómodo con un traje espacial. ¿No sería mejor estar desnudo? ¿Desnudo y haciendo girar el cuerpo en lentos saltos mortales a través de la nueva atmósfera?

La gente dice que, desde que la pisaron, la luna ha perdido su encanto. No estoy de acuerdo. Hace falta algo más que los pasos del hombre para robar la luna.

Hemos estado por todo el mundo y ahora nos hemos aventurado en el espacio.

Mi padre ve películas espaciales. Son distintas: conforman la única zona de esperanzas que no han decrecido. Son películas felices e incluyen mujeres que a veces son científicas en lugar de cantantes o camareras. En ocasiones las mujeres también se vuelven heroínas, aunque todavía no ocurra muy a menudo. Cuando veo películas espaciales me entran ganas de llorar porque me dejan muy esperanzado, parece un principio más que un hastiado y caduco final.

Puesto que hemos estado por todas partes y sólo se trata de una cuestión de tiempo, ¿adonde iremos cuando ya no queden infinitudes?

¿Tardaremos mucho en emprender el viaje interior, en descender por los túneles de nuestro propio tiempo y en sumergirnos en el ámbito del espacio interior?

Desmontamos mi dormitorio. Mi vida quedó guardada, en los armarios o fuera de la vista. El dormitorio se convirtió en cuarto de huéspedes. Estaba a punto de dejar mi casa. Gracias a la luz que se colaba por la ventana vi los estantes vacíos y los zapatos que no utilizaría perfectamente alineados debajo del ropero. Era un viejo ropero con un espejo en la cara interna de la puerta. Por la mañana, antes de partir, me miré una vez más en él. Tenía buen aspecto.

Seis meses después estaba a bordo de un remolcador del Ministerio de la Marina en el estuario del Támesis, a la altura de Deptford. Buscábamos una mina que alguien había localizado, al menos eso fue lo que nos dijeron. No teníamos prisa. Nuestra presencia tranquilizaba a la gente y a nosotros nos tranquilizábamos nosotros mismos. La noche era serena y la calma reinaba en las luces de Londres y en las negras aguas. Yo estaba contento.

Me encontraba en cubierta con un amigo. Era una especie de astrónomo al que le gustaba enseñarme las constelaciones. No le dije que ya las conocía.

—Te diré una cosa. Si nos soltaran en mitad de la galaxia, si un día nos largáramos por nuestra cuenta y riesgo, no sería como lo vemos desde aquí —dijo—. Sólo veríamos la negrura. Esas estrellas que cuelgan tan próximas están a años luz de distancia. Nuestras posibilidades de encontrar una estrella o un planeta, por no hablar de un planeta azul como éste, son de un millón de millones en un billón.

Mi amigo se echó a reír y abandonó la cubierta.

Apoyé en la barandilla los brazos y en ellos la cabeza. Sentí que caía y caía en un agujero negro sin estrellas, sin vida y sin casco. Oí pisadas a mi lado. Una voz de hombre dijo: «Hoy entierran al rey en Windsor». Me incorporé y miré a la cara a ese hombre que contemplaba el río. Lo conocía. ¿De dónele? Y su vestimenta…, ya nadie usa esas ropas.

Miré hacia arriba, más allá del hombre. Las velas crujieron mecidas por la brisa y el palo mayor estaba cargado de maromas. Aún más lejos divisé la Osa Mayor, Orion y la brillante hoz de la luna.

Oí el reclamo agudo e impetuoso de un pájaro. Tradescant suspiró.

Me llamo Jordán.

Soy una mujer que enloquece. Soy una mujer que alucina. Imagino que soy enorme, tosca, soy una giganta. Cuando soy giganta salgo arremangada y las faldas se arremolinan a mi alrededor como un torbellino. Tengo un saco de los que sirven para ahogar gatitos y hago altos por todo el mundo hasta llenarlo. Los hombres me disparan, pero me quito las balas del escote y las mastico. Después me desternillo de risa y les rompo las armas con los dedos como se hace con una espoleta de pollo.

Primera parada: el Banco Mundial.

Acudo directamente a la sala de juntas. Hay una larga mesa de madera dura rodeada de cómodas sillas. Varios hombres trajeados hablan sobre cómo resolver el problema del Tercer Mundo. Quieren construir pantanos, limpiar las selvas tropicales, financiar inmensas plantas embotelladoras de Coca-Cola y explotar el potencial del caucho.

Dicen: «Esta es una reunión privada».

Empiezo por el extremo superior y los cojo del cogote uno tras otro. Sacuden sus piernas enfundadas en trajes de Gucci; no tengo nada contra los trajes, la tela es maravillosa. Los meto en el saco y todos gritan al mismo tiempo, amenazando con que llamarán a sus abogados, chillando que quién me creo que soy y que qué pasa con la libertad de expresión y los derechos humanos.

Cuando los tengo a todos en el saco, ordeno la sala, añado unas cuantas calculadoras para que no se aburran y nos largamos.

Próxima Parada: el Pentágono.

Reviento las puertas de máxima seguridad, paso por delante de los ordenadores, de los secretos, del ejército de secretarias, y me planto en medio de un grupo de generales y otras lumbreras menores que hablan de la defensa, de la paz y del modo de poner fin a la amenaza nuclear encargando la producción de más armas. Los escucho atentamente mientras ellos me explican, con la paciencia de una madre que se dirige a un hijo subnormal, que si no tenemos la fuerza suficiente para volar el mundo cincuenta veces, no estamos a salvo. Si la tenemos, lo estamos.

Digo: «Sus propias estadísticas demuestran que, si a lo largo de diez años el tres por ciento del presupuesto de Defensa se dedicara al problema de la pobreza en Estados Unidos, dicho problema dejaría de existir, lo borrarían de la faz de la tierra».

Se miran, lanzan risillas indulgentes y vuelven a ponerse manos a la obra. No me queda otra salida. Los agarro de las medallas y los meto en el saco. Uno asoma la cabeza y declara: «Deberían arrestarla. ¡Lo que está haciendo es muy peligroso!».

Y luego…

Arrebato a los líderes mundiales de caravanas de automóviles, cenas en las casas de gobierno, embajadas y fiestas privadas. Los introduzco en el saco y vamos andando hasta las montañas de mantequilla, los lagos de vino, los silos de cereales, los desiertos, la tierra cuarteada, los niños hambrientos y los traficantes de armas que se encuentran en lugares custodiados.

Obligo a los gordos a ponerse a régimen y todos hacen cola para un cursillo de formación obligatoria en feminismo y ecología. Luego se ocupan de los excedentes de alimentos, preparan los paquetes con sus propias manos y los distribuyen en una gran cadena humana de lo que antes era poder y ahora es cooperación.

Cambiamos el mundo y al séptimo día celebramos una fiesta junto al lago del vino, preparamos crépes con la montaña de mantequilla y los pueblos de la tierra llegan en oleadas y están alimentados, limpios y sanos. Y cuando los ríos centellean, el brillo no tiene nada que ver con el del mercurio…

Todo empezó con el mercurio. Mis alucinaciones comenzaron al medir los niveles de mercurio de ríos, lagos y arroyos. En todas partes donde pudieran obtener beneficios. Los niveles siempre eran demasiado altos, los peces morían y los niños sufrían extrañas enfermedades escamosas que, según el gobierno, no tenían la menor relación con nada.

Inicié una campaña unimujeril, el tipo de actividad que los periódicos suelen publicar, considerando a la mujer un poco turulata pero inofensiva. Esperan que te vayas, que envejezcas, que te canses. El tiempo es un gran amortiguador.

No abandoné. Escribí artículos y repartí por las casas hojas informativas. Desarrollé la pasión por el evangelismo personal. Paré a las amas de casa en las esquinas y a los trabajadores en las cafeterías. Si las mujeres estaban bien situadas, les pedía dinero y ayuda.

El coste personal fue elevado. Cuando estaba deprimida, es decir, a menudo, me parecía excesivamente alto. El problema radica en que cuando la mayoría de la gente está apática los seres corrientes y molientes como yo tenemos que ir demasiado lejos, arruinar nuestras vidas y convertirnos en blanco del menosprecio para hacernos comprender. ¿Piensan de verdad que prefiero acampar a la orilla de un río contaminado en lugar de repantigarme en mi piso rodeada de

mis cosas?

La gente se lo traga todo.

Al parecer, todo salvo la verdad.

Fui una niña solitaria. Mis padres me consideraron difícil, pues no era la hija que esperaban. En su opinión, era demasiado apasionada, físicamente torpe y callada. Los mejores momentos que pasé fueron al aire libre, con los perros. Los padres desean eternizarse en sus hijos. Se consuelan al reconocer el giro de la cabeza o el modo de hablar. Si no existen puntos de reconocimiento, si el hijo es realmente un extraño, hacen cuanto está en su mano por alimentarlo y vestirlo, pero no lo aman. No saben apelar a la fuerza transformadora del amor.

Aprendí a estar sola y a gozar de la oscuridad, en la que nadie me veía y en la que podía contemplar las estrellas e inventarme un mundo donde no existía la gravedad ni una fuerza de sujeción. No era gorda por glotona, apenas comía. Era gorda porque quería ser más grande que todas las cosas que eran más grandes que yo. Más grande que todas las cosas que tenían poder sobre mí. Estaba decidida a ganar esa batalla.

Parece evidente que una persona ignorada y pasada por alto se expanda hasta el extremo en que tienen que reparar en ella, aunque hacerlo implique miedo y asco.

Imaginé que la casa de mis padres era un cascarón que me contenía. El entorno apropiado para un ser fantástico que necesitaba absorber calor y alimento hasta estar preparado para romper el cascarón y salir al mundo. Por la noche, en la cama, sentía que la casa entera inspiraba y espiraba como yo. Las tejas, los ladrillos, el revestimiento termoaislante y las tuberías se sometían a mi ritmo. Yo era un monstruo dentro de un huevo enmoquetado.

Ahí voy, mis hombros empujan los rincones del cuarto, mi cabeza se desenrosca y destroza las ventanas. Por todas partes hay cristales rotos, el jardín se cruza con una sola pisada. Micromegas a trescientos veinte kilómetros de altura.

Pero no existe la dimensión rabelesiana de la ira.

Como era de prever, adelgacé en cuanto me fui de casa. Perdí carretillas enteras de kilos. A decir verdad, por lo que calculé, dos carretillas. ¿Dónde fueron a parar? ¿De dónde vienen y adonde van? Uno de los misterios de la materia consiste en que la grasa aparece y desaparece y la única prueba que tienes de que estuvo son unas pocas estrías y algunas prendas de talla demasiado grande.

«Ya la quemarás», solía decir mi madre. De pequeña tenía visiones en las cuales alimentaba con grasa un horno inmenso.

El humo que escapaba por la chimenea era ensortijado, como el rabo de los cerdos.

Cuando el peso desapareció descubrí algo extraño: persistía en mi mente. Tenía un *alter ego* inmenso y poderoso, una mujer cuya única moral era la propia y que tenía lealtades escasas y fogosas. Era mi santa patrona, a la que apelaba cuando tenía la sensación de que me colaba por las grietas del suelo o desaparecía lentamente en la calle. Cada vez que la llamaba, notaba que mis músculos se hinchaban y que de mi garganta brotaba la risa. Desde luego, sólo era una fantasía, al menos al principio…

En tanto que química con altas calificaciones y como mujer atractiva con la que a los hombres les gustaba trabajar, pude ser catedrática o realizar un trabajo valioso entre bambalinas. No necesitaba dedicarme a la investigación de la contaminación. Es odiosa se mire como se mire. Las grandes empresas te odian y constantemente piden a los científicos asalariados que pongan en tela de juicio tus conclusiones. Los gobiernos, tanto el nacional como los extranjeros, tardan muchísimo en enterarse de lo que dices. La lentitud es lo más positivo que puedes esperar, si bien son más usuales la hostilidad rotunda y los métodos descalificadores. Están asesinando el planeta y casi nadie se toma la molestia de creerlo, al menos.

«¿Por qué no trabajas para ICI? —propuso mi padre—. Tienen un plan de adquisición de acciones.»

Sí, ¿por qué no? ¿Por qué no para la Shell, la Esso, para Union Carbide o la NASA?

¿Por qué no acepto el plan de adquisición de acciones, el coche de la empresa, el plan de jubilación, el seguro sanitario privado y un salario gratificador? ¿Por qué acampo junto al río y enloquezco? Se me cae la piel a tiras.

He pasado sola mucho tiempo, días y noches, de tal modo que el tiempo ya no se mide con las unidades a las que estoy acostumbrada porque se ha subvertido y desbocado. Ya no mido el tiempo porque el tiempo me mide a mí.

Es aterrador.

A menudo duermo todo el día y paso despierta toda la noche… ¿Por qué no, ya que a nadie le importa?

Tengo un calendario y un reloj y racionalmente puedo decir dónde estoy en esa cosa que llamamos año. Mi experiencia personal es distinta. Siento que llevo años aquí. Podrían convencerme de lo contrario, pero nadie me persuadirá para que deje de sentirlo. ¿Cómo convences a alguien de que no sienta? Mi instinto más poderoso me

indica que abandone el enfoque del sentido común y acepte lo que de verdad me está ocurriendo: que el tiempo va más despacio.

¿Y por qué no? En ciertas condiciones, nuestro pulso se acelera o disminuye, se modifica la respiración y, si es necesario, todo el cuerpo cambia sus hábitos.

Hay muchos cuentos de hadas sobre alguien que se duerme un rato y al despertar se encuentra en otro tiempo. Exteriormente nada cambia para mí, pero interiormente no siempre estoy aquí, sentada junto a un río contaminado. Aún puedo escapar.

¿Escapar de qué? ¿Del presente? Sí, de este primer plano que me impide ver lo que puede ocurrir en lontananza. Si tengo espíritu, alma, da lo mismo cómo se llame, no es único sino múltiple. Su dimensión no será la del confinamiento, sino del espacio. Puede habitar, tanto en el futuro como en el pretérito, numerosos cuerpos cambiantes y en descomposición.

No lo sé. Sólo busco una teoría que coincida con los hechos. Es lo que hacen los científicos, aunque parezca que exagero.

Tal vez esté exagerando.

Envenenada o no, el mercurio me ha llevado a pensar así. Si lo soltamos, se desparrama por el suelo en clones de sí mismo, aunque podemos recogerlo y no veremos costuras ni marcas de los fragmentos. Es una vida o infinitas existencias, como prefiramos.

Y yo, ¿qué quiero?

Cuando sueño, quiero un hogar, un amante y algunos hijos, pero no funciona. ¿Quién está dispuesto a vivir con un monstruo? Es posible que ya no parezca un monstruo, pero no podría ocultarlo durante mucho tiempo. Reventaría, rasgaría el vestido y tiraría los platos a la cabeza del lechero si me lanzara una mirada libidinosa y dijera: «Hola, cariño». La verdad es que he perdido la paciencia con este mundo hipócrita y apestoso. Ya no lo soporto. Soy incapaz de halagar, mentir, engatusar e incluso sonreír largo rato. ¿Hay alguna razón para que la sonrisa aflore a los labios?

—No lo intentas —decía mi madre—. No es tan malo.

Es tan malo.

—Eres mona y a cualquier hombre le gustaría casarse contigo —decía mi padre.

No le gustaría si me diera vuelta los párpados, si me mirara los oídos, si me observara la garganta con una linterna o si me auscultara con un estetoscopio. Se agarraría la cabeza y saldría corriendo de la habitación. Vería a ella, a la otra, acechando desde el interior. Y encaja a pesar de su corpulencia.

En una ocasión tuve relaciones sexuales con un hombre: dentro fuera dentro fuera. Una banda sonora de gemidos y un gran suspiro al

acabar.

—¿Has llegado al orgasmo? —preguntó.

No, claro que no, ¿no has leído a Master y Johnson?

Entonces se durmió y su respiración sonó dentro fuera dentro fuera.

Más tarde comenté:

—Me gustaría devorarte.

—Arriesgada, ¿eh? —fue su respuesta.

Quería decir entero, hasta el último trozo, deslizarte por la garganta como una ostra, por último los pies, tus pies agitándose en mi boca como las aletas de un buzo. Jonás y la ballena.

No odio a los hombres, simplemente me gustaría que se esforzaran un poco más. Todos quieren ser héroes y lo único que nosotras queremos es que se queden en casa y ayuden con las tareas domésticas y con los niños. Pero no es el tipo de heroísmo del que ellos disfrutan.

—Eres tan negativa… —decía mi madre.

Yo no, tú lo eres. Eres tú la que se sienta, ve las noticias en la tele, come carne elaborada en las fábricas y huevos de granja, eres tú la que arroja un incesante torrente de plásticos en los cráteres abiertos en medio del campo. ¿Dónde crees que va a parar tanta basura?

No sé si en el espacio o en el tiempo existen otros mundos. Tal vez éste sea el único y el resto sean puras imaginaciones. Sea como fuere, no tiene importancia. Hemos de proteger ambas opciones. Al parecer, son interdependientes.

Tengo el recuerdo de una época en que era estudiante y cada día que pasaba engordaba un poco más. Por entonces vivíamos en un piso de protección oficial en la Upper Thames Street de Londres, junto al río. Más adelante tuvimos casa propia, pero en aquel tiempo éramos pobres y de clase obrera. Mi madre olvida nuestro pasado. Yo volvía sola de la escuela a casa. Caminaba por el dique y miraba los barcos que subían y bajaban. Había una barca con un teatro de marionetas, en la que el señor Punch pegaba al bebé y Judy intentaba estrangularlo. También estaba el perro Toby, con su collarín blanco.

No quería volver a casa. Deseaba pasar la noche fuera, montar una cama junto al río y encender una hoguera. Subí la escalera del puente de Waterloo e ignoré el tráfico para ver, a un lado y a otro, Saint Paul y Westminster. No fue nada fácil: todo el mundo quería volver a casa y la panorámica era lo de menos. Era otoño, el sol se ponía temprano, el aire zahería. Me gustaba que escociera mis fosas nasales y trazara

dibujos al soltar el aliento. Miré el sol que se deslizaba detrás de los edificios y al concentrarme disminuyó el chirrido de los coches, la gente apiñada y los olores a goma y a humo procedente de los tubos de escape. Sentí que estaba sola en una tarde diferente.

Me miré los antebrazos apoyados en el muro. Eran tan macizos como un par de muslos, pero no había muro, sino un espetón de madera, y cuando me volví en dirección contraria no divisé la cúpula de Saint Paul.

Vi desvencijadas barcas llenas de verduras, mujeres que discutían y un regimiento que cruzaba el Támesis a caballo.

Tenía que seguir hasta Blackfriars, alguien me estaba esperando.

¿Quién? ¿Quién?

Ahora me despierto en plena noche y grito como un búho: «¿Quién? ¿Quién?».

¿Por qué vuelve ese día una y otra vez mientras estoy sentada junto al río putrefacto con la hoguera como única compañía?

* * *

Ya ha amanecido. Mar adentro hay un barco fondeado. El bote de remos de Jordán está varado en la playa. El fuego ahúma y debe llamear cuando él despierte. En el infierno los fuegos arden eternamente y no habrá que remover la arena en busca de restos de madera.

Cuando Jordán se mueve ya he recogido un gran montón de objetos que el mar arroja a la playa y abro ostras con mi navaja, una buena navaja con mango de ébano que le saqué a un sir muerto que, casualmente, era puritano. Eso fue antes de que me reformara. Después del prematuro final del predicador Scroggs y del vecino Firebrace, juré volver a vivir con tranquilidad y reprimir mi capacidad innata para el asesinato. No me considero una criminal y, por cierto, rechazaría cualquier intento por encerrarme en Newgate. No era la búsqueda del beneficio lo que guiaba mis actos, sino la de la justicia. Después de estudiar mi alma a fondo he llegado a la conclusión de que ninguna persona muerta por mi mano estaría mejor con vida. Como testigo, en caso de que sea necesario, citaré a la buena esposa del predicador Scroggs, esa mujer cuyo único placer fue el miembro de su esposo asomando a través de una sábana. Cuando se enteró de la muerte de su marido (fui lo bastante elegante para no describir las circunstancias), elevó las manos al cielo y dio gracias a Dios por su misericordia. Mi humildad es tal que no le guardé resentimiento por esa gratitud que, equivocadamente, dirigió a Nuestro Salvador. Yo no buscaba su agradecimiento. Además, con frecuencia despojan de su

merecido a Nuestro Señor. La mujer recogió de inmediato sus cosas y se fue a vivir con la hermana soltera que tenía en la ciudad de Tunbridge Wells. Asistí a su partida con los ojos llenos de lágrimas al pensar en lo que había sufrido y en los horrores de los que se había liberado.

Si el día del Juicio Final queda probado que cometí uno o dos errores, estoy segura de que el Señor me abrazará como a la adúltera y dirá: «El que esté libre de pecado que arroje la primera piedra».

Después de que Jordán y yo nos hubiéramos comido treinta y seis ostras por cabeza, él me dijo que debía partir enseguida a Londres para presentar al rey su más raro hallazgo.

—Lo tengo aquí, en la bolsa, pero si dejo pasar mucho tiempo perecerá —comentó.

—Entonces, ¿no es oro? —pregunté desilusionada.

Se rió y me aseguró que en el barco había oro suficiente.
—Muéstrame tu prodigio —pedí.

Abrió la bolsa con la misma ternura con que yo lo había desnudado aquel día en el caldoso Támesis.

—Creo que es otra fruta —dije después de mirar aquel pellejo semejante al de un reptil y aquella corona verde y erizada, como la que llevaría un diablillo en el infierno.

—¿Otra fruta? —Jordán parecía desconcertado.

Le hablé de nuestro viaje para visitar el primer plátano y la sorpresa que había suscitado tanto por su forma como por su color.

—Desde aquel día no hay fruta ni verdura que me alteren —afirmé.

—Recuerdo aquel día. —Jordán se incorporó de un salto y recogió sus pertenencias—. En la ciudad alquilaremos caballos.

—¿Habrá algún caballo capaz de llevarme?

Después de discutir acordamos que correríamos con los gastos de un carruaje. Aunque tengo la costumbre de ir andando a todas partes, como madre del héroe que vuelve a casa me pareció indecoroso entrar renqueando en Londres dos días después que mi hijo y con el equipaje a cuestas.

—¿Tu collar también es un objeto precioso? —pregunté, fingiendo que no me interesaba.

Jordán me miró sorprendido y dejó de dar vueltas.

—Me lo regaló una mujer que no existe. Se llama Fortunata.

—Conocí a un pirata italiano que respondía a ese nombre.

Jordán contemplaba el mar.

—Describió un día como éste cuando me contó la historia de Artemisa y las razones por las que estuvo a su servicio.

—Cuéntamela —dije—. Apenas ha amanecido.

LA HISTORIA DE FORTUNATA

La diosa Artemisa pidió a Zeus, su padre, un arco y flechas, una túnica corta y su propia isla, libre de intromisiones. No quería casarse ni tener hijos. Prefería cazar. Y la caza le hacía bien.

Por la mañana Artemisa lió el petate y partió hacia una nueva vida en el bosque. Su fama se difundió enseguida y se le sumaron otras mujeres, pero a Artemisa no le interesaba la compañía. Quería estar sola. Y en su soledad descubrió algo muy extraño. Había envidiado a los hombres su zanquilarga libertad para errar por el mundo y regresar llenos de gloria mientras sus esposas se limitaban a esperarles. Conocía a los héroes y a las creadoras de hogares, la gran división que hacía posible la vida. Sin llegar a rechazarla, simplemente se propuso asumir las libertades del otro bando, aunque, ¿qué ocurriría si recorría el mundo y los siete mares como un héroe? ¿Encontraría algo o lo de siempre con otros ropajes?

Los alquimistas dicen *Tertium non data*: el tercero no se da. O sea que la transformación de un elemento en otro, del residuo en oro fino, es un proceso que no puede documentarse. Es totalmente misterioso. En realidad, nadie sabe qué es lo que provoca el cambio. Lo mismo ocurre con la mente capaz de trasladarse de su prisión a una enorme meseta sin el menor movimiento. Sólo podemos deducir lo que ocurrió.

Un atardecer en el que la presa se le escapó, Artemisa encendió una hoguera e intentó descansar, pero la noche llegó poblada de sombras y de juegos. Se vio junto al fuego, como niña, mujer, cazadora y reina. Al coger a la niña perdió de vista a la mujer, y cuando alzó el arco la reina huyó. ¿Qué importancia tenía que cruzara el mundo y cazara a todos los seres vivos cuando sus egos escindidos seguían eludiéndola? Al final, cuando no quedara nadie, tendría que enfrentarse a sí misma.

Entonces llegó Orion.

Un día entró en el campamento de Artemisa, asustó a los perros y chilló como un mal actor, con un parche en el ojo derecho y el brazo izquierdo en cabestrillo. Artemisa estaba a poco más de un kilómetro de allí, buscando agua. Al regresar vio a ese hombre enorme y harapiento comiéndose su cabra. Cruda. Cuando Orion terminó soltó un fuerte eructo y, con la grasa aún fresca en las comisuras de los labios, le propuso dar un corto paseo a la vera del mar. Artemisa no quería, pero estaba asustada. Su temible reputación rodeaba a Orion como el mal aliento. Al fin y al cabo, era el producto de tres dioses que, estando de buen humor, habían meado una piel de buey. Y también era un excelente cazador.

La playa escarpada, llena de piedras y oscurecida por las algas, recordó a Orion sus aventuras, que relató con todo lujo de detalles mientras la marea subía y cubría a Artemisa hasta la cintura. No había lugar en el que no hubiese estado, ni nada que hubiera dejado de ver. Era más veloz que una liebre y más fuerte que un par de toros. Era tan bueno como un dios.

—Hueles —dijo Artemisa, pero Orion no la escuchó.

Finalmente Orion dejó que Artemisa saliera de la pleamar y encendiera una fogata para los dos. No le interesaba oír hablar a Artemisa, ya conocía sus andanzas, la estaba buscando. Ella era una curiosidad y él era famoso. ¡Menudo matrimonio!

Pero Artemisa habló. Habló de la tierra que amaba y de sus cambios cotidianos. Allí quería permanecer hasta que estuviese en condiciones de partir. El viaje no era suficiente. Se levantó para despedirse y se dio la vuelta.

Orion la violó y después se quedó dormido.

Durante años Artemisa pensó en aquel momento. Sólo duró unos instantes y lo único que sintió fue el vello del vientre de Orion salpicado de arena.

Su venganza fue rápida y sencilla: lo mató con un escorpión.

En una noche pueden transcurrir doscientos mil años, el tiempo sólo se mueve en nuestras mentes. La señal constante de las estaciones, la tierra amada y siempre mudable siguen fuera, mientras que dentro los años luz nos hacen girar en torno a cielos distintos.

Tendida junto a Orion muerto, Artemisa ve que un único acto ha cambiado su pasado. El futuro está intacto, aún sin redimir, pero el pasado es irredimible. No es quien creía ser. Cada acto y decisión la han guiado hasta aquí. El momento aguardaba del mismo modo que el último peldaño de la escalera espera al sonámbulo. Artemisa ha caído y ahora está despierta.

El oleaje creó pozas de oscuridad en la playa, alrededor de los pies de Artemisa. Mantuvo la hoguera encendida, dándose calor y notando cómo Orion se enfriaba lentamente.

El feroz círculo que la rodeaba contenía todas las pistas que necesitaba para reconocer que, durante un instante, la vida está contenida en una figura que luego se libera en otra. Los monumentos y las ciudades se difuminarán como las personas que los construyeron. Ningún lugar de reposo ni palacio podría sobrevivir a los años luz que aguardan en el futuro. La historia siempre puede escribirse otra vez y los primeros tiempos ya estaban demasiado lejanos para verlos.

¿Cómo interpretaría la historia esta noche?

Esta noche es clara y fría y el viento azota las olas hasta formar penachos de espuma. La espuma deja sobre la arena huellas de babosas con forma de triángulos irregulares. El olor salobre eriza el vello de las fosas nasales de Artemisa. Tiene los labios resecos. Las estrellas le enseñan a colgar del espacio sustentada por la nada. Sin medallas, certificados ni territorios que le pertenezcan. Artemisa puede brillar como las estrellas, viajando a través del tiempo hasta que éste pierda su significado.

La alborada está al caer. Artemisa desea permanecer despierta y ver cómo desaparecen la noche y los astros hasta que los primeros tintes azul grisáceos empizarren el cielo. Desea ver cómo el sol acuchilla el mar, pero no puede estar atenta a todo, tendrá que pasar por alto algunas cosas. Por eso no ve las lagartijas que salen a buscar alimento ni los ojos de Orion, que durante la noche se han vuelto vidriosos. Un pajarillo se posa en el hombro de Orion e intenta robar alguno de sus célebres cabellos.

Artemisa esperó a la salida del sol para pisotear las ascuas. Cubrió con piedras y rocas el cuerpo de Orion para protegerlo de las águilas. Levantó un alto montículo con el que frenara el viento ensordecedor que llegaba a la playa. Era un día tormentoso, de negros nubarrones, y en el horizonte brillaba una gran naranja. Cuando concluyó, la lluvia la había calado hasta los huesos. Le sangraban las manos y los cabellos se le metían en la boca. Tenía hambre, pero ya no estaba enojada.

La arena que ayer era rubia se veía ya marrón por la humedad. Hasta donde alcanzaba su mirada, el mar estaba gris, ribeteado de blanco, y las rapaces rondaban a poca altura. Gemidos solitarios y Artemisa se sentía sola, no por la falta de amistades, sino por un tiempo que no había sido violado. El mar la hipnotizó. Ni el viento ni el frío la movieron del sitio en el que permanecía como a la espera. No esperaba; recordaba. Intentaba averiguar cuál era el motivo que la había llevado a esa playa. Estaba relacionado consigo misma. El tercero no se da. Sólo sabía que había arribado a los límites del sentido común y los había traspasado. Por fin estaba a salvo. No hay seguridad sin riesgos y lo que arriesgamos muestra lo que valemos.

Se levantó y se marchó, sin mirar atrás, aunque consciente de que las huellas de sus pies tallaban la arena. Finalmente, en el promontorio, después de una difícil ascensión hasta el punto en el que el bosque bordeaba la saliente empinada, se volvió a mirar y vio el perfil del montículo de Orion, apenas discernióle, y sus propias huellas al alejarse. Después cayó la noche y no vio nada que le recordara la noche anterior, salvo las estrellas.

* * *

Durante el viaje a Londres, Jordán me pidió disculpas por hablar tan poco.

—Nunca fue mi estilo. Tampoco el tuyo —dijo.

Me quedé perpleja porque me considero una persona alegre, incluso dispuesta para una conversación vital. ¿Acaso Jordán y yo no habíamos hablado sin parar cuando él era un crío?

—En mis viajes conocí a la tribu india de los hopi —añadió—. No los entendí, pero estaban acompañados por un viejo europeo, creo que español, que hablaba en inglés con nosotros. Me contó que los hopi lo habían capturado y que vivía con ellos. Me ofrecí a traerlo, pero se rió en mis narices. Le pregunté si el idioma de esos salvajes se parecía al español y el viejo volvió a reír y respondió que, por muy fantástico que parezca, su lengua carece de gramática tal como nosotros la entendemos. Lo más disparatado es que no tienen tiempo pasado, presente ni futuro. No perciben el tiempo de esa manera. Para ellos el tiempo es uno. El viejo afirmó que era imposible aprender su lengua sin asimilar su mundo. Le pregunté que cuánto tiempo había tardado él en aprender y me respondió que la pregunta carecía de sentido.

Seguimos el viaje en silencio.

Mientras Jordán estaba en The Crown of Thorns y se vestía para ofrecer su piña al rey, yo me afané como corresponde a una buena mujer y limpié la barraca y cepillé a los perros. Placía mucho tiempo que Jordán no veía su casa y quería sorprenderlo porque en los últimos años he ascendido en el mundo. Ahora vendo perros a los nobles y abrigo la esperanza de interesar al monarca esta noche en un excelente sabueso que puede oír a dos condados de distancia y cuyas patas despertarían la envidia de cualquier concubina. He cercado un trozo del jardín delantero de la barraca y con las habilidades que aprendí de Tradescant en los seis años pasados en Wimbledon, he levantado un magnífico invernadero con una enredadera que trepa por la pared lateral.

Me propongo ocultar el sabueso bajo mis faldas y cuando me presenten al rey dejaré que se asome, me arrojaré a sus pies clamando misericordia y me comportaré como si no supiese que estaba allí. Después, si todo sale como debe, el monarca sopesará la cabeza del can, reparará en la vehemente inclinación de su cuerpo y verá su cola, que se mueve como una veleta a merced del viento. Me preguntará si puede comprarlo y me mostraré todo lo remilgada que pueda, negándome y negándome, diciendo que no es más que un animal de compañía. Sé que el precio subirá y el resto del estúpido rebaño seguirá el ejemplo del soberano y encargará más perros de los que puedo criar. Tengo talento para los negocios. Siempre lo tuve, pero me parece que sofocado por mi carácter maternal y la acuciante necesidad

de deshacerme de los sinvergüenzas.

Algo bueno tiene que tener esta vida tranquila y sin hijos.

El reloj da la hora y debo ponerme el collar de perlas y prepararme para Jordán. Me he lavado el cuello.

* * *

—Nicolás, tu problema consiste en que nunca piensas en el porvenir, vives al día —dijo Jack.

Había venido a visitarme a bordo del *Gauntlet*. Estaba elegante y seguro de sí mismo. Era el más joven analista del mercado de valores de Londres. Lo miré cordialmente y él volvió a las andadas:

—Dentro de un año dejarás la Marina y no sabes qué quieres hacer. Nicolás, te convertirás en un fracasado, sólo pretendo ayudarte.

—Jack, ¿recuerdas las tardes que pasábamos en el parque? Siempre traías tus revistas de informática y los ejemplares de *GP* que recibía tu padre. Una semana trajiste también un parabrisas de lona y te tendiste cara al sol.

—Y tú llevabas esos chismes de barcos.

—Jack, éste es un chisme de barco, pero más grande.

—Nicolás, no puedes convertir una afición en profesión.

¿Y tú? ¿Y tú?

Intenté entenderlo cuando se sentó a mi mesa con el entrecejo fruncido y manoseó el periódico que había sacado del maletín. Al otro lado de la ventana el aguanieve manchaba el cristal.

—Por si te interesa, te diré que pienso dar la vuelta al mundo navegando. Seguiré la misma ruta que Drake en la *Golden Hind*. Y lo haré solo.

Jack alzó la mirada y dio señales de prestarme atención.

—¿Te propones batir alguna marca?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

Se puso en pie y arrojó el periódico.

—¿Te das cuenta de lo que te digo? Cuando se presenta la oportunidad de hacer algo útil, la desaprovechas. ¿Qué sentido tiene dar la vuelta al maldito mundo en barco si no piensas batir una marca? Si lo único que quieres es dar la vuelta al mundo, puedes hacerlo en avión.

—Quiero navegar alrededor del mundo. En otro tiempo pensaban, sin duda Cristóbal Colón pensaba, que el mundo estaba formado por cinco sextos de tierra y un sexto de agua. Eso dice el libro de Esdras, uno de los Apócrifos. Pues se compone de dos tercios de agua. Si viajaras en avión, ni te enterarías. Los aviones te hacen pensar que el

mundo es sólido.

—Y yo creo que el mundo se divide en dos tipos de personas: las que hacen y las que no hacen.

—Jack, ¿quieres decir que yo no hago nada?

No respondió, simplemente recogió el periódico. De pronto soltó una maldición.

—Vaya estupidez, alguna mujer ha vuelto a meter las narices.

Se paseó por el camarote como un león enjaulado y golpeó con el periódico enrollado el aguanieve adherida al otro lado de la ventana.

—No lo conseguirás, está del otro lado —dije.

Fue un comentario inoportuno. Jack soltó la perorata contra todos los que poníamos obstáculos al progreso, la industria y el mercado libre.

—Esa cretina acampa junto a un río inexistente en medio de la nada y se queja de los niveles de mercurio. ¿Qué pretende? ¿Cree que la industria puede cerrar las puertas y volver a casa? En algún sitio han de verterlo. No es lo mismo que si lo arrojaran al Támesis.

Aun a riesgo de parecerme a Buda, dije:

—Todos los ríos van a parar al mar.

Jack no me oyó. Volvió a abrir el periódico.

—Harán un programa de televisión sobre esa mujer y luego una encuesta. Dios mío, qué irresponsables son los medios de comunicación. Y qué estúpida es la gente. El pánico la domina. Lo más probable es que los accionistas vendan sus valores y la empresa se hunda. ¿Y por qué? Por un ama de casa chiflada y un puñado de peces.

—Jack, no sé qué te pasa.

Se acercó y giró la silla para sentarse al estilo vaquero.

—Te diré lo que me pasa. Trabajo doce, quince horas diarias en algo para lo que sirvo y estoy harto de que los entrometidos metan las narices en los negocios privados de empresas absolutamente respetables. Todos quieren trabajo y dinero. ¿Se les ocurre pensar cómo creamos trabajo y dinero? Siempre hay un poco de lluvia radiactiva, alguna consecuencia que preferimos no tener, pero hay que apechugar con ellas. Así es la vida. —Miró la hora—. Tengo que irme. ¿Vendrás algún día a comer conmigo? —Asentí y me lanzó el periódico—. Ten, ponte al día con el mundo aunque no quieras formar parte de él.

En cuanto se fue alisé aquel periódico arrugado como un acordeón y busqué el artículo que tanto le había turbado. Recordé un comentario que Jack había hecho antes de que me alistara, ¿qué había dicho?

«Qué típico hacer de la Marina tu profesión después de la crisis de

las Malvinas.»

Leí el artículo. Seguramente esa mujer era una heroína. Los héroes renuncian a las comodidades a fin de proteger aquello en lo que creen o de vivir peligrosamente en bien de todos. Puesto que era eso lo que esa mujer hacía, ¿por qué la perseguían? El artículo decía que en varias ocasiones su tienda de campaña se había incendiado de manera misteriosa.

Intenté comprenderla mirando su foto. Era bonita; tuve la impresión de que la conocía, pero era imposible. Antes de darme cuenta de lo que hacía, ya me había levantado y había cogido el macuto.

La encontraría.

* * *

Sobre nosotros ha caído el juicio divino por el asesinato del rey: la peste arrasa Londres. La ciudad está plagada de cadáveres. Hay cuerpos en todas las casas y en una calle al sur de aquí los únicos que se ven son los de los muertos. Las casas han sido abandonadas y por las noches se oye golpear los postigos.

Llevé un poco de sopa a una amiga enferma y al abrir la puerta de un puntapié vi el carro que bajaba lentamente por la calle y que se iba llenando de cadáveres. Los que tiraban del carro eran presidiarios. Si sobrevivían a su labor cotidiana, a fin de mes se les concedería el indulto. Newgate se vaciaba, pero los criminales no se regocijaban de su recién conquistada libertad.

Los hombres estaban inclinados, la calle llena de baches y rodadas y llegaba un momento en que el carro resultaba tan pesado que apenas podían moverlo. Eran seres flacos y andrajosos y uno mostraba ese tinte verdoso que es señal inequívoca de la putrefacción.

Dejé la sopa e intenté ayudarlos. La peste no me asusta. Mi cuerpo es demasiado grande para una enfermedad tan aceda y, en el caso de que nos juzguen a todos, seguramente yo seré la última.

Entré en las casas y amontoné cuerpos mortalmente rígidos. La mayoría estaban envueltos en mantas mugrientas y había unos pocos de rodillas, en actitud de oración. Verlos erguidos en el carro con las manos cruzadas fue un espectáculo horroroso.

Al llegar a la casa de mi amiga entré con la sopa, con la esperanza de encontrarla como la había dejado, débil pero respirando. Había muerto.

Los carreteros estaban tan agotados que nos sentamos en torno a la mesa de mi difunta amiga a tomamos la sopa.

—¿Adonde lleváis los cadáveres? —pregunté.

—A que los quemen —respondieron—. Quemarlos es la única

solución. Los sepultureros están extenuados, hay demasiados muertos. Sólo los ricos reciben sepultura. A nosotros nos toca la fosa común.

Los acompañé a la fosa común, acarreando a hombros a mi amiga. Quería que partiera de este mundo con más dignidad de la que habría tenido en el carro. Cuanto más nos acercábamos, más desagradable era el olor. Un humo oscuro escapaba de un cráter como los que debe de haber en la luna. Alrededor de la fosa había muchos carros que, de vez en cuando, alguien inclinaba. En cuanto quedaban vacíos, los desdichados carreteros regresaban con ellos a las calles contaminadas.

Me tapé la nariz con una mano, sujeté a mi amiga con la otra, entré y miré. La fosa era muy honda y estaba entrecruzada con enormes trozos de madera, incluidos algunos árboles enteros. Entre éstos, ocasionalmente enganchados en las ramas, se veían los brazos, las piernas y las cabezas de los difuntos.

—Es una visión del infierno —afirmé.

A mi lado estaba el hombre que se ocupaba de la faena.

—Es el infierno y esto es trabajo para diablillos. Debo conseguir que el fuego arda para purificar la podredumbre de los cuerpos. Si se apaga, mis hombres y yo debemos bajar por la escalera lateral y reavivar las llamas con los fuelles. Hemos alisado un saliente del interior del cráter para permanecer de pie. Así nos es posible dar la vuelta completa y, si no queda más remedio, aguijonear a los que están demasiado cerca del aire.

—He traído a mi amiga —dije.

—Arrójala sin mirar atrás.

—La llevaré hasta abajo. Tirarla sin más ni más sería un ultraje.

Intentó persuadirme de que no bajara y mencionó el terrible calor que hacía, pero descendí peldaño a peldaño, con los ojos velados por las lágrimas a causa del humo y los vapores. Al llegar al saliente caminé hasta encontrar una rama apacible y agradable que el fuego aún no había cubierto. Me agaché, deposité el cadáver de mi amiga en la rama y emprendí el ascenso. Los lúgubres trabajadores me miraron en silencio y reanudaron su espantosa labor.

Cuando volví a casa, encontré a Jordán tendido en su lecho y delirando de fiebre. Apenas pudo pronunciar palabra y cuando habló se refirió a lugares exóticos y a extrañas costumbres y repitió hasta el infinito el nombre de Fortunata.

Aunque soy una mujer ingeniosa, convencida de que puedo hacer prácticamente todo lo que corresponde al reino de los mortales, no podía hallar a una mujer inexistente.

Presa de la desesperación, fui a la caseta de los perros y la sacudí con ambas manos hasta que la vecina asomó la cabeza y lanzó juramentos

que nunca había oído de labios de una mujer.

—Debes saldar la deuda que tienes conmigo por mis mercedes —dije—. Mi chico agoniza y debe vivir.

La vecina soltó una risa chillona, masculló algunos disparates acerca de los que debemos acatar la voluntad del Todopoderoso y cuando estaba a punto de meterse en la caseta la cogí de la cintura y la alcé por encima de mi cabeza.

—Sánalo —pedí con toda la amabilidad de la que fui capaz—. De lo contrario, no respondo de mi ira maternal.

La deposité en el suelo y entré en la barraca para refrescar la cabeza de Jordán y alimentarlo con naranjas. Si Jordán hubiera querido, podría haber sido lord. El rey deseaba colmarlo de honores y le habría proporcionado el barco que quisiera para surcar los mares. Pero Jordán no aceptó. Dijo que prefería sentarse a la vera del río y mirar las barcas. Todos lo observaron sorprendidos; no le entendieron y algunos comentaron en voz baja que, en sus trece años de navegante, había perdido los cabales. Otros opinaron que tenía partido el corazón. Los escuché pero no hice mucho caso porque la gente siempre dice algo cuando lo que deberían hacer es cerrar la boca.

La vecina se presentó de noche con un cazo lleno de un líquido maloliente y lo dejó sobre la chimenea.

—Que lo beba, se lave con él y que duerma a la vista del cazo —se limitó a explicar antes de regresar enseguida a su lecho de huesos.

Oí los crujientes pasos de la vecina en la oscuridad.

Seguimos sus consejos al pie de la letra y pocos días después a Jordán le bajó la fiebre y se recuperó lo suficiente para comer carne.

—Deberíamos darle las gracias —declaró Jordán y le llevó un rubí.

La vecina lo acercó a la luz, lo miró entornando los ojos y, en cuanto comprobó su autenticidad, alabó sus buenas propiedades para la sangre y se lo tragó. Jordán y yo nos quedamos muy desconcertados, pero entramos en casa sin mediar palabra.

En 1665, cuando acabó la peste, Londres se convirtió en un sitio más tranquilo y con muchas casas disponibles. Me gustaba ir al mercado sin tener que abrirme paso entre una impía muchedumbre de bobalicones. Una extraña enfermedad se apoderó de mí, un mal que no era del cuerpo, sino de la mente. Dondequiera que iba creía percibir aquel hedor. No podía apartar de mi olfato el olor a muerte. Acabé pensando que Londres era un lugar lleno de inmundicia y pestilencia, que nunca estaría limpio.

—La venganza de Dios sigue cayendo sobre nosotros —comenté con Jordán—. Estamos corruptos y nuestra ciudad es corrupta. No

queda nada entero ni bello…

Como llovido del cielo, Jordán anunció que pensaba volver a embarcar y que un navío lo aguardaba en Deptford.

—¿Te irás pronto? —pregunté, atenazada por el miedo.

—No muy pronto, pero estaré listo cuando deba irme.

Al oír sus palabras me puse a deambular por las calles, a caminar en busca de consuelo, pero dondequiera que iba llevaba el mismo mensaje: es imposible purgar esta podredumbre. Pensé en el fuego de la fosa y en los cadáveres de cenizas purificadas.

«Habría que quemar esta ciudad —me dije—. Debería arder hasta que de ella sólo quedara el viento refrescante.»

* * *

—Me llamo Nicolás Jordán —dije.

Cenamos junto a la fogata de su campamento: patatas hervidas con judías; bebimos té en jarros de hojalata. Como ella no tenía ganas de hablar, nos sentamos espalda contra espalda a mirar las estrellas.

—El río brilla —comenté.

—Es por el fósforo, las pruebas son concluyentes.

—Me recuerda el mar viscoso de *El viejo marinero*.

Tenía un bote de remos atado a un árbol. Lo botamos y flotamos en esas aguas horripilantes, mientras el color naranja de la hoguera ardía a lo lejos. Quería darle las gracias por intentar salvarnos, por intentar salvarme, porque me parecía que se trataba de una cuestión personal, no sé muy bien por qué. Cuando intenté hablar, los sentimientos que se resistían al lenguaje me cerraron la garganta. Adoro un cuadro de Van Gogh titulado *El sembrador al atardecer*. Un campesino regresa a casa por la tarde y a sus espaldas hay una enorme luna amarilla. La tierra es fuerte y segura, compuesta de colores espesos esparcidos con un cuchillo de mesa. Me reconforta porque me permite pensar que el mundo siempre estará aquí, fuerte y seguro, al final de la jornada, al final del viaje. Los campos pardos y la luna amarilla.

—Incendiémosla —propuso ella—. Prendamos fuego a la fábrica.

* * *

El 2 de septiembre del año de Nuestro Señor de 1666 se produjo un incendio en una panadería de Pudding Lañe. Las llamas alcanzaron la altura de un hombre y se propagaron rápidamente a la casa de al lado y a la contigua. Estuve toda la noche bebiendo con mis amigos los panaderos, mejor dicho, ellos estuvieron bebiendo, y tuvieron la

suerte de que yo estuviera en condiciones de acarrear sus cuerpos hasta un sitio seguro. No provoqué el incendio —¿cómo iba yo a desatarlo si había decidido llevar una vida irreprochable?—, pero tampoco lo sofoqué.

Ciertamente, puede decirse que el hecho de arrojar una cuba de aceite a las llamas lo avivó. Fue una señal, la señal de que al final nuestro gran pecado sería devorado por el fuego. Y yo, por cierto, no iba a hacer nada que pudiera estorbar la obra de Dios.

Corrí a casa y aguardé las noticias. El incendio se desplazaba hacia el oeste. Un día después toda la ciudad parecía estar ardiendo.

—Date prisa, Jordán, se nos han acabado este tiempo y lugar —dije.

Cogimos nuestras cosas y nos dirigimos a su barco. De buena gana habría cogido la caseta y a su ocupante, pero no quiso venir. Le hicimos una balsa con una caja para pollos y la dejamos contemplando el cielo humeante.

El río estaba abarrotado de gente que arrastraba sus pertenencias. Siguiendo el consejo de Jordán, remé Támesis abajo mientras él resolvía los asuntos de última hora. Le esperé hasta el anochecer, pero seguía sin venir. Después la bruma descendente me privó de toda visión excepto la de las llamas.

Le vi subir a bordo media hora después de la medianoche. Estaba pálido y le temblaban las manos. Pensé que su estado se debía a la devastación de la que había sido testigo, pero él negó con la cabeza. Cruzaba London Lields cuando la niebla lo rodeó y al echar a correr cayó y se golpeó la cabeza. Recobró el conocimiento y mientras se abría paso a tientas con los brazos extendidos, súbitamente tocó otro rostro y lanzó un alarido. La niebla aclaró un instante y Jordán vio que el desconocido era él mismo.

—Tal vez voy a morir —afirmó. Como protesté, añadió—: O quizá viva para ser completo como ella dijo.

—¿Quién es ella?

—Fortunata.

No le respondí. Jordán dio un salto y apartó la embarcación de la orilla. El barco se fundió con la penumbra y pocas horas más tarde quedaron atrás las furiosas llamas y el espantoso chisporroteo del fuego. Navegamos beatíficamente hacia el mar, con el viento a favor y la gran vela hinchada. Miré a Jordán de pie en la proa, su oscuro perfil claramente delineado. Me pareció ver a alguien a su lado, una mujer menuda y fuerte. Intenté gritar, pero me faltó la voz. Ella desapareció y junto a Jordán no hubo más que espacio vacío.

* * *

Cuando zarpé de Londres en mi barco tuve la certeza de que jamás retornaría. Al principio me invadió la pena y después, sin motivo, desbordaba de expectativas. El futuro se abre ante mí como una ciudad rutilante y, al igual que las ciudades del desierto, desaparece en cuanto nos aproximamos a él. Bajo ciertas luces resulta fácil distinguir las torres y las cúpulas, incluso la gente deambulando por él. Lo mencionamos con ansia y con amor. El futuro. Pero la ciudad es una estafa. El futuro, el presente y el pasado sólo están en nuestra mente y desde lejos los límites de cada uno se estrechan y se desvanecen como las fronteras de países hostiles contempladas desde una ciudad que flota en el cielo. El río fluye de un país a otro sin detenerse. Hasta las cosas más sólidas y más reales, las más amadas y las mejor conocidas no son más que sombras de las manos en la pared. Espacio vacío y puntos de luz.

AGRADECIMIENTOS

Doy las gracias a Don y a Ruth Rendell, su hospitalidad me proporcionó un lugar donde trabajar. A todos los de Bloomsbury, especialmente a Liz Calder y Caroline Michel. Y a Pat Kavanagh, por su constante ayuda.